Maurice Leblanc



«¡La señorita de los ojos verdes! ¡La más graciosa y la más seductora mujer que nunca había encontrado, surgía de la sombra criminal! ¡La más radiante imagen aparecía bajo aquella máscara innoble de ladrona y asesina! ¡La señorita de los ojos color verde de jade, hacia quien su instinto de hombre le había empujado desde el primer instante y que ahora volvía a encontrar, con aquella blusa manchada de sangre, con el rostro desencajado, en compañía de dos temibles asesinos y, al igual que ellos, asaltando, asesinando, sembrando la muerte y el terror!».

Lectulandia

Maurice Leblanc

La señorita de los ojos verdes

Arsenio Lupin - 13

ePub r1.1
IbnKhaldun 24.11.14

Título original: *La Demoiselle aux yeux verts*
Maurice Leblanc, 1927
Traducción: Jaume Fuster

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

… Y la inglesa de los ojos azules

Raoul de Limézy se paseaba por los bulevares alegremente como un hombre feliz que sólo tiene que mirar para disfrutar de la vida, de sus espectáculos encantadores y de la alegría ligera que ofrece París en ciertos días luminosos del mes de abril. De estatura media, tenía una silueta a la vez delgada y poderosa. Las mangas de su chaqueta se hinchaban en el lugar de los bíceps, y su torso se arqueaba por encima de una cintura fina y ágil. El corte y el tejido de sus vestidos denotaban un hombre que da importancia a la elección de la ropa.

Cuando pasaba frente al Gimnasio tuvo la impresión de que un caballero, que caminaba junto a él, seguía a una dama, impresión cuya exactitud pudo comprobar acto seguido.

Nada parecía a Raoul más cómico ni más divertido que un caballero que sigue a una dama. Siguió pues, al caballero que seguía a la dama, y los tres, uno tras otro, a distancias convenientes, deambularon a lo largo de los tumultuosos bulevares. Era necesaria toda la experiencia del barón de Limézy para adivinar que aquel caballero seguía a aquella dama, ya que dicho señor ponía una discreción de *gentleman* para que la dama no sospechara nada. Raoul de Limézy fue tan discreto como él y, mezclándose con los paseantes apresuró el paso para no perder de vista a los personajes.

Visto por detrás, el caballero se distinguía por una raya impecable que dividía sus negros y engomados cabellos, y por un terno, igualmente impecable, que ponía de relieve sus anchos hombros y su alta estatura. Visto por delante, exhibía un rostro correcto, provisto de una cuidada barba y de tez fresca y rosada. Tal vez treinta años. Certidumbre en su paso. Importancia en su gesto. Vulgaridad en el aspecto. Anillos en los dedos. Boquilla de oro para el cigarrillo que fumaba.

Raoul se apresuró. La dama, alta, resuelta, de figura noble, posaba con aplomo sus pies de inglesa sobre la acera y movía con gracia sus piernas y sus delicados tobillos. El rostro era hermoso, iluminado por admirables ojos azules y por una pesada cabellera de rubios cabellos. A su paso, los viandantes se paraban y se volvían. La dama parecía indiferente a aquel espontáneo homenaje de la muchedumbre.

«¡Diantre!», pensó Raoul. «¡Qué aristócrata! El engomado que la sigue no se la merece. ¿Qué querrá? ¿Marido celoso? ¿Pretendiente desairado o tal vez lechuguino en busca de aventuras? Sí, eso debe ser. El caballero tiene cara de hombre de fortuna que se cree irresistible».

La dama atravesó la plaza de la Ópera sin preocuparse de los vehículos que la

llenaban. Un camión quiso impedirle el paso: tranquilamente, cogió las riendas del caballo y lo inmovilizó. Furioso, el conductor saltó del pescante y la insultó; la dama le golpeó el rostro con su puño y le hizo sangrar. Un agente de policía reclamó explicaciones: la dama le volvió la espalda y se alejó pausadamente.

En la calle Auber dos niños se peleaban. La dama les agarró por el cuello y les envío rodando a diez pasos de distancia. Después les lanzó dos monedas de oro.

En el bulevard Haussmann entró en una pastelería y Raoul vio, desde lejos, que se sentaba ante una mesa. El caballero que la seguía no entró. Raoul penetró en el establecimiento y se sentó de manera que la mujer no pudiera darse cuenta de su presencia.

La dama encargó té y cuatro tostadas, que devoró con unos dientes que eran magníficos.

Sus vecinos la miraban. Permaneció imperturbable y se hizo traer cuatro nuevas tostadas.

Otra muchacha, sentada un poco más lejos, atraía también la curiosidad. Rubia como la inglesa, con los cabellos ondulados, vestida con menos riqueza pero con un gusto más seguro de parisién, estaba rodeada de tres niños pobremente ataviados entre los que distribuía pasteles y vasos de grosella. Les había encontrado en la puerta y les obsequiaba por la evidente alegría de ver sus ojos brillar de placer y sus mejillas manchadas de nata. Los niños no se atrevían a hablar y comían a dos carrillos. Pero, más niña que ellos mismos, la muchacha se divertía infinitamente y hablaba por todos:

—¿Qué se dice a la señorita?… Más alto… No lo he oído… No, no soy una señora… Hay que decirme: «Gracias, señorita.»…

Raoul de Limézy se sintió atraído por dos cosas: la alegría feliz y natural de su rostro y la profunda seducción de sus ojos verdes, color de jade, estriados de oro, de los que era imposible apartar la mirada cuando se había fijado en ellos una sola vez.

Tales ojos son, de ordinario, extraños, melancólicos o pensativos, y tal vez ésa fuera la expresión de aquéllos. Pero en aquel instante ofrecían el mismo brillo de vida interna que el resto del rostro, la boca maliciosa, las trémulas aletas de la nariz, y las mejillas, con hoyuelos sonrientes.

«Alegrías extremas y dolores excesivos, no hay término medio para esta clase de criaturas», se dijo Raoul, que repentinamente sintió en su interior el deseo de influir sobre aquellas alegrías o combatir aquellos dolores.

Volvió a la inglesa. Era auténticamente bella, de una belleza poderosa, hecha de equilibrio, de proporción y de serenidad. Pero la señorita de los ojos verdes, como la llamó, le fascinaba más todavía. Si se admiraba a una, se sentían deseos de conocer a la otra y de penetrar en los secretos de su existencia.

Raoul dudó, sin embargo, cuando la muchacha pagó la consumición y salió con los tres niños. ¿La seguiría? ¿Se quedaría? ¿Quién podría más? ¿Los ojos verdes? ¿Los ojos azules?

Se levantó precipitadamente, lanzó el dinero sobre el mostrador y salió. Los ojos verdes habían vencido. Un espectáculo imprevisto le sorprendió: la señorita de los ojos verdes hablaba, en la acera, con el lechuguino que media hora antes seguía a la inglesa como enamorado, tímido o celoso. Se trataba de una conversación animada, enfebrecida tanto de una parte como de la otra, que parecía más una discusión que otra cosa. Se hacía evidente que la muchacha intentaba pasar y que el caballero se lo impedía. Era tan evidente, que Raoul, sin dudarlo, intentó interponerse.

No tuvo tiempo de hacerlo. Un taxi se detuvo ante la pastelería. Un caballero descendió del vehículo y al ver la escena que se desarrollaba sobre la acera, acudió presuroso, levantó su bastón y volteándolo, hizo saltar el sombrero del engomado lechuguino.

Estupefacto, el hombre retrocedió y después se lanzó contra el caballero sin preocuparse por las personas que les rodeaban.

—¡Está usted loco! ¡Loco! —profirió. El recién llegado, que era más bajo, de más edad, se puso a la defensiva y blandiendo el bastón, gritó:

—¡Le he prohibido que hablara con esta joven! Soy su padre y le digo y repito que es usted un miserable. Sí, un miserable.

Ambos personajes experimentaron un temblor de ira. El lechuguino, ante la injuria, se tensó dispuesto a saltar sobre el recién llegado, a quien la muchacha cogía por el brazo e intentaba arrastrar hacia el taxi. El lechuguino consiguió separar al caballero de la muchacha y agarrar el bastón del anciano cuando, de repente se encontró frente a frente con un rostro desconocido que guiñaba el ojo derecho y cuya boca, deformada por una mueca de ironía, sostenía un cigarrillo.

Se trataba de Raoul, quien dijo con voz ronca:

—¿Me da fuego, por favor?

Petición verdaderamente inoportuna. ¿Qué quería aquel intruso? El lechuguino respondió con acidez:

—¡Déjeme usted tranquilo, no tengo fuego!

—Sí que tiene. Hace un momento estaba usted fumando —afirmó el intruso.

El otro, fuera de sí, intentó apartarlo. Al no poder hacerlo, al no poder incluso mover los brazos, bajó la cabeza para saber qué obstáculo se lo impedía. Pareció confundido. Las dos manos del caballero le agarraban las muñecas de tal manera que le era imposible moverse. Unas esposas de hierro no lo hubieran paralizado con más eficacia. Y el intruso no dejaba de repetir con acento tenaz, obsesivo:

—¿Me da usted fuego, por favor? Me molestaría mucho que se negara a darme fuego.

La gente que les rodeaba estalló en una carcajada. El lechuguino, exasperado, profirió:

—¡Déjeme usted tranquilo! ¡Le he dicho que no tengo fuego!

Raoul se encogió de hombros con aire melancólico.

—Es usted un mal educado. No se puede negar lumbre a quien la pide de un

modo cortés. Pero, ya que parece molestarle tanto hacerme un pequeño favor…

Le soltó. El lechuguino, libre, se apresuró. Pero el coche ya se había puesto en movimiento, llevándose a su agresor y a la señorita de los ojos verdes. Raoul se sintió contento al ver que los esfuerzos del engomado serían vanos.

«He hecho bien», se dijo Raoul al verlo correr. «Hago de Don Quijote en favor de una hermosa desconocida de ojos verdes que se esquiva sin ni siquiera darme su nombre ni su dirección. Es imposible volverla a encontrar. ¿Qué haré ahora?».

En vista de la situación, Raoul decidió volver a la inglesa. En aquel preciso momento la dama se alejaba, después de haber presenciado, sin duda alguna, el escándalo. Raoul la siguió.

El barón de Limézy vivía una de aquellas horas en las que la vida se encuentra, de algún modo, suspendida entre el pasado y el futuro. Un pasado, para él, lleno de acontecimientos. Un futuro que se anunciaba igual. En medio, nada. Y en este caso, cuando se tienen treinta y cuatro años creemos que la llave de nuestro destino está en manos de una mujer. Ya que los ojos verdes se habían desvanecido, Raoul decidió regular su incierto deambular a la claridad de los ojos azules.

Casi enseguida, después de haber fingido tomar otro camino y volviendo sobre sus pasos, Raoul vio que el lechuguino de pelo engomado se había puesto de nuevo en marcha y, como él, seguía a la mujer desde la otra acera. Los tres personajes reanudaron su marcha sin que la inglesa pudiera descubrir el cortejo que la seguía.

Caminaba por las repletas aceras, siempre atenta a los escaparates e indiferente a los homenajes que su paso despertaba. Cruzó la plaza de la Madeleine y por la calle Royal alcanzó el Faubourg Saint-Honoré hasta llegar frente al hotel Concordia.

El lechuguino se detuvo, paseó frente a las puertas del hotel, compró un paquete de cigarrillos y después entró en el establecimiento, en donde Raoul le vio conversar con el portero. Tres minutos más tarde volvió a salir, mientras Raoul se disponía a su vez a interrogar al portero con respecto a la joven inglesa de ojos azules, en el preciso momento en que ésta salía y subía a un coche, al que un botones había llevado una maleta. ¿Se iba de viaje?

—Siga usted a ese coche —dijo Raoul al conductor del taxi que detuvo.

La inglesa fue de compras y sobre las ocho descendió del vehículo frente a la estación de París-Lyon. Se instaló en el restaurante y encargó su cena.

Raoul se instaló un tanto alejado para no ser descubierto.

Una vez acabada la cena, la dama fumó dos cigarrillos y después, sobre las nueve y media, se entrevistó frente a las verjas de la estación, con un empleado de la Compañía Cook, quien le entregó su billete y el resguardo del equipaje. Acto seguido, la bella inglesa subió al rápido de las 9,46.

—Cincuenta francos si me dice usted el nombre de esta dama —ofreció Raoul al empleado.

—Lady Bakefield.

—¿A dónde va?

—A Montecarlo, señor. Está en el coche número cinco.

Raoul reflexionó unos instantes y después tomó una decisión. Los ojos azules bien valían un viaje. Y, además, a través de los ojos azules había tenido ocasión de conocer a los ojos verdes y tal vez a través de la inglesa volviera a encontrar al lechuguino, y a través del lechuguino encontrar de nuevo a los ojos verdes.

Fue a la ventanilla a comprar un billete para Montecarlo y corrió al andén.

Descubrió a la inglesa en la escalerilla de uno de los coches, se deslizó entre varios grupos de viajeros y la volvió a ver a través de la ventanilla, de pie, quitándose el abrigo.

Había poca gente. Esto sucedía pocos años antes de la guerra, a finales de abril, y aquel rápido, muy incómodo, sin coches cama ni restaurante, era sólo utilizado por muy pocos viajeros de primera clase. Raoul sólo contó dos hombres que ocupaban el compartimiento situado a la cabeza del coche número cinco.

Se paseó a lo largo del andén, alejado del coche. Alquiló dos almohadones y se proveyó en la biblioteca ambulante de periódicos y revistas. Cuando sonó el silbido del jefe de estación, de un salto subió la escalerilla y entró en el tercer compartimiento como alguien que llega en el último instante.

La inglesa estaba sola, junto a la ventanilla. Raoul se instaló en el asiento opuesto, cerca del corredor. La dama levantó la mirada, observó a aquel intruso que ni tan sólo ofrecía la garantía de una maleta o de un paquete y, sin demostrar interés alguno, siguió comiendo enormes bombones de chocolate de una caja que tenía sobre las rodillas.

Pasó un revisor y taladró los billetes. El tren se lanzó hacia los arrabales. Las luces de París se perdían a lo lejos. Raoul ojeó los periódicos y sin lograr interesarse en ellos, los dejó a un lado.

«Ningún suceso», se dijo. «Ningún crimen sensacional. Esto hace mucho más cautivadora a esta joven dama».

El hecho de encontrarse solo en un pequeño compartimiento cerrado con una desconocida, sobre todo si era hermosa, pasar la noche juntos y dormir casi uno al lado del otro, le había parecido siempre una anomalía mundana que le divertía en grado sumo. Por ello estaba dispuesto a no perder el tiempo en lecturas, meditaciones o miradas furtivas.

Corrió un asiento. La inglesa adivinó con toda evidencia que su compañero de viaje se disponía a dirigirle la palabra y no demostró ni sorpresa ni interés. Sobre Raoul recayeron, pues, todos los esfuerzos para entablar relaciones. Aquello no le molestaba en absoluto. Con un tono infinitamente respetuoso, articuló:

—Aunque sea una incorrección por mi parte, quisiera pedirle permiso para advertirla de algo que puede tener importancia para usted. ¿Puedo decirle unas palabras?

La dama eligió un bombón sin volver la cabeza y respondió en tono seco:

—Si sólo se trata de unas palabras, adelante.

—Se trata, señora…

La joven rectificó:

—Señorita.

—Pues bien, señorita. Por casualidad sé que la han seguido a usted durante todo el día. Sin lugar a dudas, se trata de un caballero que se oculta y…

La inglesa interrumpió a Raoul:

—Su actitud, en efecto, es de una incorrección que me sorprende en un francés. No tiene usted por misión vigilar a la gente que me sigue.

—El caballero en cuestión me pareció sospechoso…

—El caballero en cuestión, a quien conozco puesto que me lo presentaron el año pasado, el señor Marescal, ha tenido por lo menos la delicadeza de seguirme de lejos y no invadir mi compartimiento.

Raoul, sorprendido por aquellas palabras, se inclinó:

—¡Bravo, señorita! Es una estocada directa. Sólo me resta callar.

—En efecto, sólo le resta callarse hasta la próxima estación, en la que le aconsejo que baje.

—Lo lamento. Mis negocios me llaman a Montecarlo.

—Le llaman a Montecarlo desde que ha sabido que es mi destino.

—No, señorita —dijo Raoul con claridad—, sino a partir del momento en que la vi en una pastelería del bulevard Haussmann.

La respuesta fue rápida.

—Inexacto, caballero —dijo la inglesa—. Su admiración por una joven de magníficos ojos verdes le hubiera arrastrado a usted a seguirla de haberle sido posible después del escándalo que se produjo. Al no poder hacerlo, se lanzó usted tras de mí, primero hasta el hotel Concordia, al igual que el individuo cuyos manejos me denuncia, y después hasta el restaurante de la estación.

Raoul se divertía con aquella escena.

—Me halaga que ninguno de mis actos o gestos haya escapado a su perspicacia, señorita.

—Nada escapa a mi perspicacia, caballero.

—Me he dado cuenta de ello. No me sorprendería que me dijera usted mi nombre.

—Raoul de Limézy, explorador. De regreso del Tibet y del Asia central.

Raoul no disimuló su sorpresa.

—Cada vez más halagado, señorita. ¿Sería demasiado preguntarle cómo lo ha sabido?

—En absoluto. Cuando una dama ve a un caballero precipitarse en su compartimiento sin equipaje y en el último minuto, lo más lógico es que se sorprenda y observe al caballero. Pues bien, ha cortado usted las hojas de su revista con una tarjeta de visita. He podido leer la tarjeta y he recordado una reciente entrevista en la que Raoul de Limézy contaba su última expedición. Muy sencillo.

—Muy sencillo. Pero hay que tener buena vista.

—La mía es excelente.

—Sin embargo, no la ha apartado usted de su caja de bombones. Está usted en el número dieciocho.

—No necesito mirar para ver ni reflexionar para adivinar.

—¿Adivinar qué, señorita?

—Adivinar que su verdadero nombre no es Raoul de Limézy.

—¡Imposible!

—O si no, ¿cómo se explicaría que las iniciales de la badana de su sombrero sean una H y una V, a menos, claro está, que lleve usted el sombrero de un amigo?

Raoul empezaba a impacientarse. No le gustaba que en un duelo verbal su adversario le llevara siempre ventaja.

—Y según usted, ¿qué significan esta H y esta V?

La inglesa mordisqueó su bombón diecinueve y dijo con indiferencia:

—Son iniciales que rara vez se juntan. Cuando las veo por casualidad no puedo dejar de relacionarlas con dos nombres que he tenido ocasión de leer más de una vez.

—¿Puedo saber cuáles son estos nombres?

—No creo que le digan nada. Se trata de un nombre que usted no conoce.

—¿Cuál es?

—Horace Velmont.

—¿Y quién es ese Horace Velmont?

—Horace Velmont es uno de los numerosos seudónimos bajo el que se oculta…

—¿Bajo el que se oculta…?

—Arsenio Lupin.

Raoul se echó a reír.

—Así pues, yo sería Arsenio Lupin.

La joven protestó:

—¡Qué idea! Sólo le he dicho el recuerdo que las iniciales de su sombrero evocan en mí de una manera bastante estúpida. Y de una manera bastante estúpida también me digo que su bonito nombre, Raoul de Limézy, se parece mucho a un cierto Raoul d’Andresy, que también ha utilizado Arsenio Lupin.

—¡Excelente respuesta, señorita! Pero si yo tuviera el honor de ser Arsenio Lupin, créame usted que no desempeñaría un papel tan poco lúcido como el que estoy haciendo ante usted. ¡Con qué gracia se burla usted del inocente Limézy!

La inglesa le ofreció la caja de chocolates.

—Un bombón, caballero, para compensar su derrota y déjeme usted dormir.

—Nuestra conversación —imploró Raoul— no puede acabar así.

—No —dijo la joven—. Si el inocente Limézy no me interesa en absoluto, por el contrario siento un vivo interés por aquellas personas que llevan un nombre falso. ¿Cuáles son sus razones? ¿Por qué se ocultan? Curiosidad un poco perversa…

—Curiosidad que puede permitirse una Bakefield —concluyó Raoul, y añadió—: Como ve usted, señorita, también yo conozco su nombre.

—Y el empleado de Cook también —dijo la muchacha sonriente.

—Me doy por vencido. Tomaré mi revancha en la primera ocasión que se me presente.

—La ocasión se presenta siempre cuando no se busca —concluyó la inglesa.

Por primera vez le lanzó con franqueza y en pleno rostro la bella mirada de sus ojos azules. Raoul se estremeció.

—Tan bella como misteriosa —murmuró.

—No hay ningún misterio. Me llamo Constance Bakefield. Voy a Montecarlo a reunirme con mi padre, lord Bakefield, que me espera para que juegue a golf con él. Además del golf, que me apasiona como todos los ejercicios físicos, escribo en los periódicos para ganarme la vida y asegurar mi independencia. Mi oficio de periodista me permite, de este modo, tener información de primera mano sobre todo tipo de personajes célebres, hombres de estado, generales, empresarios, industriales, grandes artistas e ilustres ladrones de guante blanco. Le saludo, caballero.

Apenas concluida esta frase, cerró los dos extremos de un chal sobre su rostro, hundió su bella cabeza en las profundidades de un almohadón, pasó una manta sobre sus hombros y apoyó los pies sobre una banqueta.

Raoul, que se había estremecido ante la mención de los ladrones de guante blanco, lanzó algunas frases que no alcanzaron su objetivo. Se estrellaba contra una puerta cerrada. Lo mejor que podía hacer era callarse y esperar su revancha.

Permaneció, pues, silencioso en su rincón, desconcertado por la aventura, pero contento y lleno de esperanza en el fondo. ¡Qué criatura más deliciosa, original y cautivadora, enigmática y franca! ¡Y qué acuidad en la observación! ¡Con qué facilidad le había reconocido! ¡Cómo había captado las pequeñas imprudencias que el desprecio por el peligro le hacía cometer de vez en cuando! Por ejemplo, aquellas dos iniciales…

Tomó su sombrero y arrancó la badana, que fue a arrojar por la ventanilla del pasillo. Después volvió a instalarse en medio del compartimiento, se acomodó en sus dos almohadones y se adormeció confiadamente.

La vida le parecía encantadora. Era joven. Su cartera estaba bien provista de billetes ganados con facilidad. Veinte proyectos de fácil ejecución y de fructuosos beneficios fermentaban en su ingenioso cerebro y, a la mañana siguiente, tendría frente a él el apasionante y turbador espectáculo de una hermosa mujer que se despierta.

Pensaba en ello con complacencia. En su duermevela veía los hermosos ojos color de cielo. Cosa extraña, poco a poco se iban transformando con matices imprevistos, y se hacían verdes, color de las algas. No sabía ya si eran los de la inglesa o los de la parisién los ojos que le miraban. La muchacha de París le sonreía con gentileza. Era ella la que dormía frente a él. Y con una sonrisa en los labios y la conciencia tranquila, Raoul se durmió finalmente. Los sueños de un hombre cuya conciencia está tranquila y que mantiene relaciones cordiales con su estómago, son de

una profundidad que no atenúa ni siquiera los vaivenes del ferrocarril. Raoul flotaba beatíficamente en un paisaje vago en el que se iluminaban ojos azules y ojos verdes. El viaje era tan agradable que ni siquiera había tomado la precaución de colocar fuera de sí mismo, en funciones de centinela diríamos, como solía hacer siempre, parte de su espíritu.

Aquello fue un error. En el tren hay que desconfiar siempre, sobre todo cuando viaja poca gente.

No oyó en absoluto el ruido que hacía la puerta exterior, que comunicaba el coche con el que le precedía, al abrirse, ni oyó tampoco aproximarse los tres personajes enmascarados y vestidos con largas blusas grises que se detuvieron frente a su compartimiento.

Otro error: no había apagado la luz. Si lo hubiera hecho, los individuos se habrían visto obligados a encenderla para llevar a cabo sus funestos proyectos y él se habría despertado.

De manera que, a fin de cuentas, no vio ni oyó nada. Uno de los hombres, revólver en mano, se quedó de centinela en el corredor. Los otros dos, por medio de algunos signos, se repartieron la tarea y sacaron de sus bolsillos un par de rompecabezas. Uno de ellos golpearía al primer viajero, mientras el otro haría lo mismo con el que dormía bajo la manta.

La orden de ataque fue dada en voz baja, pero por más baja que fuera, Raoul percibió el murmullo, se despertó e instantáneamente tensó sus brazos y sus piernas. Gesto inútil. El rompecabezas le golpeo la frente y le hizo perder el sentido. Sólo pudo notar que le agarraban por la garganta y que una sombra pasaba frente a él y se inclinaba sobre miss Bakefield.

A partir de aquel momento le rodeó la noche, unas espesas tinieblas en las que, perdiendo pie como un hombre que se ahorca, sólo tuvo aquellas impresiones incoherentes y penosas que suben más tarde a la superficie de la conciencia y por medio de las cuales la realidad se reconstruye en su conjunto. Le ataron, le amordazaron enérgicamente, y le envolvieron la cabeza en un tejido rojizo. Le quitaron la cartera.

—Buen negocio —murmuró una voz—. Pero todo esto no es más que un aperitivo. ¿Has atado al otro?

—El golpe le ha desvanecido.

Hay que creer que el golpe no hizo perder el sentido «al otro» lo suficiente, y que el hecho de atarla no le gustaba, puesto que se oyeron blasfemias, empujones, una encarnizada batalla que resonó en el compartimiento, y después gritos… gritos de mujer.

—¡Vaya una arpía! —exclamó sordamente una de las voces—. Araña, muerde… ¡Fíjate! ¿La reconoces?

—Ya lo creo.

—Voy a hacerla callar.

El individuo debió emplear tales medios que, en efecto, la muchacha calló al poco rato. Los gritos se atenuaron, se convirtieron en sollozos y en quejas. La muchacha luchaba, sin embargo, y todo ello sucedía junto a Limézy, que sentía, como en una pesadilla, los esfuerzos del ataque y de la resistencia.

Y, repentinamente, todo acabó. Una tercera voz, procedente del pasillo, sin duda del hombre que hacía de centinela, ordenó con voz ahogada:

—¡Alto! Dejadla ya. Supongo que no la habréis liquidado.

—No estoy seguro. En todo caso, podríamos registrarla.

—¡Basta! ¡Cállate!

Ambos agresores salieron. En el pasillo se oyeron voces y discusiones. Raoul, que empezaba a reanimarse y a moverse, oyó esas palabras:

—Sí… más lejos… El compartimiento de cabeza… Y rápido… Podría venir el revisor…

Uno de los tres bandidos se inclinó sobre él.

—Si te mueves eres hombre muerto… Estáte tranquilo.

El trío se alejó hacia el extremo opuesto, donde Raoul había notado la presencia de dos viajeros. Apenas oyó alejarse a los asaltantes, intentó deshacerse de las ataduras y, mediante movimientos de la mandíbula, quitarse la mordaza.

A su lado, cada vez más débilmente, la inglesa gemía. Raoul se sentía desolado. Con todas sus fuerzas intentaba librarse de las ligaduras con el temor de que fuera demasiado tarde para salvar a la desgraciada. Pero las cuerdas eran sólidas y estaban fuertemente anudadas.

Sin embargo, el tejido que le cegaba, mal atado, cayó repentinamente. Descubrió a la muchacha de rodillas, con los codos apoyados en la banqueta, mirándole con ojos que ya no veían nada.

A lo lejos sonaron dos detonaciones. Los tres bandidos enmascarados y los dos viajeros debían pelearse en el compartimiento de cabeza. Acto seguido, uno de los bandidos pasó al galope con una pequeña maleta en la mano y los gestos desordenados.

Desde hacía uno o dos minutos, el tren había empezado a frenar. Cabía en lo posible que aquello se debiera a trabajos de reparación en la vía y de ahí que los bandidos hubieran elegido aquel momento para la agresión.

Raoul estaba desesperado. Mientras se debatía entre sus cuerdas, consiguió decir a la muchacha a pesar de la mordaza:

—Aguante usted, señorita. Ahora me ocuparé de usted. ¿Qué le sucede? ¿Está herida?

Los bandidos habían apretado con demasiada fuerza el cuello de la muchacha hasta rompérselo, ya que su rostro, manchado de negro y convulso, presentaba todos los síntomas de asfixia. Raoul comprendió de inmediato que estaba a punto de morir. Respiraba pesadamente y temblaba de pies a cabeza.

Se dobló hacia Raoul. Éste notó el aliento ronco de su respiración y algunas

palabras que la muchacha tartamudeaba en inglés.

—Caballero… caballero… escúcheme… Estoy perdida…

—No, no… Intente usted ponerse en pie, alcanzar el timbre de alarma…

Pero la muchacha no tenía fuerza para ello y Raoul no tenía ninguna posibilidad de deshacerse de sus ligaduras a pesar de sus esfuerzos sobrehumanos. Acostumbrado como estaba a hacer triunfar su voluntad, sufría horriblemente de verse convertido en impotente espectador de aquella muerte atroz. Los hechos escapaban a su dominio y giraban a su alrededor en un vértigo de tempestad.

Por el pasillo pasó un segundo individuo enmascarado provisto de una bolsa de viaje y armado con un revólver. Le seguía el tercero. Sin lugar a dudas, los dos viajeros también habían sucumbido y, debido a la marcha lenta del convoy, los asesinos iban a huir tranquilamente. Sin embargo, ante la sorpresa de Limézy, se detuvieron en seco frente al compartimiento, como si un temible obstáculo se hubiera levantado de improviso frente a ellos. Raoul imaginó que alguien acababa de aparecer en la puerta que comunicaba con el otro coche… Tal vez el revisor que iniciaba una ronda.

Súbitamente, en efecto, se produjeron voces y ruidos, iniciándose bruscamente una lucha. El primero de los individuos no pudo utilizar su arma, que le cayó de las manos. Un empleado, vestido de uniforme, le había agarrado y ambos rodaron por el suelo, mientras que el cómplice, un individuo pequeño que parecía delgado en su blusa gris manchada de sangre y cuya cabeza se disimulaba bajo una gorra demasiado grande a la que había atado una máscara negra, intentaba librar a su camarada.

—¡Ánimo, revisor! —gritó Raoul exasperado—. Por fin llegan refuerzos.

Pero el revisor perdía la batalla ya que el más pequeño de los individuos había inmovilizado una de sus manos. El otro le golpeó salvajemente el rostro con el puño.

Cuando el más pequeño de los agresores se levantó, su máscara se enganchó, arrastrando consigo la gorra. Con gesto vivo, se cubrió de nuevo el rostro y la cabeza, pero Raoul tuvo tiempo de ver los rubios cabellos y el adorable rostro, asustado y lívido, de la desconocida de los ojos verdes que encontrara aquel medio día en la pastelería del bulevar Haussmann.

La tragedia tocaba a su fin. Los dos cómplices huyeron. Raoul, estupefacto, asistió sin decir palabra al largo y penoso esfuerzo del revisor, que consiguió por fin tocar la señal de alarma.

La inglesa agonizaba. En un último suspiro, balbuceó todavía unas incoherentes palabras:

—¡Por amor de Dios!… Escúcheme… Coja… coja…

—¿Qué? Se lo prometo.

—Por el amor de Dios… Coja mi bolso… retire los papeles… que mi padre no se entere…

Dejó caer la cabeza y murió… El tren se detuvo.

2

Investigaciones

La muerte de miss Bakefield, el salvaje ataque de los tres enmascarados, el probable asesinato de los dos viajeros, la pérdida del dinero, no pesaron tanto en el espíritu de Raoul después de la inconcebible visión que le había sorprendido en los últimos minutos de aquella terrible historia. ¡La señorita de los ojos verdes! ¡La más graciosa y la más seductora mujer que nunca había encontrado, surgía de la sombra criminal! ¡La más radiante imagen aparecía bajo aquella máscara innoble de ladrona y asesina! ¡La señorita de los ojos color verde de jade, hacia quien su instinto de hombre le había empujado desde el primer instante y que ahora volvía a encontrar, con aquella blusa manchada de sangre, con el rostro desencajado, en compañía de dos temibles asesinos y, al igual que ellos, asaltando, asesinando, sembrando la muerte y el terror!

A pesar de que su vida de gran aventurero, mezclado en tantos horrores e ignominias, le había acostumbrado a los peores espectáculos, Raoul (seguiremos llamándole así puesto que éste es el nombre bajo el que Arsenio Lupin desempeñó su papel en el drama), Raoul de Limézy se sentía confuso ante una realidad que le era imposible concebir y, de algún modo, alcanzar. Los hechos sobrepasaban su imaginación.

Fuera reinaba el tumulto. Llegaron empleados de una estación próxima, la estación de Beaucourt, así como un grupo de obreros que trabajaban en la reparación de la vía. Se oían clamores. Se intentaba adivinar de dónde procedía la llamada.

El revisor cortó las ligaduras de Raoul mientras escuchaba sus explicaciones. Después abrió la ventanilla y llamó a los empleados:

—¡Por aquí! ¡Vengan por aquí!

Volviéndose hacia Raoul, le dijo:

—¿Ha muerto, la señorita?

—Sí… Estrangulada. Y eso no es todo. Me parece que también han muerto los dos viajeros del compartimiento de cabeza.

Fueron rápidamente al otro extremo del corredor.

En el último compartimiento, dos cadáveres. Ningún rastro de desorden. En el portaequipajes, nada. Ni maletas ni paquetes.

En aquel mismo momento, los empleados de la estación intentaban abrir la puerta que comunicaba con el coche por aquel lado. Estaba bloqueada, lo que hizo comprender a Raoul las razones por las que los tres bandidos se habían visto obligados a recorrer el mismo camino por el pasillo y a huir por la puerta de atrás.

Ésta, en efecto, estaba abierta. Subieron algunas personas. Otras surgieron de la puerta de comunicación con el otro coche e invadieron los dos compartimientos en el

instante en que una potente voz profirió en tono imperioso:

—¡Que nadie toque nada!… No, caballero, deje usted este revólver donde estaba. Es preferible que salga todo el mundo. El coche tiene que ser desenganchado del convoy para que el tren pueda seguir su camino. ¿No le parece a usted, señor jefe de estación?

En aquellos minutos caóticos, bastó con que alguien hablara en tono imperioso, sabiendo lo que quería, para que todo el mundo cumpliera los deseos del que parecía convertirse en jefe. El hombre que había hablado se había expresado como si estuviera acostumbrado a que todo el mundo le obedeciera. Raoul le miró de soslayo y quedó estupefacto al reconocer al individuo que había seguido a miss Bakefield y abordado a la señorita de los ojos verdes. El individuo a quien él había pedido fuego, en una palabra, el lechuguino engomado a quien la inglesa había llamado señor Marescal. En pie ante la entrada del compartimiento en el que yacía la muchacha, obstaculizaba el paso a los intrusos y les empujaba hacia las puertas abiertas.

—Señor jefe de estación, usted tiene obligación de vigilar la maniobra. Llévese con usted a todos sus empleados. Habrá que telefonear a la gendarmería más próxima, pedir un médico y prevenir al juzgado de primera instancia de Romillaud. Nos enfrentamos a un caso de asesinato.

—De tres asesinatos —rectificó el revisor—. Dos hombres enmascarados han huido. Dos hombres que me han atacado.

—Lo sé —dijo Marescal—. Los obreros de la vía han visto dos sombras y en este momento los están persiguiendo. En la parte superior del talud hay un bosquecillo y la batida se ha organizado a lo largo de la carretera nacional. Si logran capturarlos, nos avisarán aquí.

Marescal articulaba duramente las palabras, con gestos secos y actitud autoritaria.

Raoul se sorprendía cada vez más, pero de repente recuperó su sangre fría. ¿Qué hacía allí el engomado? ¿Y qué le daba aquel aplomo increíble? ¿No sucede a menudo que el aplomo de esos personajes proviene justamente de que tienen algo que ocultar tras su brillante fachada?

¿Y cómo olvidar que Marescal había seguido a miss Bakefield durante todo el mediodía, que la acechaba antes de la hora de partida y que se encontraba, sin lugar a dudas, en el coche número cuatro en el preciso instante en que se maquinaba el crimen? Ambos coches estaban unidos por una pasarela… Pasarela por la cual habían surgido los tres bandidos enmascarados y por la que uno de los tres, el primero, había podido regresar… ¿No era acaso el mismo individuo que ahora ordenaba y dirigía la operación?

El coche se había vaciado. Sólo quedaba el revisor. Raoul intentó volver a su asiento, pero se lo impidieron.

—Estaba aquí —dijo, seguro de que Marescal no le reconocería—, y quiero volver a mi sitio.

—No, caballero —respondió Marescal—. Todo lugar en el que se ha cometido un

crimen pertenece a la justicia y nadie puede entrar en él sin autorización.

El revisor se interpuso.

—Este viajero fue una de las víctimas del ataque. Le han atado y despojado de sus bienes.

—Lo siento —dijo Marescal—, pero las órdenes son formales.

—¿Qué órdenes? —preguntó Raoul irritado.

—Las mías.

Raoul se cruzó de brazos.

—¿Con qué derecho habla usted así, caballero? Usted nos está haciendo la ley con una insolencia que tal vez los otros puedan aceptar, pero que yo no estoy dispuesto a soportar.

El engomado tendió su tarjeta de visita mientras pronunciaba con voz pomposa:

—Rodolphe Marescal, comisario del Servicio de Investigaciones Internacionales del Ministerio del Interior.

Ante tales títulos, parecía querer decir Marescal, sólo resta inclinarse. Y añadió:

—Y si he tomado la dirección del asunto, lo he hecho de acuerdo con el jefe de estación y porque mi cargo me autoriza a ello.

Raoul, algo sorprendido, se contuvo. El nombre de Marescal, al que no había prestado atención, despertaba repentinamente en su memoria confusos recuerdos de algunos casos en los que le parecía que el comisario había demostrado mérito y clarividencia notables. En todo caso era absurdo hacerle frente.

«Es culpa mía —pensó Raoul—. En lugar de quedarme al lado de la inglesa y de cumplir su último deseo, he perdido el tiempo emocionándome con la muchacha enmascarada. Pero, en cualquier caso, ya te atraparé, engomado, y sabré por qué estás en este tren en el momento preciso para ocuparte de un asunto en el que las dos heroínas son, precisamente, hermosas mujeres. Mientras tanto, despejemos el terreno».

Y con un tono de deferencia, como si fuera sumamente sensible al prestigio de las altas funciones, dijo:

—Discúlpeme, señor. Aunque soy muy poco parisién, puesto que vivo generalmente lejos de Francia, su notoriedad ha llegado hasta mis oídos y recuerdo, entre otras, una historia de pendientes…

Marescal se pavoneó.

—Sí, los pendientes de la princesa Laurentini —dijo—. En efecto, no estuvo del todo mal. Pero intentaremos que el asunto de hoy salga aún mejor. Confieso que me gustaría, antes de llegar a la gendarmería, y especialmente antes de llegar ante el juez de instrucción, haber llevado la investigación hasta un punto…

—Hasta un punto —prosiguió Raoul— en el que esos señores no tuvieran que hacer nada más que sacar conclusiones. Tiene usted razón. Y yo no continuaré mi viaje hasta mañana, si es que mi presencia le puede ser útil.

—Extremadamente útil. Le doy infinitas gracias.

El revisor, por su parte, tuvo que marchar después de haber dicho todo lo que sabía. Mientras tanto, el vagón había sido colocado en un apartadero y el tren se alejó.

Marescal empezó sus investigaciones y con la evidente intención de alejar a Raoul, le rogó que fuera hasta la estación a buscar sábanas para cubrir los cadáveres.

Raoul descendió apresuradamente, se deslizó a lo largo del coche y se izó al nivel de la tercera ventanilla del corredor.

«Tal como pensaba», se dijo. «El engomado quería estar sólo. Una pequeña maquinación preliminar».

Marescal, en efecto, había levantado ligeramente el cuerpo de la inglesa y entreabierto su abrigo de viaje. Alrededor de su talle había un bolso de cuero rojo. Deshizo la hebilla, tomó el bolso y lo abrió. Contenía unos papeles que Marescal se puso a leer acto seguido.

Raoul, que le veía de espaldas, no podía percibir la expresión de su rostro y, a través de ella, lo que pensaba de la lectura. Dejó su observatorio murmurando:

—Puedes apresurarte, camarada. Antes de que eso se acabe te atraparé. Estos papeles me han sido legados y nadie más que yo tiene derecho sobre ellos.

Cumplió la misión que le habían encargado y cuando regresó con la mujer y la madre del jefe de estación, que se habían ofrecido voluntarias para la velada fúnebre. Marescal le comunicó que habían descubierto a dos hombres que se ocultaban en el bosque.

—¿Ningún otro rastro? —preguntó Raoul.

—Nada más —declaró Marescal—. Uno de los perseguidores ha descubierto un tacón de zapato sujeto entre dos raíces. Pertenecía a un zapato de mujer.

—Entonces no habrá ninguna relación.

—No, ninguna.

Tendieron a la inglesa. Raoul miró por última vez a su hermosa y desgraciada compañera de viaje y murmuró para sí:

—La vengaré, miss Bakefield. A pesar de que no haya sabido velar por usted y salvarla, le juro que sus asesinos serán castigados.

Pensó en la señorita de los ojos verdes y repitió, con respecto a la misteriosa criatura, el mismo juramento de odio y de venganza. Después, bajando los párpados de la muchacha, volvió a colocar la tela sobre su pálido rostro.

—Era verdaderamente hermosa —dijo—. ¿Sabe su nombre?

—¿Cómo iba a saberlo? —declaró Marescal, turbándose.

—Aquí hay un bolso.

—Sólo podemos abrirlo en presencia del juez de instrucción —dijo Marescal poniéndoselo en bandolera, y añadió—: Me sorprende que los bandidos no la hayan registrado.

—Debe contener papeles.

—Esperaremos al juez de instrucción —repitió el comisario—. Pero, por lo que

parece, los bandidos que le han desvalijado a usted no han robado a la muchacha… Ni el reloj, ni el broche, ni el collar…

Raoul contó lo que había sucedido, y lo hizo con gran precisión, tanto deseaba colaborar en el descubrimiento de la verdad. Pero poco a poco, oscuras razones le empujaron a desnaturalizar algunos hechos: no habló en absoluto del tercer cómplice y de los otros dos sólo dio una descripción aproximada, sin revelar la presencia de una mujer entre ellos.

Marescal le escuchó con atención y le hizo algunas preguntas. Después, dejando uno de los guardias, llevó al otro al compartimiento en el que yacían los dos hombres.

Se parecían mucho entre sí. Uno era mucho más joven, pero ambos presentaban los mismos rasgos vulgares, las mismas cejas espesas, los mismos vestidos grises y mal cortados. El más joven había recibido una bala en plena frente y el otro en el cuello.

Marescal, que afectaba la mayor reserva, los examinó detenidamente sin ni siquiera modificar su posición, registró sus bolsillos y los cubrió con la misma sábana.

—Señor comisario —dijo Raoul, a quien la vanidad y las pretensiones de Marescal no habían escapado—, tengo la sensación de que está usted avanzando hacia la verdad. Se descubre en usted a un maestro. ¿Podría usted, en algunas palabras…?

—¿Por qué no? —dijo Marescal, arrastrando a Raoul hacía otro compartimiento —. Los gendarmes no tardarán y el médico tampoco. Para dejar bien clara la posición que tomo, no me molesta exponerle a usted el resultado de mis primeras investigaciones.

«Vamos allá, engomado», se dijo Raoul. «No podrás encontrar mejor confidente que yo».

Fingió confusión ante tal gesto. ¡Qué honor, qué alegría! El comisario le rogó que se sentara y empezó:

—Caballero, sin dejarme influir por ciertas contradicciones y sin perderme en los detalles, intentaré poner en evidencia los hechos primordiales de considerable importancia en mi humilde opinión. En primer lugar, la joven inglesa, como usted la llama, ha sido víctima de un error. Sí, caballero, de un error. No me contradiga usted, tengo pruebas. En el momento fijado por la aminoración de la marcha del tren, los bandidos que se encontraban en el coche siguiente (recuerdo haberlos entrevisto de lejos, e incluso creí que eran tres) le atacan, le despojan, atacan a su vecina, intentan atarla… y después, bruscamente, lo abandonan todo y se van al compartimiento de cabeza.

»¿Por qué este cambio? Porque se han equivocado. Porque la muchacha estaba disimulada bajo una manta, porque creían que atacaban a dos hombres y han descubierto a una mujer. De ahí su sorpresa. “¡Vaya una arpía!”. A eso se debe su precipitada partida. Exploran el pasillo y descubren a los dos hombres que

buscaban… Esos dos que han muerto. Ahora bien, los dos viajeros se defienden. Los matan a tiros y los despojan hasta el punto de no dejar nada. Maletas, paquetes, se lo llevan todo, incluido las gorras… El primer punto parece claramente establecido, ¿no es así?

Raoul estaba sorprendido, no por la hipótesis, ya que él mismo la había admitido desde el principio, sino por el hecho de que Marescal hubiera podido llegar a ella con tanta lógica y acuidad.

—Segundo punto… —prosiguió el policía, a quien la admiración de su interlocutor exaltaba.

Tendió a Raoul una cajita de plata finamente cincelada.

—He recogido esto de detrás de la banqueta.

—¿Una tabaquera?

—Sí, una vieja tabaquera que en la actualidad servía de estuche para cigarrillos. Siete cigarrillos, estos… Tabaco rubio, de mujer.

—O de hombre —dijo Raoul sonriendo, ya que al fin y al cabo allí sólo había hombres.

—De mujer, insisto…

—¡Imposible!

—Huela usted la tabaquera.

La puso bajo la nariz de Raoul. Éste, después de oler, asintió.

—En efecto, en efecto… Un perfume de mujer que deja su estuche de cigarrillos en su bolso, con el pañuelo, la polvera y el perfumador. El olor es característico.

—¿Y bien?

—No comprendo nada. Hemos encontrado muertos a dos hombres… y fueron dos hombres los que atacaron y huyeron después de asesinar.

—¿Por qué no un hombre y una mujer?

—Una mujer… ¿Uno de estos bandidos sería, pues, una mujer?

—Así lo prueba el estuche de cigarrillos.

—Es una prueba insuficiente.

—Tengo otra.

—¿Cuál?

—El tacón… Este tacón de zapato que han encontrado en el bosque, entre dos raíces. ¿Cree usted que se necesita más para establecer una convicción sólida con relación al segundo punto de mi enunciado: dos agresores, un hombre y una mujer?

La clarividencia de Marescal preocupaba a Raoul. Disimuló sus sentimientos y murmuró entre dientes, como si la exclamación se le escapara:

—¡Es usted un sabueso!

Y añadió:

—¿Eso es todo? ¿No hay más descubrimientos?

—Déjeme usted respirar —dijo Marescal con una sonrisa.

—¿Tiene usted intención de trabajar toda la noche?

—Al menos hasta que me traigan a los dos fugitivos, lo que no tardará en suceder si se atienen a mis instrucciones.

Raoul había seguido la disertación de Marescal con la expresión asombrada de un caballero que no siendo un sabueso, deja a los otros el cuidado de desenmarañar un asunto del que no ha comprendido casi nada. Se encogió de hombros y pronunció con un bostezo:

—Diviértase usted, señor comisario. He de confesarle que todas estas emociones me han cansado en extremo y que una o dos horas de reposo…

—Tómeselas usted —aprobó Marescal—. Cualquier compartimiento le servirá de dormitorio… Este mismo, por ejemplo… Daré instrucciones para que nadie le moleste. Y cuando haya terminado, también yo dormiré un poco.

Raoul se encerró, corrió las cortinas y apagó el globo luminoso. En aquel momento no tenía una idea clara de lo que quería hacer. Los sucesos, muy complicados, no desembocaban todavía en una solución clara y él se contentaría con espiar las intenciones de Marescal y descubrir el enigma de su conducta.

«Te he cogido, lechuguino. Eres como el cuervo de la fábula: a base de alabanzas te hacen abrir el pico. Ciertamente tienes mérito y buena vista, pero eres demasiado hablador. En cuanto a atrapar a la desconocida y a su cómplice, me sorprendería que lo consiguieras. Es una empresa a la que me tendré que dedicar personalmente».

En aquel preciso momento, procedente de la estación, llegó un rumor de voces que alcanzó proporciones de tumulto. Raoul escuchó. Marescal se había asomado a una de las ventanillas del corredor y gritaba a la gente que se aproximaba:

—¿Qué sucede? ¡Ah, perfecto! Veo que no me equivocaba…

Una voz le respondió:

—El jefe de la estación me envía, señor comisario.

—¿Es usted, cabo? ¿Ha habido algún arresto?

—Uno solo, señor comisario. Uno de los dos a los que perseguíamos ha caído de fatiga en la carretera, a un kilómetro de aquí. El otro ha podido escaparse.

—¿Y el médico?

—Le hemos avisado, pero tenía que hacer una visita. Tardará cuarenta minutos.

—¿Han atrapado al más pequeño, cabo?

—Uno bajito… muy pálido… con una gorra demasiado grande… Llora y hace promesas: «Hablaré, pero sólo ante el señor juez. ¿Dónde está el señor juez?».

—¿Le han dejado en la estación?

—Y con una buena vigilancia.

—Voy ahora mismo.

—Antes, si no le contraria, señor comisario, quisiera echar un vistazo a lo sucedido.

El cabo subió con un gendarme al tren… Marescal le recibió en lo alto de la escalerilla y acto seguido le condujo hacia el cadáver de la joven inglesa.

«Todo va bien», se dijo Raoul, que no había perdido una palabra del diálogo. «Si

el engomado empieza sus explicaciones, hay para un buen rato».

Esta vez veía claro, en el desorden de su cerebro, y discernía las intenciones, verdaderamente inesperadas, que surgían bruscamente en él, a su pesar por así decirlo, sin que pudiera comprender el motivo secreto de su conducta.

Bajó el cristal de la ventanilla y se asomó sobre la doble hilera de los raíles. Nadie. Ninguna luz.

Saltó.

3

El beso en la sombra

La estación de Beaucourt está situada en pleno campo, lejos de todo lugar habitado. Un camino perpendicular a la vía férrea la une al pueblo de Beaucourt, después a Romillaud, en donde se encuentra la gendarmería, y luego a Auxerre, desde donde se esperaban a los magistrados. Dicho camino está cortado por la carretera nacional, que corre paralela a la línea del ferrocarril, a la distancia de unos quinientos metros.

Habían reunido en el andén todas las luces disponibles, lámparas, bujías, linternas, faroles, lo que obligó a Raoul a avanzar con extremas precauciones. El jefe de estación, un empleado y un obrero, conversaban con el gendarme de guardia, cuya alta estatura se levantaba frente a una puerta de dos batientes que comunicaba con una pieza llena de paquetes, reservada sin lugar a dudas a almacén.

En la semioscuridad de aquel recinto se amontonaban cestas, cajas y paquetes de todo tipo. Al aproximarse, Raoul creyó ver sentada sobre un montón de objetos, una silueta inclinada hacia adelante que no se movía.

«Es ella sin duda», se dijo. «Es la señorita de los ojos verdes».

Aquel recinto era ideal para prisión, puesto que, cerrada la puerta del fondo, sólo tenía una salida que vigilaba el gendarme de guardia.

La situación le pareció favorable a Raoul, pero con la condición de que no topara con obstáculos susceptibles de molestarle, ya que Marescal y el cabo podían llegar de un momento a otro.

Rodeó, pues, el edificio corriendo y llegó a la fachada posterior de la estación sin encontrar ningún alma viviente. Era más de media noche. Ningún tren se paraba ya y, salvo el pequeño grupo que charlaba en el andén, no había nadie.

Entró en la sala de registro. Una puerta a la izquierda, un vestíbulo con una escalera, y a la derecha del vestíbulo, otra puerta. Según la disposición de los locales, tenía que ser allí.

Para un hombre como Raoul, una cerradura no constituye un obstáculo importante. Llevaba siempre consigo tres o cuatro pequeños instrumentos con los que podía abrir las puertas más recalcitrantes. Al primer intento la puerta cedió. La entreabrió ligeramente y no distinguió ningún rayo de luz. Empujó, pues, el batiente, y entró en el local. La gente de fuera no le habían oído ni visto, ni, por los sollozos que lanzaba, tampoco la prisionera.

El obrero contaba la persecución a través del bosque. Había sido él quien, con la ayuda de un farol, había levantado «la caza». El otro fugitivo era delgado y de alta estatura y corría como una liebre, pero a cada instante tenía que detenerse y volver sobre sus pasos para arrastrar consigo al más pequeño. Por otra parte, la noche era tan

negra que la caza resultaba incómoda.

—De repente el chico ese —contaba el obrero— se puso a gemir. Tiene una curiosa voz de chica. Lloraba y decía: «¿Dónde está el juez? Se lo diré todo. Llévenme ante el juez».

El auditorio se echo a reír. Raoul aprovechó la circunstancia para deslizar la cabeza entre dos montones de cajas. Se había colocado detrás del montón de paquetes postales sobre los que la cautiva estaba tendida. La muchacha debía haber oído algún ruido puesto que sus sollozos cesaron. Raoul murmuró:

—No tenga usted miedo.

Al ver que la muchacha se callaba, insistió:

—No tenga miedo, soy un amigo.

—¿Guillaume? —preguntó la muchacha en voz baja.

Raoul comprendió que se trataba del otro fugitivo y respondió:

—No. Voy a salvarla de los gendarmes.

La muchacha no respondió. Debía temer un engaño, pero Raoul insistió:

—Está usted en manos de la justicia. Si no me sigue la encerrarán en la cárcel, la procesarán…

—¡No! —exclamó la muchacha—. El juez me dejará libre.

—No la dejará libre. Han muerto dos hombres… su blusa está cubierta de sangre… Venga conmigo, no hay que perder ni un segundo. Venga.

Después de un silencio, la prisionera murmuró:

—Tengo las manos atadas.

Raoul desde su posición cortó las cuerdas con su cuchillo y preguntó:

—¿Pueden verla a usted?

—Sólo puede verme el gendarme cuando se da la vuelta, pero no creo que me distinga bien porque estoy en la sombra… Los otros están demasiado hacia la izquierda.

—Todo va bien… Un segundo… Escuche…

Se oyeron pasos en el andén y Raoul reconoció la voz de Marescal. Entonces ordenó a la muchacha:

—No se mueva… Llegan antes de lo que pensaba… ¿Les oye usted?

—Tengo miedo… —tartamudeó la muchacha—. Me parece que esta voz… no es posible…

—Sí —dijo Raoul—. Es la voz de Marescal, su enemigo. Pero no tenga usted miedo… Esta tarde, en el bulevard alguien se ha interpuesto entre usted y él. Era yo. Le suplico que no tenga miedo.

—Pero él va a venir.

—No es seguro.

—Pero ¿y si viene?

—Finja dormir, estar desvanecida… Hunda su cabeza entre sus brazos cruzados…, y no se mueva.

—¿Y si intenta verme? ¿Si me reconoce?

—No le responda usted… Suceda lo que suceda, no diga ni una sola palabra… Marescal no actuará enseguida…, reflexionará…, y entonces…

Raoul no estaba tranquilo. Suponía acertadamente que Marescal debía estar ansioso por saber si era cierta o no su suposición de que uno de los bandidos era una mujer. Iba, pues, a proceder a un interrogatorio inmediato y, en todo caso, creyendo insuficiente la precaución, inspeccionaría personalmente la prisión.

De hecho, el comisario exclamó, cuando estuvo junto a los hombres, con tono alegre:

—¡Buenas noticias, señor jefe de estación! ¡Así que tenemos un preso en su casa! ¡Y un preso de marca! ¡La estación de Beaucourt se va a hacer célebre!… Cabo, el lugar me parece muy bien elegido, pero, por prudencia voy a asegurarme…

De este modo, Marescal actuaba tal como había previsto Raoul. Iba a jugarse una terrible partida entre aquel hombre y la muchacha.

Algunos gestos, algunas palabras, y la señorita de los ojos verdes estaría irremediablemente perdida.

Raoul se dispuso a batirse en retirada. Pero era renunciar a toda esperanza y ponerse en contra de una horda de adversarios que no le permitirían volver a empezar la empresa. Decidió, pues, esperar y encomendarse al azar.

Marescal entró en el recinto hablando todavía con la gente de fuera y actuando de manera que la forma inmóvil quedara oculta a su vista. Raoul permaneció escondido entre las cajas.

El comisario se detuvo y dijo en voz alta:

—Parece dormido… ¡En, compañero, despierta, que tú y yo tenemos que hablar!

Sacó de su bolsillo una linterna, apretó el botón y dirigió los haces luminosos hacia la figura en reposo. Al no ver más que una gorra y dos brazos cruzados, apartó éstos y retiró aquélla.

—Tal como había pensado —murmuró—. Una mujer… una mujer rubia… Vamos, pequeña, enséñame tu rostro…

Cogió la barbilla de la muchacha y la levantó con violencia. Lo que vio era tan extraordinario que no aceptó la inverosímil verdad.

—No, no —murmuró—. No es posible.

Marescal miró hacia la puerta de entrada, ya que no quería que los otros le vieran. Después terminó de arrancar febrilmente la gorra y el rostro de la muchacha apareció a plena luz, sin reservas.

—Ella —murmuró—. No, no puede ser. Estoy loco, es increíble. Ella aquí, ella una asesina.

Se inclinó más todavía. La prisionera no se movió. Su pálido rostro no había experimentado turbación alguna. Marescal le espetó con voz temblorosa:

—¡Usted! ¿Qué milagro es ése? ¡Usted ha asesinado…! ¡Y los gendarmes la han detenido! ¡Y está aquí, aquí! ¿Es eso posible?

Se hubiera dicho que la muchacha dormía. Marescal se calló. ¿Dormía en verdad? Le dijo:

—Así está bien. No se mueva usted. Voy a alejar a los otros y volveré… Dentro de una hora estaré aquí y hablaremos. Tendrá muchas cosas que explicarme, pequeña.

¿Qué quería decir? ¿Iba a proponerle algún abominable trato? En el fondo (Raoul lo adivinó), Marescal no tenía ningún designio fijo. Aquello le cogía desprevenido y ahora se estaba preguntando qué beneficio podría obtener.

Puso de nuevo la gorra a la muchacha y ocultó todos sus bucles rubios. Después, entreabriendo la blusa, le registró los bolsillos de la chaqueta. No encontró nada. Se volvió a incorporar y su emoción era tan grande que no pensó ya en inspeccionar el local ni la puerta.

—Curioso chico —dijo regresando junto al grupo—. Seguramente no tiene ni veinte años. Un pilludo al que su cómplice se la habrá jugado…

Continuó hablando, pero de manera distraída. Se notaba que su pensamiento estaba en otra parte y que experimentaba la necesidad de reflexionar a solas.

—Creo —dijo— que mi pequeña investigación preliminar interesará a los caballeros del juzgado. Mientras les esperamos, haré guardia junto a usted, cabo…, o incluso solo…, ya que no necesito a nadie y así usted podría dormir un poco…

Raoul se apresuró. Entre los paquetes encontró tres sacos atados cuyo tejido parecía, más o menos, del mismo color que la blusa de la prisionera. Levantó uno de los sacos y murmuró:

—Acerque sus piernas hacia mí para que pueda poner ese saco en su lugar. Hágalo con precaución, ¿comprende? Después hará retroceder su busto y luego la cabeza.

Le tomó la mano, que estaba helada, y repitió las instrucciones, ya que la muchacha parecía inerte.

—No sea tonta, hágame caso. Marescal es capaz de todo… Usted le ha humillado. Se vengará de un modo u otro puesto que está en sus manos. Acerque sus piernas hacia mí…

La muchacha obedeció con pequeños gestos que la desplazaron insensiblemente y que tardó tres o cuatro minutos en ejecutar. Cuando la maniobra hubo terminado, frente a ella y ligeramente más alta había una forma gris y retorcida con sus mismos contornos, que daba la impresión de ser ella misma para que si el gendarme y Marescal echaban un vistazo la siguieran creyendo allí.

—Vamos —dijo Raoul—, aprovechemos este instante en que nos dan la espalda y hablan fuerte. Déjese deslizar.

La recibió en sus brazos, manteniéndola curvada, y la llevó por entre el laberinto de paquetes. Una vez en el vestíbulo la dejó en el suelo. Raoul volvió a cerrar la cerradura y cruzaron la sala de equipajes. Pero apenas llegado al terraplén que precedía a la estación, la muchacha tuvo un desfallecimiento y cayó de rodillas.

—Nunca podré —gimió.

Sin el más mínimo esfuerzo, Raoul se la cargó sobre el hombro y echó a correr hacia la masa de árboles que señalaban el camino hacia Romillaud y Auxerre. Experimentaba una profunda satisfacción ante la idea de que tenía a su presa, de que la asesina de miss Bakefield no podía escapársele y de que su acción substituía a la de la sociedad. ¿Qué haría? Poco importaba. En aquel momento estaba convencido —o al menos se lo decía a sí mismo— de que le había guiado una gran necesidad de justicia y que el castigo tomaría la forma que le dictaran las circunstancias.

Doscientos pasos más lejos se detuvo, no a causa del cansancio sino para escuchar el gran silencio apenas agitado por el susurro de las hojas y el furtivo paso de los animales nocturnos.

—¿Qué sucede? —preguntó la muchacha angustiada.

—Nada…, nada inquietante… Por el contrario…, el galope de un caballo…, muy lejos… Exactamente lo que quería… Estoy satisfecho… Esto significa nuestra salvación.

Descargó a la muchacha de su hombro y la tendió entre sus dos brazos como si fuera un niño. De este modo recorrió con paso rápido tres o cuatrocientos metros que le condujeron hasta la carretera nacional cuya blancura se recortaba tan húmeda que Raoul le dijo sentándose en el talud:

—Permanezca tendida sobre mis rodillas y escúcheme bien. El coche que estamos oyendo es el del médico cuyos servicios se han solicitado. Voy a desembarazarme del buen hombre y viajaremos durante toda la noche hasta una estación cualquiera de otra línea.

La muchacha no respondió. Raoul dudó si le había entendido. Su mano quemaba. En una especie de delirio balbuceaba sin sentido:

—No he matado… No he matado…

—Cállese —dijo Raoul abruptamente—. Hablaremos de eso más tarde.

Ambos callaron. La inmensa paz del campo dormido extendía a su alrededor espacios de silencio y seguridad. Sólo el trote del caballo se elevaba de vez en cuando en las tinieblas. En una o dos ocasiones vieron a distancia incierta las linternas del coche que brillaban como ojos fosforescentes. Ningún clamor, ninguna amenaza provenía de la estación.

Raoul pensaba en aquella extraña situación y por encima de la enigmática asesina, cuyo corazón latía con tanta fuerza que se oía su ritmo desenfrenado, evocaba a la parisién, entrevista unas ocho o nueve horas antes, feliz y sin preocupación aparente. Ambas imágenes, tan diferentes la una de la otra, se confundían en él. El recuerdo de la visión resplandeciente atenuaba su odio contra la asesina de la inglesa. Pero ¿acaso experimentaba odio? Raoul se aferraba a esta palabra y pensaba con dureza:

«La odio. Diga lo que diga, ha matado. La inglesa ha muerto por su culpa y por la de sus cómplices. La odio… Miss Bakefield será vengada».

Sin embargo, no decía nada de eso y, por el contrario, se daba cuenta que de su boca salían dulces palabras.

—La desgracia se abate sobre los seres cuando menos piensan en ello, ¿no es verdad? Se es feliz…, se vive…, y después viene el crimen… Pero todo se arregla… Confíe en mí y verá cómo todo se arregla…

Tenía la impresión de que una gran calma penetraba poco a poco en la muchacha. Ya no era presa de aquellos movimientos febriles que la sacudían de pies a cabeza. Lentamente, el mal, las pesadillas, las angustias, los terrores, el lúgubre mundo de la noche y de la muerte se iba apaciguando.

Raoul gustaba violentamente de la manifestación de su influencia y de su poder, de algún modo magnéticos, sobre ciertos seres a quienes las circunstancias habían desorbitado y a quienes devolvía el equilibrio haciéndoles olvidar por un momento la terrible realidad.

También él, por otra parte, se alejaba del drama. La inglesa muerta se desvanecía de su memoria y entre sus brazos ya no estrechaba a la mujer vestida con una blusa manchada de sangre sino a la parisién, elegante y radiante. Todavía se decía sin convicción: «La castigaré. Sufrirá por lo que ha hecho», como si no sintiera el fresco aliento que exhalaban sus labios próximos.

Las luces de las linternas se hicieron mayores. El médico llegaría dentro de ocho o diez minutos.

«Y entonces», se dijo Raoul, «tendré que separarme de ella y actuar…, y todo habrá acabado…, no volverá a existir entre nosotros un instante como este, un instante de tanta intimidad…».

Se inclinó más todavía. Adivinó que la muchacha tenía los ojos cerrados y que se abandonaba a su protección. Ahora todo está bien, debía pensar la muchacha. El peligro se alejaba.

Bruscamente Raoul se inclinó y besó sus labios. La muchacha intentó débilmente debatirse; suspiró y no dijo nada. Raoul tuvo la impresión de que aceptaba la caricia y de que, a pesar del retroceso de su cabeza, cedía a la dulzura de aquel beso. Aquello duró algunos segundos. Después, un sobresalto de revuelta la sacudió. Cerró los brazos y se desprendió de él con súbita energía, mientras gemía:

—¡Es abominable! ¡Qué vergüenza! ¡Déjeme usted! ¡Déjeme! ¡Lo que ha hecho usted es miserable!

Raoul intentó bromear y, furioso contra la muchacha, hubiera querido injuriarla. Pero no encontró las palabras y mientras ella le rechazaba y se hundía en la noche, se dijo en voz baja:

—¿Qué significa esto? Ahora sale con el pudor. ¿Y después? Se diría que he cometido un sacrilegio.

Se puso en pie, escaló el talud y la buscó. ¿Dónde estaba? Frondosos árboles protegían su huida. No había esperanza alguna de atraparla.

Raoul blasfemaba. Estaba fuera de sí y sentía el odio y el rencor del hombre despreciado, mientras experimentaba el terrible deseo de volver a la estación y dar la alerta por sí mismo, cuando oyó a poca distancia unos gritos. Las voces provenían de

la carretera, probablemente de algún lugar oculto por los árboles, en donde debía encontrarse el coche. Corrió hacia allí. Vio, en efecto, las dos linternas que parecieron girar sobre sí mismas y cambiar de dirección. El coche se alejaba y no lo hacía al trote apacible de un caballo sino al galope enfurecido de una bestia sobreexcitada a latigazos. Dos minutos más tarde Raoul, dirigido por los gritos, distinguía en la oscuridad la silueta de un hombre que gesticulaba entre los arbustos de la cuneta.

—¿Es usted el médico de Romillaud? —preguntó—. Me envían de la estación para que le salga al encuentro. ¿Ha sido usted atacado?

—Sí… Un viandante que me preguntaba el camino. Me he parado, me ha saltado al cuello, me ha atado y tirado junto a estos arbustos.

—¿Y ha huido en su coche?

—Sí.

—¿Solo?

—No, con alguien que se ha reunido con él. Ha sido entonces cuando he gritado.

—¿Un hombre? ¿Una mujer?

—No he podido verlo. Apenas, han hablado en voz baja. Cuando se han ido me he puesto a gritar.

Raoul le preguntó:

—¿Acaso no le habían amordazado?

—Sí, pero mal.

—¿Con qué?

—Con mi pañuelo.

—Hay una manera de amordazar que poca gente conoce —dijo Raoul, que cogió el pañuelo, y tiró al suelo de nuevo al doctor y se puso a demostrarle cómo hay que hacerlo.

La lección fue seguida de otra operación: la del modo de atar, sabiamente ejecutado, con la manta del caballo y la brida que Guillaume había utilizado, ya que no había dudas de que el agresor fuera Guillaume y de que la muchacha se hubiera reunido con él.

—¿Le hago daño, doctor? Lo sentiría en el alma. No tiene usted que temer ni las espinas ni las ortigas —añadió Raoul conduciendo a su compañero—. Vea, éste es un lugar en el que no pasará una noche demasiado mala. El musgo ha sido secado por el sol… Nada de agradecimientos, doctor. Crea usted que si hubiera podido evitar…

La intención de Raoul era de echarse a correr y alcanzar, costase lo que costase, a los dos fugitivos. Estaba furioso por haberse dejado engañar de aquel modo. ¡Había sido un estúpido! La tenía entre sus garras y en lugar de apretarle la garganta se había divertido besándola. En tales condiciones hay que conservar la sangre fría.

Pero aquella noche las intenciones de Limézy acababan siempre en actos contrarios. Después de dejar al doctor y sin abandonar su proyecto regresó a la estación con un nuevo plan que consistía en tomar prestado el caballo de un gendarme y concluir con éxito la empresa de la persecución.

Había observado que los tres caballos de la policía estaban en un almacén frente al que velaba un hombre del equipo. Raoul se acercó. El gendarme dormía bajo el fulgor de una linterna sorda. Raoul sacó su cuchillo para cortar una de las ataduras, pero en lugar de hacerlo se puso a cortar suavemente, con todas las precauciones imaginables, las cinchas flojas de los tres caballos y las bridas.

De este modo, la persecución de la señorita de los ojos verdes, cuando se dieran cuenta de su desaparición, sería imposible.

«En realidad, no sé lo que me hago», se dijo Raoul mientras regresaba a su compartimiento. «Nada me sería más agradable que entregar a esta muchacha a la justicia y cumplir así mi juramento de venganza. Ahora bien, todos mis esfuerzos tienden sólo a salvarla. ¿Por qué?».

La respuesta a esta pregunta la conocía bien. Si se había interesado por aquella muchacha porque tenía los ojos color de jade, ¿cómo no iba a protegerla ahora que la sentía tan cerca de él, desfalleciente y con sus labios contra los suyos? ¿Acaso se entrega a la justicia a una mujer a la que se ha besado? Era una asesina, de acuerdo, pero se había estremecido bajo su caricia y Raoul comprendía que nada en el mundo podría evitar, de ahora en adelante, que él la defendiera contra todo y contra todos. Para él, el ardiente beso de aquella noche dominaba todo el drama y todas las resoluciones que el instinto, más que su razón, le ordenaba tomar.

Debía tomar contacto de nuevo con Marescal para conocer el resultado de sus investigaciones y también a propósito de la joven inglesa y de aquel bolso que Constance Bakefield le había recomendado.

Dos horas más tarde, Marescal se dejaba caer, muerto de fatiga, frente a la banqueta en la que, en el vagón desenganchado, Raoul esperaba apaciblemente. Despertándose sobresaltado, Limézy encendió la luz y al ver el rostro descompuesto del comisario, su cabeza despeinada y su bigote desengomado, dijo:

—¿Qué sucede, comisario? Está usted desconocido.

Marescal balbuceó:

—¿No lo sabe usted? ¿No ha oído nada?

—Nada en absoluto. No he oído nada desde que usted cerró esta puerta hace unas horas.

—¡Ha huido!

—¿Quién?

—¡El asesino!

—Así pues, ¿le habían atrapado?

—Sí.

—¿Cuál de los dos?

—La mujer.

—Así pues, ¿era una mujer?

—Sí.

—¿Y no han podido retenerla?

—Sí, sólo que…

—¿Sólo qué?

—Era un montón de paquetes…

Al renunciar a perseguir a los fugitivos, Raoul había obedecido ciertamente, entre otros motivos, a una necesidad inmediata de venganza. Sintiéndose burlado, quería burlarse a su vez de otro, al igual que habían hecho con él. Marescal era la víctima designada. Marescal, a quien, por lo demás, esperaba arrancar otras confidencias y cuya desesperación le provocó una delicada emoción.

—Es una catástrofe —dijo Raoul.

—Una catástrofe —afirmó el comisario.

—¿Y no tiene usted ninguna pista?

—Ni la más mínima.

—¿Ningún nuevo rastro del cómplice?

—¿Qué cómplice?

—El que le ha facilitado la fuga.

—¡Pero no sirven de nada! Conocemos las huellas de sus zapatos, que hemos encontrado en el bosque. Ahora bien, a la salida de la estación, en un charco de barro, junto a la huella del zapato sin tacón hemos encontrado huellas diferentes. Un pie más pequeño. Suelas más puntiagudas.

Raoul escondió todo lo que pudo sus botines embarrados y preguntó muy interesado:

—¿Eso significa que hay otra persona?

—Indudablemente. Y, en mi opinión, esa otra persona ha huido con la asesina utilizando el coche del médico.

—¿Del médico?

—Si no es eso, ¿por qué no le hemos visto por aquí? Si no le hemos visto significa que le han cogido el coche y que le han abandonado en alguna parte.

—Un coche se puede alcanzar.

—¿Cómo?

—Los caballos de los gendarmes.

—He corrido al almacén donde estaban atados y he saltado sobre uno de ellos. Pero la silla se ha girado y he caído de bruces en el suelo.

—¡Qué me dice usted!

—El hombre que vigilaba los caballos se ha dormido, y durante su sueño alguien ha cortado las bridas y las cinchas. En esas condiciones, es imposible perseguirles.

Raoul no pudo evitar una sonrisa.

—¡Diablos! Se enfrenta con un adversario digno de usted.

—Un maestro, caballero. Tuve ocasión de seguir con detalle un caso en el que Arsenio Lupin se enfrentó con Ganimard. El golpe de esta noche ha sido montado

con la misma maestría.

Raoul fue despiadado.

—Es una auténtica catástrofe, ya que supongo que usted contaba con ese arresto para su porvenir…

—En efecto —dijo Marescal, a quien su derrota disponía cada vez más a las confidencias—. Tengo enemigos poderosos en el ministerio y la captura casi instantánea de esta mujer me habría prestado un gran servicio. Piense usted en el eco que habría tenido ese caso… El escándalo que se hubiera creado alrededor de esta criminal disfrazada, joven, hermosa… Hubiera salido en las primeras páginas de todos los periódicos. Y además…

—¿Y además?

Marescal tuvo una ligera vacilación. Pero estaba en una de aquellas horas en las que nada le evitaría hablar y mostrar hasta el fondo de su alma, a pesar de que en el futuro pudiera lamentarlo. Así pues, dijo:

—Y además, esto doblaría, triplicaría la importancia de la victoria que hubiera obtenido a otro nivel…

—¿Una segunda victoria? —preguntó Raoul con admiración.

—Sí, y definitiva.

—¿Definitiva?

—Sí, ciertamente. Pero ésta no podrán arrancármela puesto que se trata de una muerta.

—¿De la joven inglesa, tal vez?

—De la joven inglesa.

Sin abandonar su aire de indiferencia, y como si cediera ante el deseo de admirar las proezas de su compañero, Raoul preguntó:

—¿Puede usted explicármelo?

—¿Por qué no? Estará usted enterado dos horas antes que los magistrados, eso es todo.

Borracho de fatiga, con el cerebro confuso, Marescal cometió la imprudencia, contraria a sus costumbres, de charlar como un novel. Inclinándose sobre Raoul, le dijo:

—¿Sabe usted quién era esa inglesa?

—Así pues, ¿la conocía usted, señor comisario?

—Sí, la conocía. Incluso éramos buenos amigos. Desde hace seis meses vivía a su sombra, la acechaba, buscaba contra ella unas pruebas que no lograba reunir.

—¿Contra ella?

—Sí, contra ella. Contra Lady Bakefield, por un lado hija de lord Bakefield, par de Inglaterra y multimillonario, pero por otro ladrona internacional, rata de hotel y jefa de una banda; todo ello por placer, por diletantismo. También ella me había desenmascarado y cuando me hablaba lo hacía burlona, segura de sí misma. Era una ladrona, sí, y yo ya había prevenido de ello a mis superiores.

»Pero ¿cómo detenerla? Ahora bien, desde ayer la tenía atrapada. Alguien a mi servicio que trabajaba en su hotel me dijo que miss Bakefield había recibido ayer de Niza el plano de una villa que tenía que asaltar, la villa B…, como se la designaba en una carta adjunta, que había guardado todos esos papeles en un pequeño bolso de cuero junto con un pliego de documentos bastante sospechosos y que partía hacia el Mediodía. De ahí el motivo de mi partida. «En el Mediodía», pensaba, «o bien la detendré en flagrante delito, o bien podré apoderarme de sus papeles». No he tenido que esperar tanto. Los bandidos la han puesto en mi mano.

—¿Y el bolso?

—Lo llevaba bajo el vestido, atado con una correa, y ahora lo tengo yo —dijo Marescal tocándose el vestido de su chaqueta—. He tenido el tiempo justo para echarle una hojeada, que me ha permitido entrever piezas irrecusables, como el plano de la villa B…, en el que, con su escritura, la joven había añadido esta fecha en lápiz azul: 28 de abril. El 28 de abril es pasado mañana, miércoles.

Raoul había experimentado una ligera decepción. ¡Su hermosa compañera de viaje una ladrona! Y su decepción era tanto más grande cuanto que no podía protestar contra aquella acusación que justificaba un gran número de detalles y que explicaba, por ejemplo, la clarividencia de la inglesa a su respecto. Asociada a una banda internacional de ladrones, poseía sobre unas y otras indicaciones que le habían permitido entrever, detrás de Raoul de Limézy, la silueta de Arsenio Lupin.

¿Y acaso no debía creer que, en el momento de su muerte, las palabras que la muchacha se esforzaba en decir en vano, eran palabras de confesión y súplicas de culpable dirigidas precisamente a Arsenio Lupin: «Defienda usted mi memoria… ¡Que mi padre no sepa nada! Destruya usted mis papeles»?

—Entonces, señor comisario, es el deshonor para la familia de los Bakefield.

—¿Qué quiere usted…? —hizo Marescal.

Raoul añadió:

—¿No le es penosa esta idea? ¿Y no le es penosa también la idea de entregar a la justicia a una joven como la que acaba de escapar? ¿Ya que es una joven, verdad?

—Joven y hermosa.

—Y a pesar de ello…

—Caballero, a pesar de ello y a pesar de todas las consideraciones posibles, nada me impedirá nunca cumplir con mi deber.

Marescal pronunció aquellas palabras como un hombre que busca con toda evidencia la recompensa a su mérito, pero cuya conciencia profesional domina todos sus pensamientos.

—Bien dicho, señor comisario —aprobó Raoul mientras pensaba que Marescal parecía confundir su deber con muchas otras cosas en las que entraban, sobre todo, el rencor y su ambición.

Marescal consultó su reloj. Después, viendo que todavía le quedaba tiempo de descansar antes de la llegada del juez de instrucción, se echó sobre la banqueta,

garrapateó algunas notas en un cuadernillo que acabó por caer sobre sus rodillas. El comisario cedió al sueño.

Frente a él, Raoul le contempló durante unos minutos. Desde su encuentro en el tren, su memoria iba recordando poco a poco detalles precisos sobre Marescal. Evocaba una figura de policía bastante intrigante o, mejor dicho, de aficionado rico que ejercía de policía por gusto y por placer pero también para servir sus intereses y sus pasiones. Un hombre de buena fortuna, de ello Raoul se acordaba bien, un perseguidor de mujeres no siempre escrupuloso y a quien en algunas ocasiones las mujeres habían ayudado en su carrera, tal vez demasiado rápida. ¿Acaso no se decía que tenía entrada franca en el domicilio de su ministro, que la mujer de dicho hombre público no era extraña a ciertos favores inmerecidos?

Raoul tomó el cuadernillo y escribió, mientras vigilaba de reojo al policía:

«Observaciones relativas a Rodolphe Marescal».

»Notable agente, con iniciativa y lucidez. Demasiado charlatán. Se confía al primer desconocido sin preguntarle su nombre ni verificar el estado de sus botines, sin ni siquiera tomar buena nota de su fisonomía.

»Bastante mal educado. Si encuentra, a la salida de una pastelería del bulevard Haussmann, a una muchacha que conoce, le aborda y habla a su pesar. Si la encuentra algunas horas más tarde disfrazada, llena de sangre y vigilada por gendarmes, no se asegura de que la cerradura esté en buen estado ni de que el tipo a quien ha dejado en el compartimiento del tren no esté agazapado detrás de los paquetes postales.

»No tiene que sorprenderse, pues, si el tipo, aprovechándose de unos errores de tanto bulto, decide conservar un precioso anonimato, rechazar su papel de testigo y de vil denunciador, tomar en sus manos este extraño caso y defender enérgicamente, con la ayuda de los documentos del bolso, la memoria de la pobre Constance y el honor de los Bakefield y consagrar toda su energía en castigar a la desconocida de los ojos verdes sin que permita a nadie que toque uno solo de sus cabellos rubios o que le pida cuentas de la sangre que mancha sus adorables manos».

Como firma, en recuerdo de su encuentro con Marescal en la pastelería, dibujó una cabeza de hombre con gafas y un cigarrillo entre los labios, y escribió:

«¿Tienes fuego, Rodolphe?».

El comisario roncaba. Raoul volvió a poner el cuadernillo sobre sus rodillas y después extrajo de su bolsillo un pequeño frasco que abrió y cuyo contenido hizo respirar a Marescal. Un violento olor de cloroformo salía del frasco. La cabeza de Marescal se inclinó todavía más.

Entonces, con gran suavidad Raoul abrió la chaqueta, desabrochó las correas del bolso y se lo ató alrededor de su cintura, bajo su chaqueta.

En aquel preciso instante pasaba un tren de mercancías a paso lento. Bajó el cristal, saltó sin ser visto y se instaló confortablemente en el tope de un vagón cargado de manzanas.

«Una ladrona que ha muerto», se decía, «y una asesina que me produce

escalofríos, tales son las recomendables personas a las que protejo. ¿Por qué demonios me he lanzado a esta aventura?».

4

Asalto a la villa B…

—Si hay un principio al que siempre he sido fiel —me dijo Arsenio Lupin cuando, muchos años después, me contó la historia de la señorita de los ojos verdes— es el de no intentar nunca resolver un problema antes de que haya sonado la hora. Para desentrañar determinados enigmas, hay que esperar que el azar, o que la habilidad, te den un número suficiente de hechos reales. Hay que avanzar por el camino de la verdad con prudencia, paso a paso, de acuerdo con la progresión de los hechos.

Razonamiento tanto más justo en un caso en el que sólo había contradicciones, absurdo, actos aislados que ningún vínculo parecía unir unos con otros. Ninguna unidad. Ningún pensamiento director. Cada uno marchaba por su cuenta. Nunca Raoul había sentido hasta tal punto cómo hay que desconfiar de las precipitaciones en este tipo de aventuras. Deducciones, intuiciones, análisis, exámenes, todo ello trampas de las que había que huir.

Permaneció, pues, todo el día en el tope de su vagón, mientras que el convoy de mercancías se deslizaba hacia el sur entre campos soleados. Dormitaba apaciblemente y comía manzanas para calmar su hambre. Sin perder tiempo construyendo frágiles hipótesis sobre la gentil señorita, sobre sus crímenes y sobre su alma tenebrosa, saboreaba el recuerdo de la boca más tierna y exquisita que su boca hubiera besado nunca. Éste era el único hecho que quería tener en cuenta. Vengar a la inglesa, castigar al culpable, atrapar al tercer cómplice, recuperar los billetes robados, evidentemente todo esto le interesaba. Pero volver a encontrar aquellos ojos verdes y aquellos labios que se abandonaban, ¡qué voluptuosidad!

La exploración del bolso de cuero no le sirvió de gran cosa. Listas de cómplices, correspondencia con afiliados de todos los países… ¡Vaya por Dios! Miss Bakefield era realmente una ladrona por todo lo alto, como lo demostraban todas aquellas pruebas que los más hábiles cometen la imprudencia de no destruir. Además de aquello, las cartas de lord Bakefield en las que se revelaba toda la ternura y la honestidad del padre. Pero nada indicaba el papel que ella representaba en aquel asunto, ni la relación existente entre la aventura de la joven inglesa y el crimen de los tres bandidos, es decir, en pocas palabras, la relación entre miss Bakefield y la asesina.

Un solo documento, aquel al que Marescal había hecho alusión y que era una carta dirigida a la inglesa con relación al robo de la villa B…

Encontrará la villa B… a la derecha de la carretera que va de Niza a Cimiez, pasado

el Circo Romano. Es una construcción maciza en un gran jardín bordeado de tapias.

El cuarto miércoles de cada mes, el viejo conde de B… se instala en su calesa y baja a Niza con su doméstico, sus dos criadas y cestos para las provisiones. Así pues, la casa permanece vacía de tres a cinco horas.

Recorrer las tapias del jardín hasta la parte que da sobre el valle de Paillon. Hay una portezuela carcomida, cuya llave le adjunto con esta misma carta.

Existe la certeza de que el conde de B…, que estaba reñido con su mujer, no ha encontrado el paquete de títulos que ella ocultó, pero una carta escrita por la difunta a una amiga hace alusión a una caja de violín rota, que se encuentra en una especie de belvedere en el que se almacenan los objetos fuera de uso. ¿Por qué esta alusión que nada justifica? La amiga murió el mismo día en que recibió la carta, que se extravió y me cayó a las manos dos años más tarde.

Adjunto el plano del jardín y el de la casa. En lo alto de la escalera se levanta el belvedere casi en ruinas. La expedición requiere dos personas, una de las cuales vigilará, ya que hay que desconfiar de una vecina que es lavandera y que acude a menudo por otra entrada del jardín, cerrada por una verja cuya llave posee.

Fije la fecha (al margen una nota en lápiz azul precisaba: 28 de abril) y avíseme para que podamos encontrarnos en el mismo hotel.

Firmado: G.

Post Scriptum: Mis informaciones con respecto al gran enigma del que le he hablado, siguen siendo muy vagas. ¿Se trata de un tesoro considerable o de un secreto científico? No lo sé todavía. El viaje será, pues, decisivo. ¡Su intervención me será muy útil entonces!

Hasta nueva orden, Raoul se olvidó de aquella postdata tan extraña. Era, según una expresión que le gustaba, uno de estos embrollos en los que sólo se puede penetrar a base de suposiciones e interpretaciones peligrosas. ¡Mientras que el escalo de la villa B…!

Aquel asalto iba tomando para él un interés particular. Pensó mucho en ello. Era un aperitivo, ciertamente. Pero hay aperitivos que valen más que un substancioso almuerzo. Y puesto que Raoul viajaba hacia el Mediodía, despreciar una tan hermosa ocasión hubiera sido algo imperdonable.

En la estación de Marsella, a la noche siguiente, Raoul se apeó de su vagón de mercancías y se instaló en un expreso del que descendió en Niza la mañana del miércoles, 28 de abril, después de haber aligerado a un buen burgués de algunos billetes de banco que le permitieron comprar una maleta, vestidos, ropa interior y elegir el Majestic Palace de Cimiez.

Comió allí mientras leía en los periódicos del país relatos más o menos fantasiosos sobre el caso del rápido. A las dos del mediodía salía tan transformado de

ropa y de rostro, que a Marescal le habría sido casi imposible reconocerle. ¿Pero cómo iba a sospechar Marescal que su mistificador tendría la audacia de sustituir a miss Bakefield en el anunciado robo de una villa?

«Cuando una fruta está madura», se decía Raoul, «hay que cogerla. Y ésta me parece que está al punto, y sería un estúpido si la dejara pudrir. La pobre miss Bakefield no me lo perdonaría».

La villa Faradoni está al borde de la carretera y domina un vasto terreno montuoso sembrado de olivos. Unos caminos rocosos y casi siempre desiertos rodean por el exterior las tres restantes tapias del recinto. Raoul inspeccionó los lugares con detenimiento y descubrió una pequeña puerta de madera carcomida, algo más lejos una verja de hierro y, en un campo vecino, una casita que debía ser la de la lavandera. Cuando regresaba a la carretera, una vieja calesa se alejaba hacia Niza. El conde Faradoni y su personal iban a por provisiones. Eran las tres.

«Casa vacía» pensó Raoul. «No es muy probable que el corresponsal de miss Bakefield, que en estos momentos ya debe estar enterado del asesinato de su cómplice, quiera intentar la aventura. ¡Así pues, será para mí el violín roto!».

Regresó a la puerta carcomida y en un lugar que había descubierto con anterioridad, en el que la tapia ofrecía asperezas que facilitaban el escalo, cruzó al otro lado. Se dirigió hacia la casa por unos caminos apenas desbrozados. El camino del vestíbulo le condujo a la escalera, en lo alto de la cual se alzaba el belvedere. Pero no había puesto el pie sobre el primer escalón, cuando resonó un timbre eléctrico.

«¡Diablos!», se dijo Raoul. «¿Acaso estará la casa trucada? ¿Tal vez el conde desconfía?».

El timbre que resonaba en el vestíbulo, ininterrumpido y horripilante, cesó en seco cuando Raoul se movió. Deseoso de descubrir el sistema de alarma, examinó el aparato eléctrico fijado cerca del techo, siguió el hilo que descendía a lo largo de la moldura y comprobó que venía de fuera. Así pues, el timbrazo no se había producido por su culpa sino debido a una intervención exterior.

Salió. El hilo corría por el aire bastante alto, suspendido en las ramas de los árboles, y seguía la misma dirección que él había tomado al venir. Enseguida comprendió de qué se trataba.

«Cuando se abre la puerta carcomida el timbre se pone en acción. En consecuencia, alguien ha querido entrar y ha renunciado a ello al oír el ruido lejano del timbre».

Raoul se dirigió hacia la izquierda y subió a la cumbre de un montículo cubierto de follaje, desde donde se descubría la casa, el campo de olivos y algunos sectores de la tapia, así como los alrededores de la puerta.

Esperó. Se produjo una segunda tentativa, pero de una manera que Raoul no había previsto. Un hombre franqueó la tapia del mismo modo que había hecho él y en el mismo lugar, y, cuando estuvo en lo alto, desconectó la extremidad del cable y se dejó caer.

La puerta fue, en efecto, empujada desde el exterior sin que sonara el timbre. Entró otra persona, una mujer.

El azar desempeña en la vida de los grandes aventureros, y sobre todo en los inicios de sus empresas, un papel de verdadero colaborador. Pero por más extraordinario que parezca, ¿se debía verdaderamente al azar el que la señorita de los ojos verdes se encontrara en compañía de un hombre que no podía ser otro que su cómplice Guillaume? La rapidez de su huida y de su viaje, su súbita intrusión en aquel jardín, en aquella fecha del 28 de abril y a aquella hora de la tarde, ¿no demostraba acaso que también ellos estaban en conocimiento del asunto y que se proponían los mismos fines que él? Y además, ¿acaso todo aquello no permitía ver lo que Raoul buscaba, es decir, una relación cierta entre las empresas de la inglesa, víctima, y de la francesa, asesina? Provistos de sus billetes, con sus equipajes enviados desde París, ambos cómplices habían continuado su expedición con toda naturalidad.

Ambos avanzaban bordeando los olivos. El hombre, bastante delgado, completamente afeitado, con aire de actor poco simpático, tenía un plano en la mano y avanzaba con gesto cauteloso y ojo al acecho.

La mujer… A pesar de que no podía dudar de su identidad, Raoul casi no podía reconocerla. ¡Cómo había cambiado aquel hermoso y sonriente rostro que pocos días antes había admirado en la pastelería del bulevar Haussmann! Tampoco era la imagen trágica que había entrevisto en el pasillo del rápido, sino un pobre rostro contraído, doloroso, temeroso, que daba pena verlo. Llevaba un sencillo vestido gris, sin adornos, y un sombrero de paja que ocultaba sus cabellos rubios. En el momento en que ambos cómplices rodeaban el montículo desde donde Raoul les acechaba, oculto entre el follaje, tuvo la visión brusca e instantánea, como la de un rayo, de una cabeza que surgía por encima de la tapia, siempre en el mismo lugar. Cabeza de hombre, sin sombrero, cabellera negra y ensortijada, fisonomía vulgar… No duró más de un segundo.

¿Era el tercer cómplice apostado en el exterior?

La pareja se detuvo más allá del montículo en el cruce donde se reunían el camino de la puerta y el camino de la verja. Guillaume se alejó corriendo hacia la casa. Dejó a la muchacha sola.

Raoul, que estaba a una distancia de cincuenta pasos a lo sumo, la miraba ávidamente y pensaba que otra mirada, la del hombre oculto, debía contemplarla también por las rendijas de la puerta carcomida. ¿Qué hacer? ¿Prevenirla? ¿Arrastrarla como en Beaucourt y sustraerla a peligros que no conocía?

La curiosidad fue más fuerte que todo. Quería saber. En medio de aquel embrollo en el que se entrecruzaban iniciativas contrarias o en el que se sobreponían los ataques sin que fuera posible ver claro, Raoul esperaba que se hiciera visible un hilo

conductor que le permitiera en un momento dado elegir uno u otro camino y así dejar de actuar al azar, siguiendo sus impulsos de piedad o sus deseos de venganza.

Sin embargo, la muchacha permanecía apoyada contra el tronco de un árbol y jugaba distraídamente con un silbato que debería usar en caso de alerta. La juventud de su rostro, un rostro casi de niña, aunque tuviera más de veinte años, sorprendió a Raoul. Los cabellos, bajo el sombrero ligeramente echado hacia atrás, brillaban como bucles de metal y la aureolaban de alegría.

Pasó tiempo. De repente, Raoul oyó rechinar la verja de hierro y vio, al otro lado de su montículo, a una mujer del pueblo que avanzaba canturreando y que se dirigía hacia la casa con un cesto de ropa bajo el brazo. También la señorita de los ojos verdes la había oído. Se tambaleó, se deslizó por el tronco del árbol hasta el suelo y la lavandera prosiguió su camino sin percibir aquella silueta oculta tras un macizo de arbustos que rodeaban el árbol.

Transcurrieron unos instantes terribles. ¿Qué haría Guillaume, estorbado, a plena luz, frente a aquella intrusa? Pero sucedió que cuando la lavandera penetró en la casa por la puerta de servicio y en el preciso instante en que desaparecía, Guillaume regresaba de su expedición cargado con un paquete envuelto en papel de periódico, que tenía la forma de la caja de violín. El encuentro no tuvo, pues, lugar.

La muchacha de los ojos verdes, agazapada en su escondrijo, no le vio en seguida y durante la marcha de su cómplice, que avanzaba furtivamente sobre la hierba, en su rostro se dibujaba la misma expresión de espanto de Beaucourt, después del asesinato de miss Bakefield y de los dos hombres. Raoul la detestaba.

Hubo una explicación breve, que reveló a Guillaume el peligro que había corrido. A su vez, el hombre vaciló y mientras bordeaban el montículo, ambos titubeaban, lívidos y aterrados.

«Tanto mejor», pensaba Raoul lleno de desprecio, «que sean Marescal o sus acólitos los que acechen detrás de la tapia. ¡Ojalá les atrapen a ambos! ¡Ojalá los metan en prisión!».

Pero aquel día las circunstancias hicieron vanas todas las previsiones de Raoul y le obligaron a actuar a su pesar o, en todo caso, sin haber podido reflexionar. A veinte pasos de la puerta, es decir, a veinte pasos de la supuesta emboscada, el hombre cuya cabeza había visto Raoul en lo alto de la tapia saltó sobre el camino, de un puñetazo en la mandíbula puso fuera de combate a Guillaume, cogió a la muchacha bajo su brazo como si fuera un paquete, recogió la caja del violín y se echó a correr a través del campo de olivos en dirección contraria a la casa.

Raoul se lanzó en su persecución, acto seguido. El hombre, a la vez ligero y fornido, corría de prisa sin mirar hacia atrás, como alguien que no cree que puedan impedirle alcanzar su meta.

Cruzó un huerto de limoneros que se levantaba ligeramente hasta un promontorio en el que la tapia no tenía más que un metro de altura y que formaba un terraplén sobre el exterior.

Una vez allí, depositó a la muchacha, obligándola a pasar afuera y reteniéndola por las muñecas. Luego, cruzó él después de haber tirado el estuche del violín.

«A la perfección», se dijo Raoul. «Habrá disimulado un coche en un camino apartado que toca al jardín en este lugar. Después de haber espiado y capturado a la señorita, vuelve al lugar donde tiene el coche y la deja caer, inerte y sin resistencia, en el asiento del vehículo».

Al acercarse, Raoul comprobó que no se equivocaba. Un gran coche descubierto estaba estacionado al borde de la tapia.

La puesta en marcha fue inmediata. Dos vueltas de manivela… el hombre saltó al lado de su presa y arrancó rápidamente.

El suelo estaba lleno de baches y erizado de piedras. El motor roncaba penosamente. Raoul saltó, alcanzó cómodamente el coche, pasó las piernas por encima de la capota y se ocultó en los asientos de detrás, cubriéndose con un abrigo abandonado en el respaldo. El agresor, que no se había vuelto ni una sola vez durante la puesta en marcha del motor, no había oído nada.

El vehículo alcanzó el camino exterior que bordeaba la tapia y después la carretera. Antes de girar, el hombre puso sobre el cuello de la muchacha una mano nudosa y fuerte:

—Si te mueves estás perdida. Te apretaré el gaznate como a la otra… ¿Sabes lo que quiero decir?

Y añadió bromeando:

—Además, no creo que tengas deseos de pedir ayuda, ¿verdad, pequeña?

Algunos campesinos y paseantes se cruzaron con el coche. El auto se alejó de Niza y corrió hacia las montañas. La víctima no se movió.

¿Cómo no sacó conclusiones lógicas de los hechos o de las palabras pronunciadas? En medio de aquel cúmulo de peripecias, ninguna de las cuales se podía relacionar con las precedentes, Raoul aceptó bruscamente la idea de que el hombre era el tercer bandido del tren, el que había estrangulado a «la otra», es decir, a miss Bakefield.

«Esto es», pensó Raoul, «no vale la pena perder el tiempo en meditaciones y deducciones lógicas. Es así. Y además es una prueba más de que existe una relación entre el caso Bakefield, y el caso de los tres bandidos. Ciertamente Marescal tiene razón cuando afirma que la inglesa fue muerta por error, pero a pesar de todo, toda esa gente viajaba hacia Niza con el mismo objetivo. El asalto a la villa B… Este asalto lo había combinado Guillaume, el autor evidente de la carta firmada G. Guillaume, que formaba parte de las dos bandas y que perseguía, a la vez, el asalto a la villa con la inglesa y la solución del gran enigma del que hablaba en la postdata. ¿Está claro? Después, habiendo muerto la inglesa, Guillaume quiere llevar a cabo el golpe y lleva consigo a su amiga de los ojos verdes, puesto que los asaltantes tienen que ser dos. Y el golpe hubiera tenido éxito de no ser por el tercer bandido que vigila a sus cómplices, se apodera del botín y aprovecha la ocasión para raptar a la de los

ojos verdes. ¿Con qué fin? ¿Existe alguna rivalidad amorosa entre los dos hombres? Por el momento, no queramos saber más».

Algunos kilómetros más lejos, el coche giró hacia la derecha, cogió un camino de herradura y se dirigió hacia la ruta de Levens, desde donde se podía dirigir a las gargantas del Var o a la región de las altas montañas. ¿Y entonces?

«¿Qué haré si la expedición concluye en algún refugio de bandidos? ¿Debo esperar a estar solo frente a media docena de malandrines a los que tendré que disputar a la señorita de los ojos verdes?».

Una súbita tentativa de la muchacha le obligó a tomar una determinación. En un acceso de desesperación, la muchacha intentó huir aun a riesgo de matarse. Su raptor la retuvo con mano implacable.

—¡No hagas tonterías! ¿Ya has olvidado lo que te dije en el rápido antes de que tú y Guillaume pusierais fuera de combate a los dos hermanos? Te aconsejo…

No pudo terminar. Al girarse hacia la muchacha, entre dos curvas de la carretera, descubrió una cabeza y un busto que le separaban de ella. Un rostro burlón y un fornido busto que le impedían moverse, y una voz bromeó:

—¿Cómo estás, camarada?

El hombre quedó estupefacto. Un bandazo del coche estuvo a punto de lanzarlos a los tres a la cuneta. Exclamó:

—¡Cristo! Pero ¿quién es ese tipo? ¿De dónde sale?

—¿Cómo? —dijo Raoul—. ¿No me reconoces? Puesto que hablabas del rápido, tienes que acordarte del tipo que pusiste fuera de combate al principio. El pobre tipo al que limpiaste veintitrés billetes. La señorita sí que me reconoce, ¿verdad? La señorita reconoce al caballero que le llevó en sus brazos aquella noche y a quien abandonó de manera poco gentil.

La muchacha se calló y bajó los ojos. El hombre seguía balbuceando:

—¿Quién es ese pájaro y de dónde sale?

—De la villa Faradoni, en donde te tenía el ojo echado. Y ahora hay que pararse para que la señorita descienda.

El individuo no respondió. Apretó el acelerador.

—¿Quieres hacerte el malo? Te equivocas, compañero. Has debido leer en los periódicos que te protegí. No dije ni una sola palabra sobre ti y, en consecuencia, me culpan a mí de ser el jefe de la banda, a mí, pobre viajero inofensivo que sólo piensa en salvar a todo el mundo. Vamos, compañero. Un frenazo y afloja la marcha…

La carretera serpenteaba por un desfiladero, colgada de la pared de un acantilado y bordeada de un parapeto que seguía los repliegues de un torrente. Muy estrecha, estaba además partida por una línea de tranvía. Raoul juzgó favorable la situación. Semi-incorporado, espiaba los horizontes restringidos que se ofrecían a sus ojos en cada nueva curva. De repente se levantó, se inclinó, abrió los brazos y los posó a derecha e izquierda del enemigo, abatiéndose sobre él y agarrando el volante por encima de sus ojos.

El hombre, desconcertado, rugió:

—¡Cristo, está loco! ¡Nos va a hacer saltar a todos! ¡Déjame, estúpido!

Intentaba desprenderse, pero ambos brazos le apretaban como unas pinzas, Raoul le dijo riendo:

—Hay que elegir, querido amigo. El barranco o el choque con el tranvía. Por ahí viene uno a nuestro encuentro. O te paras o…

La pesada máquina surgió a cincuenta metros. A la velocidad a que corrían, el frenazo tenía que ser inmediato. El hombre lo comprendió y frenó, mientras que Raoul, agarrado al volante, inmovilizó el coche en los raíles mismos del tranvía. Ambos vehículos quedaron parados a pocos centímetros de distancia.

El hombre no comprendía nada.

—¡Cristo, me las pagarás!

—Cuando quieras, pero si no tienes intención de dormir frente al tranvía, lo mejor que podemos hacer es dejar libre la vía.

Tendió la mano a la muchacha para ayudarla a descender, pero ella la rehusó.

Los viajeros del tranvía se impacientaban. El conductor gritaba. Cuando la vía estuvo libre, el vehículo se puso en marcha velozmente.

Raoul, que había ayudado al hombre a empujar el auto, le dijo con tono imperioso:

—Ya has visto cómo opero. Pues bien, si vuelves a molestar a la señorita, te entrego a la justicia. Tú eres el responsable del asalto al rápido y estrangulaste a la inglesa.

El hombre se volvió, palideciendo. En su rostro surgió una expresión de miedo. Tartamudeó:

—No es cierto, yo no la toqué.

—Fuiste tú… Tengo todas las pruebas… Si te atrapan subirás al cadalso. Así pues, lárgate. Déjame el coche. Me lo llevaré a Niza con la muchacha. ¡Vamos, vete! —Le empujó, saltó al coche y recogió el violín envuelto en papel. En aquel momento se le escapó un juramento:

—¡Maldita sea! ¡Se ha escapado!

La señorita de los ojos verdes había desaparecido. A lo lejos, el tranvía aumentaba la velocidad. Aprovechando la disputa entre los dos hombres, se debía haber refugiado en él.

La cólera de Raoul cayó sobre el hombre.

—¿Quién eres? ¿Conoces a esta mujer? ¿Cómo se llama? ¿Y tú? ¿Cómo ha sido…?

El hombre, igualmente furioso, quería arrancar el violín de manos de Raoul y se iniciaba una pelea cuando bajó un segundo tranvía. Raoul se lanzó al estribo, mientras el bandido intentaba en vano poner en marcha su vehículo.

Raoul regresó furioso al hotel. Felizmente, tenía en compensación los títulos de la condesa Faradoni.

Deshizo el paquete. A pesar de estar desprovisto de arco y de otros accesorios, el violín era más pesado de lo que hubiera tenido que ser.

Examinándolo, Raoul se dio cuenta de que una de las tablillas había sido aserrada y vuelta a pegar.

La desencoló.

El violín sólo contenía un paquete de viejos periódicos, lo que permitía creer, o bien que la condesa había escondido su fortuna en otra parte, o bien que el conde, habiendo descubierto el escondite, disfrutaba apaciblemente de la herencia que la condesa había querido regatearle.

—Fracaso en toda la línea —gruñó Raoul—. Me empieza a disgustar esta señorita de los ojos verdes. Además, ha rechazado mi mano. ¿Por qué? ¿Acaso me guarda rencor por haberla besado? Nos veremos las caras.

5

El terranova

Durante toda una semana, no sabiendo dónde dar la batalla, Raoul leyó atentamente los reportajes de los periódicos que relataban el triple asesinato del rápido. Es inútil hablar a fondo de los sucesos, demasiado conocidos del público, ni de las suposiciones que se hicieron, ni de los errores cometidos, ni de las pistas que se siguieron. Aquel caso, tan profundamente misterioso que apasionó al mundo entero, sólo tiene interés hoy en razón del papel que el señor Lupin desempeñó en él y en la medida en que él influyó en el descubrimiento de una verdad que por fin podemos establecer de una manera cierta. ¿Por qué, entonces, complicarnos en detalles fastidiosos y arrojar luz sobre hechos que han pasado a segundo plano?

Lupin, o mejor dicho, Raoul de Limézy, vio entonces a qué se restringían para él los resultados de la investigación, y los anotó de este modo:

1. El tercer cómplice, es decir, el bruto a quien acabo de arrebatar a la señorita de los ojos verdes, que ha permanecido en la sombra y cuya existencia nadie sospecha, se convierte a los ojos de la policía en el viajero desconocido, es decir, yo, que soy el instigador del caso. Bajo la inspiración evidente de Marescal, a quien mis detestables maniobras a su respecto han debido impresionar fuertemente, me transformo en un personaje diabólico y omnipotente, que organizó el complot y dominó todo el drama. Víctima aparente de mis compañeros, atado y amordazado, les dirijo, velo por su salud y me desvanezco en la sombra sin dejar otro rastro que mis botines.

2. En cuanto a los otros cómplices, se ha admitido según el relato del doctor, que huyeron en su coche. Pero ¿hasta dónde? A la madrugada, el caballo volvía campo a través. En todo caso, Marescal no duda ni un momento: arranca la máscara del más joven de los bandidos y denuncia sin piedad a una joven y hermosa mujer cuya descripción, sin embargo, no da al público, reservándose para sí el mérito de un próximo y sensacional arresto.

3. Se identifica a los dos hombres asesinados. Se trata de dos hermanos, Arthur y Gaston Loubeaux, asociados para la distribución de una marca de champán y domiciliados en Neuilly, junto al Sena.

4. Un punto importante: el revólver con el que los dos hermanos fueron asesinados y que fue hallado en el pasillo del vagón, ofrece una pista formal. Había sido comprado quince días antes por un hombre joven, delgado y alto, a quien su compañera, una joven cubierta por un velo, llamaba Guillaume.

5. Por último, miss Bakefield. Contra ella no hay objeción alguna. Marescal, desprovisto de las pruebas, no quiere arriesgarse y guarda un silencio prudente. Simple viajera, mundana muy conocida en Londres y en la Riviera, iba a reunirse con

su padre en Montecarlo. Eso es todo. ¿La asesinaron por error? Posible. Pero ¿por qué fueron asesinados los dos Loubeaux? Sobre esto y sobre el resto, tinieblas y contradicciones.

«Y como no estoy de humor», concluyó Raoul, «para romperme la cabeza, no pensemos más en ello, dejemos que la policía se equivoque a su gusto y actuemos».

Si Raoul hablaba de este modo era porque sabía, por fin, en qué sentido tenía que actuar. Los periódicos de la región publicaban esta nota:

«Nuestro distinguido huésped, lord Bakefield, después de haber asistido a las exequias de su desgraciada hija, ha vuelto entre nosotros y pasará el fin de esta temporada, según su costumbre, en el Bellevue de Montecarlo».

Aquella tarde Raoul de Limézy tomaba una habitación contigua a las tres ocupadas por el inglés en el Bellevue. Todas esas habitaciones, al igual que las de la planta baja daban sobre un gran jardín, sobre el que todas tenían su salida y que se extendía en la parte posterior del hotel.

A la mañana siguiente, Raoul vio al inglés en el momento en que éste descendía de su habitación. Era un hombre todavía joven, de aspecto pesado, y la tristeza y pesadumbre se expresaban con movimientos nerviosos en los que había angustia y desesperación.

Dos días más tarde, cuando Raoul se proponía transmitirle su tarjeta con la solicitud de una entrevista confidencial, distinguió en el pasillo a alguien que estaba a punto de llamar a la puerta vecina: Marescal.

El hecho no le sorprendió demasiado; puesto que él mismo buscaba información por aquel lado, era muy natural que Marescal intentara averiguar lo más posible del padre de Constance.

Abrió, pues, uno de los batientes acolchados de la doble puerta que separaba su habitación de la contigua. Pero no oyó nada de la conversación.

Hubo otra a la mañana siguiente. Raoul había podido, con antelación, entrar en la habitación del inglés y correr el cerrojo. Desde su habitación entreabrió el segundo batiente. Nuevo fracaso. Los dos interlocutores hablaban tan bajo que no pudo captar la más mínima palabra.

De este modo, perdió tres días en los que el inglés y el policía se dedicaron a conciliábulos que le intrigaban vivamente. ¿Qué fin perseguía Marescal? ¿Revelar a lord Bakefield que su hija era una ladrona? No, ciertamente Marescal no pensaba en ello.

¿Debía, pues, suponer que el policía intentaba obtener algo más que pistas con aquellas conversaciones?

Por último, una mañana Raoul, que hasta aquel momento no había podido espiar los diversos telefonazos recibidos por lord Bakefield, en la habitación más alejada de sus estancias, consiguió oír el final de una conversación:

—De acuerdo, caballero. Nos veremos en el jardín del hotel hoy a las tres. El dinero estará a punto y mi secretario se lo entregará a cambio de las cuatro cartas de

que usted habla.

«Cuatro cartas… dinero…», pensó Raoul. «Eso tiene todo el aspecto de una tentativa de chantaje. Y en este caso, el extorsionador será, con toda seguridad, el señor Guillaume que debe rondar por los alrededores y que, cómplice de miss Bakefield, intenta ahora vender su correspondencia con ella».

Las reflexiones de Raoul le afirmaron en esa hipótesis, que arrojaba plena luz en los misteriosos actos de Marescal. Llamado sin duda por lord Bakefield, a quien Guillaume había amenazado, el comisario tendía una emboscada en la que debía caer el joven malhechor. De acuerdo. Esto sólo producía alegría a Raoul. Pero ¿estaría también la señorita de los ojos verdes en el asunto?

Aquel día, lord Bakefield invitó a comer al comisario. Una vez acabado el almuerzo, ambos caballeros se dirigieron al jardín y dieron varias vueltas hablando animadamente. A las tres menos cuarto el policía regresó al apartamento. Lord Bakefield se sentó en un banco muy visible y no lejos de la verja abierta, a través de la cual el jardín comunicaba con el exterior.

Desde su ventana, Raoul vigilaba.

«Si viene, peor para ella», se dijo Raoul. «¡Peor para ella! No moveré ni el dedo meñique para protegerla».

Con todo, se sintió tranquilizado cuando vio aparecer a Guillaume solo, cruzando la verja con precaución.

El encuentro entre ambos hombres fue breve, puesto que las condiciones del intercambio habían sido acordadas con anterioridad. En seguida se dirigieron hacia el apartamento, ambos en silencio. Guillaume intranquilo e inquieto, y lord Bakefield sacudido por movimientos nerviosos.

En lo alto de la escalera, el inglés dijo:

—Entre usted, caballero. No quiero mezclarme con todas esas suciedades. Mi secretario está al corriente y le pagará las cartas si su contenido es el que usted dice.

Y se fue.

Raoul estaba al acecho detrás del batiente acolchado de la doble puerta. Esperaba una escena teatral, pero en seguida comprendió que Guillaume no conocía a Marescal y que éste, a los ojos del chantajista, aparecería como el secretario de lord Bakefield. El policía, en efecto, a quien Raoul entreveía reflejado en un espejo, pronunció con claridad:

—Aquí están los cincuenta billetes de mil francos y un cheque por el mismo valor contra un banco de Londres. ¿Tiene usted las cartas?

—No —dijo Guillaume.

—¿Cómo que no? En ese caso no hay nada que hacer. Mis instrucciones son formales. Toma y daca.

—Las enviaré por correo.

—¿Está usted loco, señor, o pretende burlarse de nosotros?

Guillaume se decidió.

—Tengo las cartas, pero en este momento no las llevo encima.

—¿Entonces?

—Un amigo mío las guarda.

—¿Dónde está?

—En el hotel; voy a buscarle.

—No lo haga —dijo Marescal que, adivinando la situación, precipitó las cosas.

Llamó al servicio. La camarera acudió y le ordenó:

—Haga el favor de avisar a una señorita que debe esperar en el pasillo. Dígale que es de parte del señor Guillaume.

Guillaume se sobresaltó. ¿Así que sabía su nombre?

—¿Qué significa esto? Es contrario a lo que acordamos con lord Bakefield. La persona que me espera no tiene nada que hacer aquí…

Quiso abrir, pero Marescal se interpuso violentamente y abrió la puerta dejando entrar a la señorita de los ojos verdes, que penetró con paso vacilante en la habitación y que soltó un grito de terror cuando el batiente fue cerrado a su espalda con violencia y la llave dio una vuelta brutalmente en la cerradura.

Al mismo tiempo, una mano la tomó por la espalda. La muchacha gimió:

—¡Marescal!

Incluso antes de que pronunciara aquel nombre temible, Guillaume, aprovechando la situación, huyó por el jardín sin que Marescal se ocupara de él. El comisario sólo pensaba en la muchacha que, tambaleándose asustada, avanzó hasta el centro de la habitación mientras el policía le arrancaba el bolso y decía:

—Nada puede salvarte ahora. Has caído en la ratonera.

El comisario registró el bolso y gruñó:

—¿Dónde están las cartas? ¿Con que ahora nos dedicamos al chantaje? ¡Qué bajo has caído! ¡Qué vergüenza!

La muchacha se dejó caer sobre una silla. Al no encontrar lo que buscaba, el comisario la brutalizó:

—¡Las cartas! ¡Las cartas, en seguida! ¿Dónde están? ¿En tu blusa?

Agarró la blusa de la muchacha con una mano y rasgó el tejido con rabia mientras la insultaba y avanzaba la otra mano para registrarla. De repente se detuvo estupefacto, con los ojos saltándole de las órbitas, frente a la cabeza de un hombre que guiñaba los ojos y llevaba un cigarrillo en el ángulo de una boca sarcástica.

—¿Tienes fuego, Rodolphe?

«¿Tienes fuego, Rodolphe?».

La frase insultante que ya había oído en París y leído en su cuadernillo secreto. ¿Qué significaba? ¿Qué querían decir aquel insólito tuteo y aquellos ojos que hacían guiños?

—¿Quién es usted? ¿Quién es usted? ¿El hombre del rápido? ¿El tercer cómplice?

Marescal no era un cobarde. En muchas ocasiones había dado muestras de audacia poco común y no había temido enfrentarse a dos o tres adversarios a la vez.

Pero aquél era un adversario poco común que actuaba con medios especiales y frente al que siempre se sentía en un estado permanente de inferioridad. Quedó, pues, a la defensiva, mientras Raoul, con calma, decía a la muchacha en tono seco:

—Ponga usted las cuatro cartas en el rincón de la chimenea… ¿Hay cuatro en ese sobre? Una… dos… tres… cuatro… Bien. Ahora váyase y adiós. Espero que las circunstancias no vuelvan a ponernos frente a frente. Adiós. Buena suerte.

La muchacha se fue sin decir nada.

Raoul prosiguió:

—Como ves, Rodolphe, conozco poco a esta señorita de los ojos verdes. No soy ni su cómplice ni el asesino que te inspira un saludable temor. No. Simplemente soy un sencillo viajero a quien tu rostro de engomado desagradó desde el primer momento y que encontró divertido arrancarte a tu víctima. La muchacha ya no me interesa y estoy decidido a no ocuparme más de ella. Pero quiero que tú tampoco lo hagas. Que cada uno siga su camino. El tuyo a la derecha, el suyo a la izquierda y el mío en el centro. ¿Me comprendes, Rodolphe?

Rodolphe esbozó un gesto hacia su revólver, que no pudo concluir. Raoul había sacado el suyo y lo empuñaba con tal expresión de energía implacable que obligó a Marescal a estarse quieto.

—Pasemos a la habitación vecina, ¿quieres, Rodolphe? Allí podremos hablar con más tranquilidad.

Empujándole con el revólver, obligó al comisario a pasar a sus habitaciones y cerró la puerta. Pero apenas en su habitación, repentinamente tomó el tapete de una mesa y lo lanzó a la cabeza de Marescal como un capuchón. El otro no se resistió. Aquel hombre fantástico le paralizaba. Pedir auxilio, llamar, debatirse, nada de eso se le ocurrió, pues estaba seguro de que la respuesta de su contrincante sería fulminante. Así pues, se dejó atar con un montón de sábanas que medio le ahogaban y que le impedían cualquier movimiento.

—Ya está —dijo Raoul cuando hubo terminado—. Quedamos de acuerdo. En mi opinión, serás puesto en libertad mañana a las nueve, lo que nos da tiempo, a ti para reflexionar, y a la señorita, a Guillaume y a mí, para ponernos a salvo cada uno por su lado.

Hizo su maleta sin precipitarse y la cerró. Después prendió una cerilla y quemó las cuatro cartas de la inglesa.

—Unas palabras todavía, Rodolphe. No molestes más a lord Bakefield. Por el contrario, puesto que no tienes pruebas contra su hija y *puesto que nunca las tendrás,* haz el papel del señor providencial y dale el diario íntimo de miss Bakefield que recogí del bolso de cuero y que ahí te dejo. El padre tendrá, de este modo, la convicción de que su hija era la más honesta y la más noble de las mujeres. Tú habrás hecho un bien. Algo es algo. En cuanto a Guillaume y a su cómplice, di al inglés que

te has equivocado, que se trataba de un vulgar chantaje que no tenía nada que ver con el crimen del rápido y que les has dejado en libertad. Por otra parte, deja este caso que es demasiado complicado para ti y del que sólo obtendrás golpes y problemas. Adiós, Rodolphe.

Raoul se llevó la llave y se personó en el mostrador del hotel, en donde pidió su cuenta y dijo:

Guárdeme mi habitación hasta mañana. Pago por adelantado por si acaso no pudiera venir.

Una vez fuera, se felicitó por la manera como rodaban los acontecimientos. Su papel había terminado. Que la muchacha se las arreglara como pudiera. Aquello ya no le afectaba.

Su resolución era tan firme que al descubrirla en el rápido de París en el que subió, a las 3,50, no intentó reunirse con ella y se disimuló entre los otros viajeros.

En Marsella la muchacha cambió de dirección y tomó un tren hacia Toulouse en compañía de gente con la que había trabado amistad y que parecían actores. Guillaume también formaba parte del grupo.

«¡Buen viaje!», se dijo Raoul. «Encantado de no tener que volver a relacionarme con esa pareja. ¡Que se vayan con la música a otra parte!».

Sin embargo, en el último momento saltó de su compartimiento y tomó el mismo tren que la muchacha y, como ella, bajó en Toulouse a la mañana siguiente.

Después de los crímenes del rápido, el asalto a la villa Faradoni y el intento de chantaje del Bellevue Palace forman dos episodios bruscos, violentos, forzados, imprevistos, como los cuadros de una obra teatral mal escrita que no permiten al espectador comprender y relacionar los hechos unos con otros. Un tercer cuadro debía acabar lo que Lupin llamó más tarde su tríptico de salvador; un tercero que, como los otros, presenta el mismo carácter áspero y brutal. También en esta ocasión el episodio alcanzó su paroxismo en unas horas y sólo se puede expresar con un guión desprovisto de toda psicología y, en apariencia, de toda lógica.

En Toulouse, Raoul averiguó, gracias a los empleados del hotel al que la muchacha y sus compañeros habían acudido, que aquellos viajeros formaban parte de la compañía de Léonide Balli, cantante de opereta, que aquella noche representaban *Véronique* en el Teatro municipal.

Raoul estuvo vigilando. A las tres la muchacha salió con aspecto muy agitado, mirando hacia atrás como si temiera que alguien la siguiese. ¿Desconfiaba de su cómplice? Corrió hasta el edificio de Correos en donde garabateó con mano febril un telegrama empezado tres veces.

Cuando se hubo marchado, Raoul pudo obtener una de las hojas arrugadas y leyó:

Hotel Miramare, luz (Hautes-Pyrénées). — Llegaré mañana por la mañana primer tren. Avisad casa.

«¿Qué demonios va a hacer en plena montaña en esta época?», se preguntó Raoul. «*Avisad casa…* ¿Acaso su familia vive en Luz?».

Volvió a seguirla con precaución y la vio entrar en el Teatro municipal, sin duda para asistir al ensayo de la compañía. Durante el resto del día, Raoul vigiló los alrededores del teatro. Pero la muchacha no se movió. En cuánto a Guillaume, permaneció invisible.

Por la noche, Raoul se deslizó en el fondo de un palco y cuando empezó la representación soltó una exclamación de estupor: la actriz que cantaba el papel de Véronique no era otra que la señorita de los ojos verdes.

«Léonide Balli…» se dijo. «¿Será éste su verdadero nombre? ¿Es acaso una cantante de opereta en provincias?».

Raoul no se lo acababa de creer. Aquello sobrepasaba todo cuanto había podido imaginar a propósito de la señorita de los ojos verdes. Provinciana o parisién, la muchacha se demostró la más diestra de las comediantes y la más adorable de las cantantes, sencilla, discreta, emotiva, llena de ternura y de alegría, de seducción y de pudor. Tenía todos los dones y todas las gracias, mucha habilidad y una inexperiencia de escena que se convertía en un nuevo encanto. Raoul recordó su primera impresión en el bulevard Haussmann y la idea de los dos destinos que vivía la muchacha, cuya máscara era a la vez trágica e infantil.

Raoul pasó tres horas emocionantes. No cesaba de admirar a la extraña criatura a la que, a partir de la primera visión inicial, sólo había percibido discontinuamente, en crisis de horror y de espanto. Ahora era otra mujer en la que todo tenía un carácter de alegría y de armonía.

Y, sin embargo, era la misma que había asesinado y participado en crímenes e infamias. Era la cómplice de Guillaume. De estas dos imágenes tan diferentes, ¿cuál era la auténtica? Raoul observaba en vano, ya que una tercera mujer se sobreponía a las otras dos y las unía en una misma vida intensa y enternecedora, que era la de Véronique. Todo lo más, algunos gestos demasiado nerviosos, algunas expresiones incongruentes, mostraban a ojos advertidos a la mujer debajo de la heroína y revelaban un estado de ánimo especial que deformaba imperceptiblemente el papel que representaba.

«Algo debe suceder», pensó Raoul. «Entre las doce y las tres se ha producido un hecho grave que la ha empujado a Correos y que deforma, en algún momento, su actuación. Piensa en ello, se inquieta. ¿Y cómo dejar de pensar que este hecho está relacionado con Guillaume, con este Guillaume que ha desaparecido de repente?».

Una ovación acogió a la muchacha cuando saludó al público, después de bajar el telón, y una muchedumbre de curiosos se agrupó alrededor de la salida reservada a los artistas.

Delante de la puerta, un landó cerrado con dos caballos estaba esperando. El único tren que permitía llegar por la mañana a Pierrefitte-Nestalas, estación más próxima a Luz, partía a las 12,50 y no había duda de que la muchacha se dirigía

directamente a la estación después de haber enviado su equipaje. También Raoul había hecho llevar su maleta con antelación. A las 12,15 la muchacha subió al coche, que arrancó lentamente. Guillaume no había aparecido y las cosas parecían como si aquella partida se produjera al margen de él.

No habían pasado treinta y cinco segundos cuando Raoul, que también se dirigía hacia la estación, asaltado por una súbita idea se puso a correr, alcanzó el landó en los antiguos bulevares y saltó al coche.

Lo que había previsto estaba sucediendo. En el momento de tomar la calle de la estación, el cochero giró repentinamente hacia la derecha, fustigó a los caballos con un vigoroso latigazo y condujo al coche por las avenidas desiertas y sombrías que acaban en el Grand-Rond y el Jardín des Plantes. A la velocidad a que iban, la muchacha no podía bajar.

El viaje no fue largo. Una vez en el Grand-Rond el coche se detuvo. El cochero saltó del pescante, abrió la portezuela y entró en el landó. Raoul oyó un grito de mujer, pero no se apresuró. Persuadido de que el agresor era Guillaume, quería escuchar antes y sorprender el motivo de la discusión. Pero enseguida la agresión le pareció que tomaba un cariz tan peligroso que decidió intervenir.

—¡Habla! —gritaba el cómplice—. ¿Acaso crees que te vas a largar y abandonar mi plan?… Pues bien, sí. Te he querido engañar, pero puesto que ahora ya lo sabes todo, no voy a dejarte ir. ¡Habla, cuéntamelo todo, o si no…!

Raoul tuvo miedo. Se acordó de los gemidos de miss Bakefield. Una presión demasiado violenta con el pulgar y la víctima muere. Abrió la puerta, cogió al cómplice por una pierna, lo tiró al suelo y se lanzó sobre él.

El otro intentó defenderse. Con un gesto seco, Raoul le rompió el brazo.

—Seis semanas de reposo —le dijo—, y si vuelves a molestar a la señorita te romperé el espinazo. A buen entendedor…

Regresó al coche. La muchacha se alejaba ya entre las sombras.

«Ya puedes correr, pequeña», se dijo. «Sé adónde vas y no te escaparás. Ya estoy harto de jugar al terranova sin recibir como recompensa ni siquiera un terrón de azúcar. Cuando Lupin se mete en una aventura, llega siempre hasta el final. Y el final eres tú, son tus ojos verdes y son tus tibios labios».

Dejó a Guillaume con el landó y se apresuró hacia la estación. El tren llegaba. Subió a él de manera que la muchacha no le viera. Les separaban dos compartimientos llenos de gente.

Abandonaron la línea general en Lourdes. Una hora después llegaban a Pierrefitte-Nestalas, estación término.

Apenas había descendido la muchacha del tren, un grupo de muchachas, todas vestidas con uniformes marrones y con una capa bordeada con un tejido azul, se precipitaron sobre ella seguidas de una religiosa adornada con una inmensa cofia blanca.

—¡Es Aurélie, es Aurélie! ¡Ya ha llegado! —gritaban todas a coro.

La señorita de los ojos verdes pasó de brazo en brazo hasta la religiosa que la estrechó afectuosamente y que dijo con alegría:

—¡Qué placer volverla a ver, mi pequeña Aurélie! Así pues, ¿podrá estar todo un mes con nosotras?

Un autobús que hacía el servicio de viajeros entre Pierrefitte y Luz esperaba frente a la estación. La señorita de los ojos verdes se instaló en él con sus compañeras. El autobús partió.

Raoul, que se había mantenido apartado alquiló un coche en dirección a Luz.

6

Entre el follaje

«¡Ah, señorita de los ojos verdes!», se dijo Raoul mientras las tres mulas del autobús, cuyos cascabeles oía tintinear, emprendían la subida de las primeras pendientes. «Hermosa señorita. Ahora es usted mi prisionera. Cómplice de asesino, de ladrón y de chantajista, asesina usted misma, muchacha mundana, artista de opereta, pensionaria de convento… Sea usted lo que sea, no volverá a escaparse. La confianza es una prisión de la que nadie puede escapar, y aunque usted me desprecie por haberla besado, en el fondo de su corazón confía en aquél que no cesa de salvarla y que está siempre presente cuando se encuentra usted al borde del abismo. Uno acaba apreciando a su terranova aunque le haya mordido en una ocasión».

»Señorita de los ojos verdes que se refugia en un convento para escapar a todos los que la persiguen, hasta nueva orden usted no será para mí una criminal o una temible aventurera, ni siquiera una cantante de opereta, y no la llamaré Léonide Balli sino Aurélie. Es un nombre que me gusta porque es añejo, honesto, de hermanita de los pobres.

»Señorita de los ojos verdes, ahora sé que usted posee, al margen de sus antiguos cómplices un secreto que ellos quieren arrancarle y que usted defiende ferozmente. Este secreto me pertenecerá un día u otro, porque los secretos son mi vocación y voy a descubrir éste al igual que un día desvelaré las tinieblas en las que usted se oculta, misteriosa y apasionante Aurélie».

Aquellas frases satisficieron a Raoul, que se adormiló para no pensar más en el enigma turbador que representaba la señorita de los ojos verdes.

La pequeña ciudad de Luz y su vecina, Saint-Sauveur, forman una aglomeración termal en la que los bañistas son raros en esta estación. Raoul eligió un hotel casi vacío y se presentó como un aficionado a la botánica y a la mineralogía. Aquella misma tarde se dedicó a estudiar los alrededores.

Un estrecho camino, muy incómodo, conducía en veinte minutos de subida, a la casa de las hermanas Sainte-Marie, viejo convento convertido en pensionado. En medio de una región áspera y atormentada, las construcciones y los jardines se extendían en la cumbre de un promontorio a base de terrazas sobrepuestas que sostenían fuertes murallas a lo largo de las cuales hervía el torrente de Sainte-Marie que en esa parte de su curso se hacía subterráneo. Un bosque de pinos cubría la otra vertiente del promontorio. Lo cruzaban dos caminos en cruz para uso de leñadores. Había grutas y rocas con siluetas extrañas a las que las gentes de los pueblos vecinos acudían los domingos de excursión.

Por aquel lado se puso al acecho Raoul. La región era desierta. Las hachas de los

leñadores resonaban a lo lejos. Desde su puesto de observación, Raoul dominaba el césped regular del jardín y las hileras de tilos cuidadosamente podados, que servían de paseo para las pensionistas. En pocos días llegó a conocer a la perfección las horas de recreo y las costumbres del convento. Después del almuerzo, la avenida que bordeaba el torrente era el lugar reservado para las «mayores».

Hasta el cuarto día la señorita de los ojos verdes, a quien sin duda la fatiga había retenido en el convento, no apareció en aquella avenida. A partir del momento de su aparición, cada una de las mayores parecía no tener otro objetivo que acaparar su atención, con unos celos manifiestos que las hacían discutir entre sí.

Enseguida Raoul vio que se había transformado como un niño que sale de una enfermedad y se recupera al sol y al aire puro de la montaña. Evolucionaba entre las muchachas, vestida como ellas, viva, alegre, amable con todas, arrastrándolas poco a poco a jugar y a correr y divirtiéndose tanto que sus risas resonaban en el eco del límite del horizonte.

«¡Ríe!», se decía Raoul maravillado, «y no con la sonrisa ficticia y casi dolorosa del teatro sino con una risa de despreocupación y de olvido en la que se manifiesta su verdadera naturaleza. Ríe… ¡Qué prodigio!».

Después, las otras muchachas regresaron a las clases y Aurélie se quedó sola. Aquello no pareció preocuparla. Su alegría no disminuyó. Se ocupaba en pequeñeces, como por ejemplo, recoger piñas, que iba colocando en un cesto, o coger flores que depositaba en los escalones de una capilla vecina.

Sus gestos eran graciosos. Hablaba a menudo a media voz con un perrito que la acompañaba o con un gato que se frotaba contra sus tobillos. En una ocasión se colocó una guirnalda de rosas y se contempló sonriendo en un espejo de bolsillo. Furtivamente se puso un poco de colorete y polvos de arroz en las mejillas, pero acto seguido se frotó con energía. Aquello debía estar prohibido.

El octavo día, la muchacha franqueó un parapeto y alcanzó la última y más elevada de las terrazas, disimulada en su extremo por un seto de arbustos.

El noveno día regresó allí con un libro en la mano. Entonces, el décimo, antes de la hora del recreo, Raoul se decidió.

Le fue necesario, primero, deslizarse entre los arbustos espesos que bordeaban el bosque y cruzar después una amplia extensión de agua. El torrente de Sainte-Marie se lanza en ella como en un inmenso depósito, después de lo cual se hunde bajo tierra. Una barca carcomida estaba atada a un poste y le permitió, a pesar de los violentos remolinos, alcanzar un pequeño muelle, al pie mismo de la alta terraza que se levantaba como una muralla de una fortaleza.

Los muros estaban hechos de piedras planas puestas sencillamente unas sobre otras y entre las que crecían plantas silvestres. Las lluvias habían trazado resquicios y practicado concavidades que los pilluelos de los alrededores utilizaban para escalar la pared. Raoul trepó sin dificultades. La terraza, en lo alto, formaba una sala de verano rodeada de celosías demolidas y de bancos de piedras, adornada en su centro con una

hermosa fuente de piedra.

Raoul oyó el alboroto del recreo. Después se produjo el silencio y al cabo de unos segundos distinguió el ruido de unos pasos ligeros que se acercaban hacia él. Una voz fresca entonaba un aire de romanza. Raoul sintió que su corazón se aceleraba. ¿Qué diría ella al verle?

Crujieron unas ramas. Una mano apartó el follaje como una cortina que se levanta en la puerta de una habitación y entró Aurélie.

La muchacha se detuvo en seco en el umbral de la terraza, su canción se interrumpió y su actitud fue de estupefacción. Su libro, su sombrero de paja que había llenado de flores y que llevaba bajo el brazo, cayeron. La muchacha no se movió, con su silueta fina y delicada bajo el sencillo vestido de lana marrón.

Tardó unos momentos en conocer a Raoul. Entonces enrojeció y, retrocediendo, murmuró:

—Váyase usted.

—No —dijo él.

—Si usted no se va me iré yo.

—Si usted se va la seguiré. Regresaremos juntos al convento.

La muchacha se volvió como si quisiera huir. Raoul corrió hacia ella y la sujetó por el brazo.

—¡No me toque! —exclamó la muchacha con indignación, soltándose—. ¡Le prohíbo que esté a mi lado!

Raoul, sorprendido ante tanta vehemencia, preguntó:

—¿Por qué?

En voz muy baja, ella replicó:

—Me horroriza usted.

La respuesta era tan extraordinaria que Raoul no pudo retener una sonrisa.

—¿Me detesta usted hasta ese punto?

—Sí.

—¿Más que a Marescal?

—Sí.

—¿Más que a Guillaume y que al hombre de la villa Faradoni?

—Sí, sí, sí.

—Sin embargo, ellos le han causado daños y yo no he hecho más que protegerla…

La muchacha calló. Había recogido su sombrero y lo apretaba contra su rostro, de manera que él no vio sus labios. Toda su conducta se explicaba con aquello. Raoul ya no dudaba. Si la muchacha le detestaba, no era debido a que él hubiera sido testigo de todos sus crímenes y de todas sus vergüenzas, sino a que la había estrechado entre sus brazos y besado en la boca. Extraño pudor en una mujer como ella y, al mismo tiempo, tan sincero y que arrojaba tanta luz sobre la intensidad de su alma y de sus instintos, que Raoul murmuró a su pesar:

—Le ruego que lo olvide.

Y retrocediendo algunos pasos para demostrarle que era libre de marcharse, añadió con un tono de respeto involuntario:

—Aquélla fue una noche de aberración cuyo recuerdo no debemos guardar ni usted ni yo. Olvide la manera como actué. Por otra parte, no he venido para recordárselo sino para continuar mi obra de protección. El azar me puso en su camino y el azar ha querido que desde entonces haya podido serle útil. No rechace usted mi ayuda, se lo ruego. El peligro que la amenaza, en lugar de decrecer, aumenta cada vez más. Sus enemigos están exasperados. ¿Qué hará usted si yo no estoy presente?

—Váyase —dijo ella con obstinación.

La muchacha permanecía en el umbral de la terraza, como ante una puerta abierta. Rehuía los ojos de Raoul y ocultaba sus labios. Sin embargo, no se decidía a marchar. Como Raoul pensaba, se es prisionero de quien nos salva incansablemente. Su mirada expresaba temor, pero el recuerdo del beso recibido cedía ante el recuerdo, mucho más terrible, de las pruebas sufridas.

—Váyase. Aquí estoy en paz. Usted ha estado mezclado con todas esas cosas… Con todas esas cosas infernales.

—Afortunadamente —dijo él—. Y por ello, es necesario que me mezcle en las que se preparan. ¿Acaso cree que ellos no la buscan? ¿Cree que Marescal ha renunciado a usted? En la actualidad está sobre su pista. La encontrará incluso en ese convento de Sainte-Marie. Si usted ha vivido aquí, como supongo, los días felices de su infancia, él debe saberlo y vendrá.

Hablaba suavemente, con una convicción que impresionaba a la muchacha, a quien apenas oyó balbucear todavía:

—Váyase…

—Sí —dijo—, pero mañana estaré aquí a la misma hora, y la esperaré todos los días. Tenemos qué hablar. De nada que pueda serle doloroso y recordarle la pesadilla de aquella horrible noche. Guardaremos silencio sobre ello. No tengo necesidad de saber y la verdad saldrá poco a poco de la sombra. Pero existen otros puntos sobre los que tengo que preguntarle. Sólo quería decirle eso, hoy. Nada más. Puede usted irse. Reflexionará usted, ¿no es verdad? Pero no tenga usted miedo. Acostúmbrese a la idea de que estoy siempre aquí y que nunca tiene que desesperar porque siempre estaré presente en el momento de peligro.

La muchacha se marchó sin una palabra, sin un gesto. Raoul la observó descender por las terrazas y caminar por la avenida de los tilos. Cuando la hubo perdido de vista, recogió algunas flores que ella había dejado y al darse cuenta de su gesto inconsciente, bromeó:

—¡Diantre! Esto se pone serio… ¿No será que…? ¡Vamos, vamos, mi viejo Lupin, repórtate!

Regresó por el mismo camino, cruzó de nuevo el estanque y se paseó por el bosque tirando las flores una a una, como sin darse cuenta. Pero la imagen de la

señorita de los ojos verdes no se apartaba de su cerebro.

A la mañana siguiente volvió a la terraza. Aurélie no acudió, como tampoco lo hizo los dos días que siguieron. Pero el cuarto día apartó el follaje sin que él hubiera percibido el ruido de sus pasos.

—¡Es usted! —dijo Raoul emocionado.

Por la actitud de la muchacha comprendió que no debía avanzar ni decir la más mínima palabra que pudiera asustarla. Al igual que el primer día, parecía una advertencia que se rebela de ser dominada y que odia a su enemigo por el bien que le hace.

Sin embargo, su voz era menos dura cuando pronunció, con el rostro medio vuelto:

—No debería haber venido. Para las hermanas de Sainte-Marie, para mis bienhechoras, esto está mal. Pero he pensado que debía darle las gracias…, y ayudarle… Y, además —añadió—, tengo miedo… Sí, tengo miedo de todo lo que me dijo usted. Pregúnteme… Le responderé.

—¿A todo?

—No —respondió la muchacha angustiada—. No me pregunte usted sobre la noche de Beaucourt… Pero sobre lo demás… ¿Qué quiere usted saber?

Raoul reflexionó. Las preguntas eran difíciles de plantear, puesto que todas debían servir para arrojar luz sobre el punto que la muchacha rehusaba tratar. Empezó:

—En primer lugar, su nombre.

—Aurélie… Aurélie d’Asteux.

—¿Por qué el nombre de Léonide Balli? ¿Un pseudónimo?

—Léonide Balli existe. Tuvo que quedarse en Niza por una enfermedad. Entre los actores de su compañía con los que viajé de Niza a Marsella, había uno que yo conocía y, puesto que había interpretado el papel de Véronique el invierno pasado, con una compañía de aficionados, me suplicaron que por una noche tomara el lugar de Léonide Balli. Estaban tan desolados, tan preocupados, que tuve que hacerles este favor. Advertimos de ello al director, en Toulouse, quien en el último momento resolvió no anunciarme y hacer creer al público que yo era Léonide.

Raoul afirmó:

—Usted no es actriz… Mejor… Prefiero que sea la sencilla y hermosa pensionista de Sainte-Marie.

La muchacha frunció las cejas.

—Siga preguntando.

Raoul reanudó sus preguntas.

—El caballero que levantó su bastón contra Marescal a la salida de la pastelería del bulevard Haussmann, ¿era su padre?

—Mi padrastro.

—¿Su nombre?

—Brégeac.

—¿Brégeac?

—Sí, director de asuntos judiciales del Ministerio del Interior.

—Y en consecuencia, jefe directo de Marescal.

—Sí. Siempre ha existido antipatía entre uno y otro. Marescal, apoyado por el ministro, intenta ocupar el cargo de mi padrastro y éste intenta desembarazarse de él.

—¿Y Marescal la quiere?

—Me pidió que me casara con él. Le rechacé. Mi padrastro le prohibió que pusiera los pies en nuestra casa. Nos odia y ha jurado vengarse de nosotros.

—Ya tenemos a uno —dijo Raoul—. Pasemos a otro. ¿El hombre de la villa Faradoni se llama…?

—Jodot.

—¿Su profesión?

—Lo ignoro. Venía algunas veces a casa para ver a mi padrastro.

—¿Y el tercero?

—Guillaume Ancivel, que también recibíamos. Se ocupa de la Bolsa y de negocios.

—¿Más o menos dudosos?

—No lo sé…, tal vez…

Raoul resumió:

—Éstos son sus tres adversarios, ya que no hay otros, ¿no es cierto?

—Sí, mi padrastro.

—¡Cómo! ¿El marido de su madre?

—Mi pobre madre ha muerto.

—¿Y toda esta gente la persigue por la misma razón? Sin duda, a propósito de este secreto que usted posee y que ellos ignoran.

—Sí, a excepción de Marescal, que lo ignora todo y que sólo busca la venganza.

—¿Le es posible darme algunas indicaciones, no sobre el secreto en sí mismo sino sobre las circunstancias que lo rodean?

La muchacha meditó unos instantes y declaró:

—Sí, puedo hacerlo. Puedo decirle lo que los otros saben y la razón de su encarnizamiento.

Aurélie, que hasta aquel momento había respondido con una voz breve y seca, pareció tomar interés por lo que estaba diciendo.

—Se lo diré en pocas palabras. Mi padre, que era primo de mi madre, murió antes de mi nacimiento dejando algunas rentas a las que se añadió una pensión que nos pasaba mi abuelo d’Asteux, el padre de mamá, un hombre excelente, artista, inventor, siempre en busca de descubrimientos y de grandes secretos, que no cesaba de viajar a causa de pretendidos negocios milagrosos en los que teníamos que encontrar la fortuna. Le conocí bien; todavía me veo sentada en sus rodillas y le oigo decirme: «La pequeña Aurélie será rica. Trabajo para ella».

»Ahora bien, tenía justo seis años cuando nos rogó por carta a mamá y a mí que nos reuniéramos con él sin que nadie lo supiera. Una noche tomamos el tren y estuvimos a su lado durante dos días. Antes de marchar, mi madre me dijo en su presencia:

»“Aurélie, no digas nunca a nadie donde has estado estos dos días, ni lo que has visto ni lo que has hecho. Es un secreto que te pertenece, tanto a ti como a nosotros, de ahora en adelante, y que cuando tengas veinte años te hará rica”.

»“Te harán muy rica”, confirmó mi abuelo d’Asteux. “Ahora tienes que jurarnos que nunca hablarás de esas cosas a nadie, pase lo que pase”.

»“A nadie”, ratificó mi madre, “salvo al hombre a quien amarás y de quien estarás segura como de ti misma”.

»Hice todos los juramentos que me exigían. Estaba muy impresionada y lloraba. Algunos meses más tarde, mi madre volvía a casarse con Brégeac. Matrimonio que no fue feliz y que duró poco. En el transcurso del año siguiente mi pobre madre moría de una pleuresía, después de haberme dado furtivamente un pedazo de papel que contenía todas las explicaciones sobre el país visitado y sobre lo que tenía que hacer a los veinte años. Poco tiempo después, mi abuelo d’Asteux moría también. Quedé sola, pues, con mi padrastro Brégeac, quien se desembarazó de mí mandándome al pensionado de Sainte-Marie. Llegué aquí muy triste, desamparada, pero sosteniéndome a mí misma con la importancia que daba a la posesión del secreto. Era un domingo. Busqué un lugar aislado y vine aquí, a esta terraza, para ejecutar un proyecto que mi cerebro de niña había concebido. Sabía de memoria las indicaciones que mi madre me había dejado. Entonces, ¿por qué conservar un documento que todo el mundo acabaría por conocer si lo guardaba? Lo quemé aquí mismo.

Raoul bajó la cabeza:

—Y ha olvidado usted las indicaciones.

—Sí —dijo la muchacha—. A medida que el tiempo iba pasando sin que yo lo percibiera, entre los afectos que encontré aquí, en el trabajo y en el placer, se fueron borrando de mi memoria. Olvidé el nombre del país, su situación, el ferrocarril que lleva allí, los actos que tenía que realizar…, todo.

—¿Absolutamente todo?

—Todo, menos algunos paisajes y algunas impresiones que se grabaron con mayor fuerza que las otras en mis ojos y en mis oídos de niña…, imágenes que no he dejado de ver nunca… Campanadas que todavía escucho hoy.

—¿Y son estas impresiones, estas imágenes, lo que sus enemigos quieren saber esperando llegar a la verdad a través de su relato?

—Sí.

—Pero ¿cómo lo saben?

—Porque mi madre cometió la imprudencia de no destruir algunas cartas en las que mi abuelo d’Asteux hacía alusión al secreto que me habían confiado, Brégeac, que recogió estas cartas más tarde, nunca me habló de ello durante mis diez años en

Sainte-Marie, diez hermosos años que serán los mejores de mi vida. Pero el día en que regresé a París, hace unos dos años, me interrogó. Le dije lo que le he dicho a usted, como era mi derecho, pero no quise revelarle ninguno de los vagos recuerdos que habrían podido ponerle en la pista. Desde entonces me persiguió constantemente con reproches, querellas, furores terribles… Hasta el mismo momento en que decidí huir.

—¿Sola?

La muchacha enrojeció.

—No —murmuró—. Pero no en las condiciones que podría usted creer. Guillaume Ancivel me hacía la corte con mucha discreción, como alguien que quiere hacerse útil y que no tiene ninguna esperanza de ser recompensado. De ese modo ganó, si no mi simpatía, al menos mi confianza, y cometí el grave error de contarle mi proyecto de fuga.

—¿Y él lo aprobó?

—No sólo lo aprobó con todas sus fuerzas sino que me ayudó en los preparativos y vendió por mí algunas joyas y algunos títulos que poseía de mi madre. La víspera de mi partida y como no sabía donde refugiarme, Guillaume me dijo:

»“Acabo de llegar de Niza y tengo que volver allí mañana. ¿Quiere que la acompañe? En esta época del año no encontrará usted un refugio más tranquilo que la Riviera”.

»¿Qué motivos hubiera tenido para rehusar su oferta? Ciertamente no le amaba pero parecía ser muy sincero y fiel. Acepté.

—¡Qué imprudencia! —exclamó Raoul.

—Sí —dijo ella—. Y tanto más cuanto que entre nosotros no existían relaciones amicales, que son la excusa de una conducta así. ¡Pero qué quiere usted! Estaba sola en la vida, desgraciada y perseguida. Me ofrecieron ayuda… Así, pues, partí.

Una ligera duda interrumpió a Aurélie. Después continuó su relato diciendo:

—El viaje fue terrible…, por las razones que usted ya conoce. Cuando Guillaume me hizo subir al coche que había robado al médico estaba al límite de mis fuerzas. Me arrastró a donde quiso, a otra estación, y de allí, como que teníamos todavía los billetes, a Niza, donde recogí mi equipaje. Tenía fiebre, deliraba, actuaba sin tener conciencia de lo que hacía. Lo aprovechó para que le acompañara a una propiedad en donde había que coger, en ausencia del propietario, unos valores que, según me dijo, le habían robado. Fui allí como habría ido no importa dónde. No pensaba en nada. Me limitaba a obedecer pasivamente.

Fue en aquella villa donde fui atacada y raptada por Jodot…

—Y salvada, por segunda vez, por mí y usted me recompensó, por segunda vez también, huyendo. Bueno, dejémoslo. ¿También Jodot exigía revelaciones, no?

—Sí.

—¿Y después?

—Después volví al hotel, donde Guillaume me suplicó que le siguiera a

Montecarlo.

—¡Pero en aquel momento usted ya estaba informada sobre la clase de persona que era! —objetó Raoul.

—¿Cómo? Se ve claro cuando se mira. Pero…, desde hacía dos días yo vivía en una especie de locura, que la agresión de Jodot no había hecho más que exasperar. Así pues, seguí a Guillaume sin ni siquiera preguntarle el objetivo de aquel viaje. Estaba desamparada, avergonzada de mi cobardía y me molestaba la presencia de ese hombre que, cada vez más, se me hacía extraño… ¿Qué papel desempeñé en Montecarlo? Todavía no lo tengo claro del todo. Guillaume me había confiado unas cartas que debía entregarle en el pasillo del hotel para que él, a su vez, las entregara a un señor. ¿Qué cartas? ¿Qué señor? ¿Por qué estaba allí Marescal? ¿Cómo consiguió usted arrebatarme de sus manos? Todo esto es muy oscuro. Sin embargo, mi instinto se había despertado. Sentí una hostilidad creciente contra Guillaume. Le detestaba. Marché de Montecarlo resuelta a romper el pacto que nos unía, para venir a esconderme aquí. Me persiguió hasta Toulouse y cuando le anuncié, justo después del mediodía, mi decisión de dejarle, cuando estuvo convencido de que nada me haría cambiar, él respondió fríamente, duramente, con una cólera que le contraía el rostro:

»“Sea. Separémonos. En el fondo, me da lo mismo. Pero pongo una condición”.

»“¿Una condición?”.

»“Sí. Un día en que su padrastro, Brégeac, hablaba de un secreto que le fue legado a usted. Dígame este secreto y la dejaré libre”.

»Entonces lo comprendí todo. Todas sus protestas, su interés por mí, tantas mentiras… Su único objetivo era obtener de mí, un día u otro, ya fuera ganándose mi afecto o bien amenazándome, las confidencias que había negado a mi padrastro y que Jodot había intentado arrancarme».

Se calló. Raoul la observó. Había dicho toda la verdad, tenía la absoluta certeza de ello. Gravemente pronunció:

—¿Quiere conocer del todo a esta persona?

Ella sacudió la cabeza y dijo:

—¿Es necesario?

—Es conveniente. Escúcheme. Los títulos que buscaba en Niza, en la villa Faradoni, no le pertenecían. Había ido allí simplemente para robarlos. En Montecarlo exigía cien mil francos contra la entrega de unas cartas comprometedoras. Era chantajista y ladrón, quizá peor aún. Éste es el hombre.

Aurélie no protestó. Quizá ya había entrevisto la realidad y el anunciado brutal de los hechos ya no podía sorprenderla.

—Me ha salvado de él; se lo agradezco.

—¡Vaya! —dijo Raoul—. Debería haber confiado en mí, en lugar de huirme. ¡Cuánto tiempo perdido!

Aurélie estaba a punto de marchar, pero de repente replicó:

—¿Por qué confiarme a usted? ¿Quién es usted? No le conozco. Marescal, que le

acusa, ni siquiera sabe su nombre. Usted me salva de todos los peligros, pero ¿por qué razón?, ¿con qué objetivo?

Raoul bromeó:

—Con el objeto de arrancarle también su secreto ¿es eso lo que quiere decir?

—No quiero decir nada —murmuró apesadumbrada—. No sé nada. No comprendo nada. Desde hace dos o tres semanas choco por todas partes contra murallas de sombra. No me pida más confianza de la que puedo dar. Desconfío de todo y de todos.

Raoul tuvo piedad y la dejó marchar.

Mientras se iba (había encontrado otra salida, una poterna situada debajo de la penúltima terraza y que había conseguido abrir) pensaba:

«No ha dicho ni una palabra de la terrible noche. Sin embargo, miss Bakefield ha muerto. Dos hombres han sido asesinados y yo la vi, a ella, disfrazada, enmascarada».

Pero, también para él todo era misterioso e inexplicable. A su alrededor, como alrededor de Aurélie, se elevaban las mismas murallas de sombra, por las que apenas se filtraban, de vez en cuando, pálidas rachas de luz. Ni un instante, por otra parte —y estaba así desde el principio de la aventura—, pensaba, cuando estaba en su presencia, en el juramento de venganza y de odio que había hecho ante el cadáver de miss Bakefield, ni en nada que pudiera afear la graciosa imagen de la señorita de los ojos verdes.

Durante dos días no la vio. Luego se presentó tres días seguidos sin explicar su regreso, pero era como si hubiera buscado una protección sin la cual no podía pasar.

Al principio se quedó diez minutos, después quince, finalmente treinta. Hablaban poco. Lo quisiera ella o no, la obra de confianza proseguía en su interior. Más dulce, menos lejana, avanzaba hasta el portillo y contemplaba el agua temblorosa del estanque. En varias ocasiones, Raoul intentó hacerle preguntas. Ella las eludía de inmediato, temblorosa, espantada por todo lo que fuera una alusión a las horas terribles de Beaucourt… No obstante, hablaba más, pero de cosas de su pasado lejano, de la vida que llevaba en otras épocas en Sainte-Marie y de la paz que volvía a encontrar de nuevo en aquella atmósfera afectuosa y serena.

Una vez que había dejado su mano con la palma hacia arriba, en el zócalo de un tiesto, él se inclinó y, sin tocarla, examinó las líneas de la vida.

—Es exactamente como había adivinado el primer día… Un doble destino, uno sombrío y trágico, otro feliz y sencillo. Destinos que se cruzan, se confunden, se enredan, y todavía no es posible decir cuál de los dos prevalecerá. ¿Cuál es el verdadero? ¿Cuál corresponde a su verdadera naturaleza?

—El destino feliz —respondió ella—. Hay en mí algo que sube rápidamente a la superficie y que me da, como aquí, la alegría y el olvido, sean cuales sean los

peligros.

Él continuó el examen.

—Desconfíe del agua —le dijo riendo—. El agua puede serle funesta. Naufragios, inundaciones… ¡Cuántos peligros! Pero se alejan… Sí, todo se arregla en su vida. El buen hado toma ventaja ya sobre el malo.

Mentía para tranquilizarla y con el deseo constante de que, sobre aquella bonita boca que apenas osaba mirar, se dibujara una sonrisa. Por lo demás, también él quería olvidar y engañarse.

Raoul vivió dos semanas de una profunda alegría que se esforzaba por disimular. Sufría el vértigo de aquellas horas en que el amor te lanza en locura y te hace insensible a todo lo que no sea el placer de contemplar y de escuchar. Se negaba a evocar las imágenes amenazantes de Marescal, de Guillaume y de Jodot. Si ninguno de aquellos enemigos aparecía era que habían perdido, ciertamente, los rastros de su víctima. ¿Por qué, no abandonarse al delicioso sopor que sentía cerca de la muchacha?

El despertar fue brutal. Una tarde, inclinados entre el follaje que dominaba el barranco, entreveían, debajo de ellos, el espejo del estanque, casi inmóvil en el centro, elevado en los bordes por pequeñas olas rápidas que se deslizaban hacia la salida estrecha en donde se engolfaba el torrente, cuando una voz lejana gritó desde el jardín:

—¡Aurélie… Aurélie…! ¿Dónde está Aurélie?

—¡Dios mío! —dijo la muchacha inquieta—. ¿Por qué me llaman?

Corrió a la cima de las terrazas y vio una de las religiosas en la avenida de los tilos.

—¡Estoy aquí!… ¡Estoy aquí! ¿Qué ocurre, hermana?

—¡Un telegrama, Aurélie!

—¡Un telegrama! No se moleste, hermana. Ya bajo.

Un instante más tarde, cuando volvió a la sala de verano con el telegrama en la mano, estaba trastornada.

—Es mi padrastro —dijo.

—¿Brégeac?

—Sí.

—¿La llama?

—¡Estará aquí de un momento a otro!

—¿Por qué?

—Me lleva con él.

—¡Imposible!

—Tenga, lea…

Leyó dos líneas, fechadas en Bordeaux:

«Llegaré a las cuatro. Partiremos inmediatamente. Brégeac».

Raoul reflexionó y preguntó:

—Así pues, ¿usted le había escrito diciéndole que estaba aquí?

—No, pero él solía venir antaño en tiempo de vacaciones.

—¿Qué piensa hacer?

—¿Qué puedo hacer?

—Negarse a seguirle.

—La superiora no consentiría que me quedara.

—Entonces —insinuó Raoul—, váyase de aquí ahora mismo.

—¿Cómo?

Raoul señaló el extremo de la terraza, el bosque…

Ella protestó:

—¡Marchar! ¿Evadirme de este convento como una culpable? No, no, sería demasiada pena para todas esas pobres mujeres, que me quieren como a una hija. ¡Como la mejor de sus hijas! ¡No, esto jamás!

Estaba cansada. Se sentó en un banco de piedra, en la parte opuesta al parapeto. Raoul se acercó a ella y dijo gravemente:

—No le diré ninguno de los sentimientos que experimento por usted ni las razones que me impulsan a actuar, pero, no obstante, es preciso que sepa que le soy devoto como un hombre es devoto a una mujer…, que lo es todo para él… Y es preciso que esta devoción le dé una confianza absoluta en mí y que esté dispuesta a obedecerme ciegamente. Es una condición para su bienestar, ¿me comprende?

—Sí —dijo ella totalmente dominada.

—Entonces, éstas son mis instrucciones…, mis órdenes… Sí, mis órdenes. Reciba a su padrastro sin rebelarse. No discutan. Ni siquiera hablen. Ni una sola palabra. Es la mejor manera de no cometer errores. Sígale. Vuelva a París. La noche del mismo día de su llegada, salga con un pretexto cualquiera. Una dama de edad, de cabellos canos, la esperará en automóvil a veinte pasos de su puerta. Yo las conduciré a las dos en provincias, en un asilo en donde nadie la encontrará. Me iré inmediatamente, se lo juro por mi honor, para no volver a su lado hasta que usted me lo autorice. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí —dijo ella inclinando la cabeza.

—En este caso, hasta mañana por la noche. Y recuerde mis palabras. Ocurra lo que ocurra, ¿comprende?, ocurra lo que ocurra, nada prevalecerá contra mi voluntad de protección y contra el éxito de mi empresa. Si todo parece volverse contra usted, no se desanime. Ni se inquiete siquiera. Dígase con fe, con encarnizamiento que, por muy grande que sea el peligro, ninguno puede amenazarle. En el preciso instante en que sea necesario, yo estaré presente. Estaré siempre presente. La saludo, señorita.

Se inclinó y besó ligeramente el cinturón de su dama. Luego, separando un macizo de celosía, saltó en la espesura y tomó un sendero apenas trazado que conducía a la antigua poterna.

Aurélie no se había movido del lugar que ocupaba en el banco de piedra.

Pasó medio minuto.

En aquel momento, habiendo notado un susurro de hoja al lado de la brecha, levantó la cabeza. Los arbustos se movían. Había alguien allí. Sí, no había duda, había alguien escondido allí.

Hubiera querido llamar, gritar socorro. No pudo hacerlo. Tenía la voz estrangulada.

La hojas se balanceaban cada vez más. ¿Quién aparecería? Con todas sus fuerzas deseó que fuera Guillaume o Jodot. Les temía menos que a Marescal.

Emergió una cabeza. Marescal salió de su escondite.

Debajo, hacia la derecha, subió el ruido de la maciza poterna que se cerraba.

7

Una de las bocas del infierno

Si la situación de la terraza, en lo alto de un gran jardín y en un lugar en donde nadie se paseaba, al amparo de espesas frondosidades, había ofrecido unas semanas de absoluta seguridad a Aurélie y a Raoul, ¿no podía éste pensar que Marescal encontraría los pocos minutos que le eran necesarios y que Aurélie no tendría ninguna asistencia? Fatalmente, la escena proseguía hasta el término querido por el adversario y el desenlace se sucedería de acuerdo con su voluntad implacable.

La oía tan bien que no se apresuró. Avanzó lentamente y se detuvo. La certeza del éxito desencajaba la armonía de su rostro regular y deformaba sus rasgos, habitualmente inmóviles. Un rictus le subía la comisura izquierda de la boca, arrastrando la mitad de su barba cuadrada. Los dientes brillaban. Los ojos eran crueles y duros.

Ironizó:

—¡Bien, señorita, me parece que los acontecimientos no me son del todo desfavorables! ¡No tiene usted medio de escarparse como lo hizo en la estación de Beaucourt! ¡No puede escaparse como en París! ¡Ahora tendrá que acatar la ley del más fuerte!

Con el torso erguido, los brazos tiesos y los puños crispados sobre el banco de piedra, Aurélie le contemplaba con una expresión de angustia enloquecida. Ni un gemido. Esperaba.

—¡Qué agradable visión, hermosa señorita! Cuando se ama de la manera un poco excesiva como yo la amo a usted, no es desagradable encontrar frente a sí miedo y rebelión. Así se tiene que ser más ardiente para conquistar la presa… Una presa magnífica —añadió en voz baja—, ya que, la verdad sea dicha, es usted extraordinariamente bella.

Descubriendo el telegrama desdoblado, se burló:

—¿Del bueno de Brégeac, verdad? ¿Le anuncia su llegada inminente y su partida? Lo sé, lo sé. Desde hace quince días le vigilo y estoy al corriente de sus proyectos más secretos. Tengo hombres fieles a su lado y, de ese modo, he podido descubrir su retiro y me he podido avanzar algunas horas a él. El tiempo justo para explorar estos lugares, el bosque, el estanque, para espiarla a usted de lejos y para verla correr apresurada hacia esta terraza. Cuando he llegado he podido sorprender una silueta que se alejaba. ¿Un enamorado, tal vez?

Marescal dio algunos pasos hacia adelante. La muchacha se puso en guardia y su busto tocó la celosía que rodeaba el banco. Marescal dijo irritado:

—¡Vamos muchacha, me imagino que no retrocedía usted de ese modo hace un

momento, cuando su enamorado la acariciaba! ¿Quién es el feliz personaje? ¿Un prometido? Mejor un amante. Vamos, que he llegado justo para defender a mi bien e impedir que la cándida pensionista de Sainte-Marie cometa una tontería. ¡Nunca me lo habría imaginado! —Contuvo su cólera y se inclinó sobre ella—. ¡Después de todo, tanto mejor! Eso simplifica las cosas. La partida que jugaba era admirable puesto que ya tenía de antemano todos los triunfos. Pero ahora mi suerte ha aumentado. Aurélie no tiene una virtud a prueba de bombas. Se puede robar y asesinar sin caer en el foso, pero ahora resulta que Aurélie está dispuesta a caer. Entonces, ¿por qué no hacerlo en mi compañía? Tanto será con uno como con otro. Tengo poderosas razones que inclinan la balanza a mi favor. ¿Qué dice usted a eso, Aurélie?

La muchacha callaba obstinadamente, las puyas de su enemigo se exasperaban con aquel silencio aterrorizado. Al fin, Marescal insistió pronunciando lentamente las palabras:

—No podemos perder el tiempo charlando. Hay que ir directo al grano, sin tener miedo a las palabras para que no haya malentendidos. Así pues, escúcheme usted: silencio sobre lo pasado y sobre las humillaciones que he sufrido. Eso ya no cuenta, lo único que cuenta es el presente. Un punto, es todo. Ahora bien, el presente es el asesinato del rápido, es la huida en el bosque, es la captura por parte de los gendarmes, son veinte pruebas cada una de las cuales es mortal para usted. Y el presente es hoy, ahora, cuando la tengo entre mis manos. Basta con que la lleve ante su padrastro y le grite en pleno rostro ante testigos: ésta es la mujer que ha matado y que toda la policía busca… Tengo la orden de arresto en mi bolsillo. Llamemos a los gendarmes.

Levantó los brazos al tiempo que hablaba, como si estuviera dispuesto a coger a la criminal. Y más sordamente todavía, la amenaza en suspenso, concluyó:

—Así, pues, por una parte, la denuncia pública, el juicio, el temible castigo… Y por otra, eso, lo que le doy a elegir: el acuerdo, un acuerdo inmediato, con las condiciones que usted ya ha adivinado. Exijo algo más que una promesa, exijo un juramento hecho de rodillas, el juramento de que, una vez de regreso a París, vendrá usted a verme sola a mi casa. Y para sellar el acuerdo, un beso… Y no un beso de odio y de disgusto, sino un beso voluntario, como los que he recibido de otras más bellas y más difíciles que usted, Aurélie… Un beso de amante… ¡Responda usted de una vez! —gritó con una explosión de rabia—. ¡Respóndeme, dime que aceptas! Deja ya tus aires de desgraciada. Respóndeme o te detengo y te besaré igualmente, pero después te llevaré a la cárcel.

Aquella vez la mano se abatió sobre el hombro con una violencia irresistible, mientras que la otra agarraba a Aurélie por la garganta y le apretaba la cabeza contra la celosía. La boca de Marescal buscó ávidamente la de la muchacha, pero no tuvo tiempo de terminar el gesto. Marescal sintió que la muchacha se desvanecía.

Aquel incidente le turbó profundamente. Había venido sin ningún plan preciso, o,

por lo menos, con el único plan de hablar con ella y, una hora antes de la llegada de Brégeac, conseguir promesas solemnes de la muchacha y el reconocimiento de su poder. Ahora bien, el azar le ofrecía una víctima inerte e impotente.

Permaneció unos segundos inclinado sobre ella mirándola con sus ojos ávidos y examinando aquella sala cerrada y discreta. No había ningún testigo, ninguna intervención posible.

Pero un pensamiento repentino le condujo hasta el parapeto y, por la brecha, practicada entre los arbustos, contempló el estanque desierto, el bosque de árboles negros, tenebroso y misterioso en el que había observado, al pasar, el orificio de las grutas. Aurélie, presa allí y retenida bajo la amenaza de los gendarmes. Aurélie cautiva dos, tres u ocho días si era necesario, sería el final inesperado y triunfal de aquella aventura.

Tocó el silbato. Frente a él, en la otra orilla del estanque, dos brazos se agitaron entre dos arbustos del lindero del bosque. Señales convenidas: había apostado allí a dos hombres que servirían a sus maquinaciones. A este lado del estanque la barca se balanceaba.

Marescal no dudó más. Sabía que la ocasión era fugitiva y que, si no la cogía al vuelo, se disiparía como una sombra. Cruzó de nuevo la terraza y comprobó que la muchacha estaba a punto de volver en sí.

«Actuemos», se dijo, «si no…».

Le puso sobre la cabeza un pañuelo cuyas dos extremidades anudó sobre la boca, a manera de una mordaza. Después la tomó en sus brazos y se la llevó. La muchacha era delgada y pesaba poco, Marescal era robusto. El fardo le parecía ligero. Sin embargo, cuando llegó a la brecha y observó la pendiente casi vertical del sendero practicado por las tempestades en medio de la pared, reflexionó y creyó necesario tomar precauciones. Depositó, pues, a Aurélie al borde de la brecha.

¿Esperaba la muchacha aquel error? ¿Fue, por su parte, una inspiración repentina? Sea como sea, la imprudencia de Marescal fue castigada. Con un movimiento imprevisto, con una rapidez y una precisión que le desconcertaron, Aurélie se arrancó el pañuelo y sin preocuparse por lo que podía suceder, se dejó deslizar de arriba a abajo como una piedra que se desliza, arrastrando consigo guijarros y arena formando una nube de polvo.

Recuperado de su sorpresa, el policía se lanzó en zigzag, a riesgo de caerse, y descubrió que la muchacha corría a la aventura desde el farallón hasta el pequeño muelle, como una bestia perseguida y que no sabe qué hacer.

—¡Estás perdida, pequeña! —gritó—. ¡No tienes nada que hacer!

Estaba a punto de alcanzarla y la muchacha vacilaba de miedo, cuando tuvo la impresión de que algo caía desde lo alto de la terraza y se abatía junto a él, como lo hubiera hecho una rama rota. Se volvió bruscamente y vio a un hombre, cuyo rostro estaba oculto por un pañuelo y que debía ser el que él suponía enamorado de Aurélie. Marescal tuvo tiempo de coger su revólver, pero no de utilizarlo. Una patada del

agresor, lanzada en pleno pecho, le precipitó hasta media rodilla en una amalgama de líquido viscoso que formaba el estanque en aquel lugar. Furioso, chapoteando, apuntó su revólver sobre el adversario en el momento en que éste, veinticinco pasos más lejos, depositaba a la muchacha en la barca.

—¡Alto o disparo! —gritó.

Raoul no respondió. Levantó y apoyó sobre un banco, como un escudo que les protegía, una plancha de madera medio podrida. Después empujó la barca, que se puso a bailar sobre las olas.

Marescal disparó. Apretó el gatillo cinco veces. Lo apretó desesperada y rabiosamente. Pero ninguna de las cinco balas, sin duda mojadas, salió del tambor. Entonces lanzó un silbido como antes, pero de una manera más estridente. En la otra orilla, los dos hombres salieron de sus escondites como diablos de sus botellas.

Raoul estaba en medio del estanque, es decir, a unos treinta metros de la orilla opuesta.

—¡No disparéis! —gritó Marescal.

Tampoco hubiera servido de nada. El fugitivo sólo podía intentar abordar la orilla si no quería verse arrastrado por la corriente hacia la cueva donde desaparecía el estanque y verse frente a frente a los dos esbirros que empuñaban su revólver.

El fugitivo tuvo que darse cuenta de ello, ya que de repente dio media vuelta, regresó a la orilla en la que sólo tendría que combatir con un adversario desarmado.

—¡Disparad, disparad! —vociferó Marescal adivinando la maniobra—. ¡Disparad ahora, que regresa!

Uno de los hombres hizo fuego.

En la barca hubo un grito. Raoul soltó los remos y cayó, mientras que la muchacha se lanzaba sobre él con gestos de desesperación. Los remos fueron arrastrados por la corriente. La barca permaneció un instante inmóvil, indecisa, después viró un poco y la proa apuntó hacia la corriente, reculó, se deslizó hacia atrás, primero con lentitud y después con rapidez.

—¡Diablos, están perdidos! —balbuceó Marescal. ¿Pero, qué podía hacer? El final de la aventura no dejaba duda alguna. La barca fue zarandeada por dos corrientes de olas que la arrastraron hacia adelante, con los dos cuerpos ocultos en el fondo. Enfiló como una flecha el orificio por donde se deslizaba el agua.

Aquello pasó dos minutos después de que los fugitivos abandonaran la orilla.

Marescal estaba inmóvil. Con los pies en el agua y el rostro contraído de horror, miraba aquel lugar maldito como si estuviera contemplando la boca del infierno. Su sombrero flotaba en el estanque, su barba y sus cabellos estaban en desorden.

—¡No es posible… No es posible! —tartamudeó—. ¡Aurélie… Aurélie!

La llamada de sus hombres le sacó de su estupor. Dieron un gran rodeo para reunirse con él y le encontraron secándose. Les dijo:

—¿Es verdad?

—¿Qué?

—¿La barca? ¿El remolino?

No lo sabía. En las pesadillas, las visiones abominables se suceden de igual modo, dejando la impresión de realidades espantosas.

Los tres hombres alcanzaron la parte superior, del agujero, delimitado por una gran losa rodeada de arbustos y de plantas, que nacían entre las piedras. El agua llegaba en menudas cascadas en las que se distinguían, aquí y allá, las formas lisas de las grandes piedras. Se inclinaron. Escucharon. Nada. Sólo el tumulto de la corriente. Sólo el aliento frío que subía mezclado con el polvo blanco de la espuma.

—¡Es el infierno! —balbuceó Marescal—. Es una de las bocas del infierno.

Y repetía:

—Ha muerto, se ha ahogado. ¡Qué muerte más espantosa! Si este imbécil la hubiera dejado… yo habría… habría…

Se marcharon a través del bosque. Marescal caminaba como si siguiera un convoy. En diversas ocasiones sus compañeros le interrogaron. Se trataba de individuos poco recomendables que había reclutado especialmente para su expedición, fuera de su servicio, y a los que sólo había dado una información sumaria. No les respondió. Pensaba en Aurélie, tan graciosa, tan vivaz y a quien amaba tan apasionadamente. Los recuerdos, mezclados con remordimientos y pavores le turbaban.

Además, no tenía la conciencia tranquila. La investigación inminente podía alcanzarle y, en consecuencia, atribuirle una parte de responsabilidad en el trágico accidente. De ser así, se produciría el hundimiento, el escándalo. Brégeac sería despiadado y llevaría su venganza hasta el final.

Pronto sólo pensó en irse y abandonar el país con la mayor discreción posible. Hizo entrar miedo a sus acólitos. Un peligro común les amenazaba, les dijo, y su seguridad exigía que se dispersaran, que cada uno de ellos velara por sí mismo antes de que se diera la alarma y que su presencia fuera descubierta. Les entregó el doble de la cifra convenida, evitó las casas de Luz, y tomó la carretera de Pierrefitte-Nestalas con la esperanza de encontrar un coche que le llevara a la estación para coger el tren de las siete de la tarde.

A tres kilómetros de Luz fue avanzando por una carreta de dos ruedas cubierta por una tela encerada, que conducía un campesino vestido con un amplio guardapolvo y una boina vasca.

Marescal le detuvo y con tono imperioso dijo:

—Cinco francos si llegamos a tiempo al tren.

El campesino no pareció conmoverse y ni siquiera fustigó a la pobre mula que trotaba ante el carro.

El trayecto fue largo. No avanzaban. Se hubiera dicho, por el contrario, que el campesino retenía a la bestia.

Marescal montaba en cólera. Había perdido el control de sí mismo y se lamentaba:

—No llegaremos nunca… Su bestia es un desastre… Le daré diez francos si llegamos a tiempo, ¿de acuerdo?

La región le parecía odiosa, poblada de fantasmas y llena de policías que perseguían al policía Marescal. La idea de pasar la noche en aquellos parajes, en donde yacía el cadáver de aquella a quien él había enviado a la muerte, era superior a sus fuerzas.

—Veinte francos —dijo al campesino.

Y de repente, perdiendo la cabeza, exclamó:

—¡Cincuenta francos! ¡Aquí están! ¡Cincuenta francos! ¡Sólo quedan dos kilómetros… dos kilómetros en siete minutos… Maldita sea…! Es posible… ¡Vamos, diablos, fustíguela usted!… ¡Cincuenta francos!…

El campesino fue presa de una crisis de energía furiosa y se puso, como si sólo hubiera oído aquella magnífica proposición, a fustigar a la bestia.

—¡Cuidado, hombre, que nos vamos a estrellar!

El campesino no daba importancia a esta perspectiva. ¡Cincuenta francos! Golpeaba a la mula con todas sus fuerzas. La bestia, enloquecida, redoblaba la velocidad. La carreta saltaba de un lado a otro de la carretera. Marescal se inquietaba cada vez más.

—¡Eso es, estúpido, vamos a estrellarnos! ¡Alto, demonios! ¿Está usted loco? ¡Basta, ya está!…

En efecto, «ya estaba». Un toque de rienda desgraciado, un salto demasiado violento, y carreta y pasajeros cayeron en el barranco de una manera tan desastrosa que la carreta pasó por encima de los dos hombres y la mula, cogida por el arnés, cascos al aire, lanzaba patadas en el vacío.

Marescal se dio cuenta enseguida de que salía indemne de la aventura, pero el campesino le aplastaba con todo su peso. Quiso desembarazarse de él, pero no pudo. Y entonces oyó una voz amable que susurraba a su oído:

—¿Tienes fuego, Rodolphe?

De pies a cabeza, Marescal sintió que su cuerpo se helaba. La muerte debe dar esta impresión atroz de miembros ya fríos que nada será nunca capaz de reanimar. Balbuceó:

—El hombre del rápido…

—El hombre del rápido, eso es —repitió la boca que le cosquilleaba en la oreja.

—El hombre de la terraza —gimió Marescal.

—Exactamente… El hombre del rápido, el hombre de la terraza… Y también el hombre de Montecarlo y el hombre del bulevar Haussmann, y el asesino de los dos hermanos Loubeaux, y el cómplice de Aurélie, y el hombre de la barca, y el campesino de la carreta. Son muchos guerreros que tienes que combatir tú solo, Marescal, y todos de talla, me atrevería a decir.

La mula había acabado con sus coces y se había levantado. Poco a poco, Raoul se quitó el sobretodo y consiguió envolver con él al comisario, inmovilizando así sus

brazos y sus piernas. Empujó la carreta, tomó las cinchas y las riendas del arnés y ató sólidamente a Marescal, a quien subió a la cuneta y dejó, junto a una pendiente, entre espesos arbustos. Con dos correas restantes ató el busto y el cuello del comisario al tronco de un árbol.

—No tienes suerte conmigo, pobre Rodolphe. Ésta es la segunda vez que te envuelvo como a un faraón. ¡Ah, que no se me olvide! Como mordaza ¡el pañuelo de Aurélie! No gritar y no ser visto, ésta es la regla del perfecto cautivo. Pero podrás mirar con todos tus ojos y oír con todas tus orejas. ¿Oyes? Escucha cómo pita el tren… El tren se aleja con la dulce Aurélie y su padrastro. Es necesario que te tranquilices. La muchacha está tan viva como tú y como yo, cansada tal vez después de tantas emociones. Pero un sueño reparador la dejará como nueva.

Raoul ató la mula y arregló los restos del vehículo. Después volvió a sentarse junto al comisario.

—Extraña aventura ésta del naufragio, ¿verdad?

»Pero ningún milagro como podría parecerte. Y tampoco ningún azar. Para tu gobierno, has de saber que nunca cuento con los milagros ni con el azar, sino solamente conmigo. Así pues… ¿no te molesta, verdad, mi pequeño discurso? ¿Te gustaría más dormir? ¿No? Entonces sigo… Así pues, acababa de dejar a Aurélie en la terraza cuando, de regreso, me asaltó una inquietud: ¿era prudente dejarla de este modo? Nunca se sabe si ronda por allí un malhechor o algún bellaco engomado… Esas intuiciones forman parte de mi sistema… Siempre las obedezco. Así pues, regresé. ¿Y qué es lo que veo? Rodolphe, encantador infame y desleal policía que desciende por el farallón persiguiendo a su presa. En vistas de ello, caigo del cielo, te ofrezco un baño de pies, arrastro conmigo a Aurélie y bogo en la barca. El estanque, las grutas, el bosque, eran la libertad. Pero, he aquí que utilizas tu silbato y dos esbirros surgen a tu llamada. ¿Qué hacer? Problema insoluble. No, una idea genial… ¿Y si me hiciera tragar por el remolino? En aquel preciso momento un *browning* dispara contra mí. Suelto los remos, me dejo caer como muerto al fondo de la canoa. Explico el asunto a Aurélie y nos dejamos tragar por el remolino.

Raoul golpeó suavemente la pierna de Marescal.

—No, te lo ruego, amigo mío, no te emociones: no corríamos ningún riesgo. Todos los habitantes del país saben que utilizando este túnel tallado en terreno calcáreo, se alcanza, cien metros más abajo, una pequeña playa de fina arena desde donde se puede volver a la superficie por medio de algunos confortables escalones. Los domingos, docenas de pilluelos se divierten de este modo con un esquife. No hay que temer ni un solo rasguño. Y así, hemos podido asistir a tu hundimiento desde lejos y verte marchar con la cabeza gacha, lleno de remordimientos. Entonces he llevado a Aurélie al jardín del convento. Su padrastro ha venido a buscarla en coche para tomar el tren mientras que yo iba en busca de mi maleta, compraba mi equipo y el disfraz de campesino y me alejaba al trote con el fin de proteger la retirada de Aurélie.

Raoul apoyó la cabeza en el hombro de Marescal y cerró los ojos.

—Todo este ajetreo me ha cansado un poco y creo necesitar un sueño reparador. Vela mi reposo, mi buen Rodolphe, y no te inquietes. Todo sea para lo mejor en el mejor de los mundos. Cada uno ocupa en él el lugar que merece y los estúpidos sirven de almohada a los pillines de mi especie.

Se durmió.

Caía la tarde. Las sombras le rodeaban. Raoul se despertó y dijo algunas frases sobre las estrellas brillantes o la claridad azul de la luna. Después nuevamente se durmió.

Hacia medianoche tuvo hambre. Su maleta contenía alimentos. Ofreció comida a Marescal y le quitó la mordaza.

—Come, amigo mío —le dijo poniéndole queso en la boca.

Pero Marescal, presa de furor, escupió el queso y barbotó:

—¡Imbécil, cretino, el estúpido eres tú! ¿Sabes lo que has hecho?

—¡Claro que sí! He salvado a Aurélie. Su padrastro la lleva de regreso a París y yo voy a reunirme con ellos.

—¡Su padrastro! ¡Su padrastro! —gritó Marescal—. Así pues, ¿no lo sabes?

—¿Qué?

—Su padrastro la ama.

Raoul le agarró por el cuello fuera de sí.

—¡Imbécil! ¿No podías decírmelo en lugar de escuchar mis estúpidos discursos? ¿La ama? ¡Ah, miserable! Todo el mundo ama a esta criatura. ¡Montón de brutos! ¿Nunca os habéis mirado a un espejo? Sobre todo tú, con esa facha y todos tus engomados.

Se inclinó hacia él y dijo:

—Escúchame, Marescal. Arrancaré a la pequeña de manos de su padrastro. Pero déjala tranquila. No te ocupes más de nosotros.

—Imposible —murmuró el comisario sordamente.

—¿Por qué?

—Ha matado.

—¿De manera que tu plan…?

—Es entregarla a la justicia. La odio y lo lograré.

Lo dijo con un tono tal de feroz rencor que hizo comprender a Raoul que, de ahora en adelante, en Marescal podría más el odio que el amor.

—Peor para ti, Rodolphe. Iba a proponerte un ascenso. Algo así como un cargo de prefecto de policía. Prefieres la batalla. Como quieras. Empieza por una noche al raso. No hay nada mejor para la salud. En cuanto a mí, me voy al galope a Lourdes. Son veinte kilómetros. Cuatro horas de trote para mi montura. Y esta noche estaré en París y pondré en lugar seguro a Aurélie. Adiós, Rodolphe.

Sujetó como pudo la maleta en la montura, montó la mula y, sin estribos, sin silla, silbando alegremente una canción de caza, se hundió en la noche.

Por la tarde, en París, una vieja dama que él llamaba Victoire y que había sido su nodriza, esperaba en automóvil ante el pequeño hotel particular de la calle de Courcelles, en donde vivía Brégeac. Raoul iba al volante.

Aurélie no acudió.

A partir de la aurora, Raoul reemprendió su vigilancia. En la calle vio a un trapero que se iba, después de haber examinado con la punta de su bastón las profundidades de los cubos de basura. Y en seguida, con un sentido muy especial que le hacía reconocer a los individuos por su manera de caminar, más que por cualquier otro signo característico, descubrió bajo los harapos y la sórdida gorra, y a pesar de que apenas lo había entrevisto en el jardín de la villa Faradoni, al asesino Jodot.

«Demonios», se dijo Raoul. «Éste ya está manos a la obra».

Hacia las ocho, una criada salió de la mansión y corrió a una farmacia vecina. Con un billete en la mano, Raoul la abordó y supo que Aurélie, traída a la víspera por Brégeac, se había acostado con fiebre y delirio.

Hacia el mediodía, Marescal rondaba por los alrededores de la casa.

8

Maniobras y dispositivos de batalla

Los acontecimientos trajeron a Marescal una ayuda inesperada. La enfermedad de Aurélie que la retenía en su habitación, significaba el fracaso del plan propuesto por Raoul, la imposibilidad de huir y la espantosa espera de la denuncia. Marescal tomó entonces sus disposiciones inmediatas: la guardia que colocó junto a Aurélie le era muy fiel y, como pudo enterarse más tarde Raoul, le rendía cuenta diariamente del estado de la enfermedad. En caso de mejora repentina, hubiera actuado.

«Sí», se dijo Raoul, «pero si no actúa todavía es porque tiene motivos que le impiden denunciar públicamente a Aurélie y porque prefiere esperar el fin de la enfermedad. Marescal se prepara. Preparémonos también».

Aunque se opusiera a las demasiado lógicas hipótesis que los hechos desmienten siempre, Raoul había sacado de las circunstancias algunas conclusiones, involuntarias por así decirlo. La extraña realidad que nadie había captado todavía ni siquiera por un instante, y que era muy sencilla, él empezaba a entreverla confusamente, más por la fuerza de los hechos que por un esfuerzo de deducción. Pero Raoul comprendía que había llegado el momento de buscar a fondo la solución.

«En una expedición», se decía a menudo, «la gran dificultad es el primer paso».

Ahora bien, aunque percibía claramente algunos actos, los motivos de dichos actos permanecían oscuros. Los personajes del drama conservaban para él una apariencia de autómatas que se mueven en la tempestad y la tormenta. Si quería vencer, no bastaba con que defendiera a Aurélie cada día, sino que era necesario que investigara el pasado y descubriera las razones profundas que habían determinado a toda aquella gente e influido en ellos, sobre todo en el curso de la noche trágica.

«Por encima de todo», se decía, «y sin contarme, hay cuatro actores de primer plano que evolucionan alrededor de Aurélie y que la persiguen: Guillaume, Jodot, Marescal y Brégeac. De estos cuatro, los hay que van a ella por amor y otros para arrancarle su secreto. La combinación de esos dos elementos, amor y ambición, determinan la aventura. Ahora bien, Guillaume está, por el momento, fuera de juego. Brégeac y Jodot no me inquietan en tanto que Aurélie esté enferma. Queda sólo Marescal. Éste es el enemigo que hay que vigilar».

Frente a la mansión de Brégeac había una vivienda vacía. Raoul se instaló en ella. Por otra parte, puesto que Marescal empleaba un espía, Raoul vigiló a la doncella y la sedujo. Por tres veces, aquella mujer le introdujo junto a Aurélie. La muchacha parecía no reconocerle. Estaba todavía muy débil a causa de la fiebre y sólo podía murmurar unas palabras sin ilación, y después cerraba de nuevo los ojos. Pero Raoul no dudaba de que la muchacha le escuchaba y que sabía que él le hablaba con aquella

voz dulce que la distendía y la tranquilizaba como un pase magnético.

—Soy yo, Aurélie —le decía—. Ya ve usted que soy fiel a la promesa que le hice y que puede usted confiar en mí. Le juro que sus enemigos no son capaces de luchar contra mí y que la libraré de ellos. ¿Cómo podría suceder de otro modo? Sólo pienso en usted. Reconstruyo su vida y, poco a poco, se me aparece tal como es: sencilla y honesta. Sé que usted es inocente. Siempre lo he sabido, incluso cuando la acusaba. Las pruebas más irrefutables me parecían falsas. La señorita de los ojos verdes no podía ser una criminal.

No temía ir más lejos en sus confesiones y decirle palabras mucho más tiernas que la muchacha se veía obligada a escuchar y que Raoul mezclaba con consejos:

—Es usted toda mi vida… Nunca he encontrado en una mujer tanta gracia y encanto. Aurélie, confíe en mí… Sólo le pido una cosa, ¿me oye usted? La confianza. Si alguien la interroga, no responda. Si alguien le escribe, no conteste. Si quieren hacerla marchar, niéguese. Tenga confianza hasta el último minuto de la hora más cruel. Estoy aquí. Siempre estaré aquí ya que sólo vivo por y para usted…

El rostro de la muchacha tomaba una expresión calmada. Se dormía como acunada por un sueño feliz.

Entonces Raoul se deslizaba a las habitaciones privadas de Brégeac y buscaba, en vano por otra parte, papeles o indicaciones que pudieran guiarle. Hizo también en el apartamento que Marescal ocupaba en la calle de Rívoli visitas domiciliarias extremadamente minuciosas.

Por último, efectuó una investigación detallada en los despachos del Ministerio del Interior en el que ambos hombres trabajaban. Su rivalidad, su odio, eran conocidos de todos. Sostenidos ambos por los altos cargos, eran combatidos, bien desde el ministerio, bien desde la prefectura de policía, por poderosos personajes que luchaban por encima de sus cabezas. El servicio se resentía con ello. Ambos hombres se acusaban abiertamente de hechos graves. Se hablaba de retiro forzado. ¿Cuál de los dos sería sacrificado?

Un día, oculto tras unas cortinas, Raoul vio a Brégeac en la cabecera de Aurélie. Era un tipo bilioso, de rostro delgado y amarillo, bastante alto, robusto y que, en todo caso, tenía más elegancia y distinción que el vulgar Marescal. Despertándose, la muchacha le vio y le dijo con tono duro:

—Déjeme usted… déjeme.

—Cómo me detestas —murmuró él—. Con qué alegría me harías daño.

—Nunca haría daño al hombre que se casó con mi madre.

Brégeac la miraba con un visible dolor.

—Eres muy hermosa, pequeña… Pero ¿por qué siempre rechazas mi afecto? Sí, tienes razón, me equivoqué. Durante mucho tiempo sólo me acerqué a ti por el secreto que me ocultabas sin razón, pero si tú no te hubieras obstinado en un silencio absurdo yo nunca habría pensado en otras cosas que ahora son un suplicio para mí… puesto que nunca me amarás… puesto que no es posible que me ames.

La muchacha no quería escuchar y volvía la cabeza. Sin embargo, él le dijo todavía:

—Durante tu delirio has hablado a menudo de revelaciones que querías hacerme. ¿Era a propósito de eso o bien a propósito de tu huida insensata con este Guillaume? ¿A dónde te llevó ese miserable? ¿Dónde fuiste antes de refugiarte en el convento?

Aurélie no respondió, quizá por fatiga, tal vez por desprecio.

Brégeac guardó silencio. Cuando se hubo marchado, Raoul, que se alejaba a su vez, vio que la muchacha lloraba.

En resumen, después de dos semanas de investigaciones, cualquier otro que no fuera Raoul se hubiera sentido desanimado. De una manera general y al margen de ciertas tendencias que él interpretaba a su manera, los grandes problemas permanecían insolubles o, por lo menos, no recibían una solución aparente.

«Pero no pierdo el tiempo», se decía Raoul, «y eso es lo esencial. Actuar consiste a veces en no hacerlo. La atmósfera es menos espesa. Mi visión de los hechos y de los seres se precisa y fortalece. Si algún hecho nuevo falta todavía, mi situación es idónea. Estoy en el centro de los acontecimientos. En vista de un combate que se anuncia violento, cuando todos los enemigos mortales se enfrenten, las necesidades del combate y la de encontrar armas más eficaces producirán un choque inesperado del que saltarán las chispas que lo aclararán todo».

Una de ellas saltó mucho antes de lo que Raoul pensaba y aclaró una parte de las tinieblas en las que él no creía que pudiera producirse nada importante. Una mañana, cuando estaba con la frente pegada a los cristales y los ojos fijos en las ventanas de Brégeac, volvió a ver, bajo el disfraz de trapero, al cómplice Jodot. Jodot esta vez llevaba sobre el hombro un saco de tela en el que iba poniendo su botín. Lo dejó junto a la pared de la casa, se sentó en la acera y se puso a comer mientras registraba el cubo más cercano. El gesto parecía maquinal, pero al cabo de un instante Raoul comprendió que el hombre sólo recogía sobres arrugados y cartas hechas pedazos. Jodot lanzaba una breve ojeada a su botín y después continuaba su búsqueda. Sin lugar a dudas, la correspondencia de Brégeac le interesaba.

Al cabo de un cuarto de hora volvió a cargarse al hombro el saco y se marchó. Raoul le siguió hasta Montmartre, donde Jodot tenía una trapería.

Volvió tres días seguidos y cada vez realizaba la misma operación equívoca. Pero el tercer día, que era domingo, Raoul sorprendió a Brégeac espiando en la ventana. Cuando Jodot se fue, Brégeac a su vez le siguió con infinitas precauciones. Raoul les acompañó de lejos. ¿Iba por fin a saber el vínculo que unía a Brégeac y a Jodot?

De este modo, los tres hombres cruzaron, unos siguiendo a otros, el barrio Monseau, franquearon las fortificaciones y alcanzaron, en el extremo del bulevar Bineau, las orillas del Sena. Algunas villas modestas alternaban con terrenos sin edificar. Jodot dejó el saco apoyado en una de ellas y, sentándose, se dispuso a comer.

Permaneció allí durante cuatro o cinco horas, vigilado por Brégeac que almorzaba a treinta metros de distancia, bajo el toldo de un pequeño restaurante, y por Raoul que, tendido sobre la hierba, fumaba cigarrillos.

Cuando Jodot partió, Brégeac se alejó en dirección opuesta, como si el asunto hubiera perdido todo interés. Raoul entró en el restaurante, se entretuvo con el patrón y se enteró de que la villa en la que Jodot se había sentado pertenecía, algunas semanas antes, a los dos hermanos Loubeaux, asesinados en el rápido de Marsella por tres individuos. La justicia la había clausurado y había confiado la vigilancia a un vecino que todos los domingos iba a pasearse.

Raoul se había sobresaltado al oír el nombre de los hermanos Loubeaux. Las maniobras de Jodot empezaban a tener sentido.

Interrogó más a fondo y supo de este modo que en la época de su muerte, los hermanos Loubeaux vivían muy cerca de aquella villa, que ya no les servía como depósito para su comercio de vinos de champaña. Se habían separado de su asociado y viajaban por su cuenta.

—¿Su asociado? —preguntó Raoul.

—Sí, su nombre está inscrito todavía en la placa de cobre colgada en la puerta: «*Loubeaux hermanos y Jodot*».

Raoul reprimió un movimiento.

—¿Jodot?

—Sí, un hombre grueso, de rostro rojo, con la apariencia de un coloso de feria. No se le ha visto por aquí desde hace más de un año.

«Informes de extrema importancia», se dijo Raoul una vez estuvo solo. «Así que Jodot fue, en otro tiempo, el asociado de los dos hermanos a quienes más adelante asesinaría. Nada sorprendente, por otra parte, que la justicia no le hubiera molestado, puesto que nunca había sospechado que hubiera un Jodot en el asunto y puesto que Marescal está persuadido de que el tercer cómplice soy yo. Pero entonces, ¿por qué el asesino Jodot acude al lugar donde vivían antes sus víctimas? ¿Y por qué Brégeac vigila esta expedición?».

La semana transcurrió sin incidentes. Jodot no volvió a aparecer ante la casa de Brégeac. Pero el sábado por la tarde, persuadido de que el individuo regresaría a la villa el domingo por la mañana, franqueó la tapia que rodeaba un solar contiguo y se introdujo por una de las ventanas del primer piso.

En aquel piso todavía había muebles en dos habitaciones. Raoul encontró signos ciertos que le permitieron creer que las dos habitaciones habían sido registradas. ¿Quién? ¿Agentes de policía? ¿Brégeac? ¿Jodot? ¿Por qué? Raoul no se obstinó. Lo que otros habían venido a buscar o bien no estaba allí o bien ya no estaba. Se instaló en un sillón para pasar allí la noche. Iluminado por una pequeña linterna de bolsillo, tomó un libro de la mesa cuya lectura no tardó en hacerlo dormir.

La verdad sólo se revela a los que la obligan a salir de la sombra. A menudo, cuando parece estar más lejana, una casualidad la instala en el lugar que se le había

preparado y el mérito está justamente en la calidad de esta preparación. Al despertarse, Raoul volvió a ver el libro que había estado hojeando. La encuadernación estaba revestida con una especie de tejido negro como el que emplean los fotógrafos para cubrir sus máquinas.

Buscó. En un armario lleno de trapos y papeles encontró uno de esos trozos de tejido. Tres pedazos habían sido cortados en redondo, cada uno del tamaño de un plato.

«Ya está», se dijo emocionado. «Estoy de lleno en ello. Las tres máscaras de los bandidos del rápido provienen de aquí. Este tejido es la prueba de ello. Explica lo que sucedió y lo comenta».

La verdad le parecía ahora tan natural, tan de acuerdo con las intuiciones inexpresadas que había tenido, y en cierta medida tan divertidas por su sencillez, que se echó a reír en el profundo silencio de la casa.

«Perfecto, perfecto», se decía. «El destino me traerá por sí mismo los elementos que me faltan. De ahora en adelante estará a mi servicio y todos los detalles de la aventura acudirán a mi llamada y se alinearán a plena luz».

A las ocho, el guarda de la villa hizo su paseo del domingo por la planta baja y cerró las puertas. A las nueve, Raoul descendió al comedor y, dejando las persianas cerradas, abrió la ventana por encima del lugar donde Jodot venía a sentarse.

Jodot fue puntual. Llegó con su saco, que apoyó al pie de la pared. Después se sentó y comió. Mientras comía, monologaba en voz baja, tan baja que Raoul no oía nada.

La comida se compuso de embutidos y queso, y fue completada con una pipa cuyo humo subía hasta Raoul.

Hubo una segunda y después una tercera pipa. De este modo, pasaron dos horas sin que Raoul pudiera comprender los motivos de aquella larga permanencia. A través de las rendijas de la persiana, se veían las piernas envueltas en andrajos y los zapatos de suelas gastadas. Más allá corría el río. Los paseantes iban y venían. Brégeac debía permanecer al acecho en la glorieta del restaurante.

Por último, algunos minutos antes de las ocho, Jodot pronunció estas palabras:

—¿Y bien? ¿Nada de nuevo? Confiesa que es áspera ésa.

Parecía hablar, no consigo mismo sino con alguien que estuviese a su lado. Sin embargo, nadie se había reunido con él y no había nadie a su alrededor.

—¡Diablos! —gruñó—. Te digo que está allí. La he tenido en mis manos más de una vez y la he visto con mis propios ojos. ¿Has hecho lo que te he dicho? ¿Todo el lado derecho del sótano, como el otro día el lado izquierdo? Entonces…, tendrías que haberla encontrado…

Calló durante unos momentos y después prosiguió:

—Tal vez podríamos probar en otra parte e ir hasta el solar detrás de la casa, en el caso que hubieran tirado la botella allí antes del golpe del rápido. Es un escondrijo a pleno sol que vale como otro cualquiera. Si Brégeac ha registrado el sótano no habrá

pensado en registrar fuera. Ve allí y busca. Te espero.

Raoul no escuchó más. Había reflexionado y empezaba a comprender desde el momento en que Jodot había hablado del sótano. Aquel sótano debía extenderse de un lado a otro de la casa, con un respiradero que daba a la calle y otro a la otra fachada. La comunicación era cómoda por aquel sistema.

Rápidamente, subió al primer piso, una de cuyas habitaciones dominaba el solar y, acto seguido, comprobó la justeza de su suposición. En medio de un espacio no construido en el que se levantaba un cartel con las palabras «En venta», entre montones de desperdicios, escombros y botellas rotas, un pilludo de siete u ocho años, vivaracho, de una delgadez increíble bajo la camiseta gris que se le pegaba al cuerpo, buscaba, removía, se deslizaba con una agilidad de lagartija.

El círculo de sus investigaciones, que parecían tener por fin únicamente el descubrimiento de una botella, era singularmente restringido. Si Jodot no se había equivocado, la operación debía ser breve. Lo fue. Al cabo de diez minutos, después de separar unas viejas cajas, el niño se levantó y, sin pérdida de tiempo, echó a correr hacia la villa con una botella con el gollete roto en la mano y gris de polvo.

Raoul descendió hasta la planta baja con el propósito de llegar al sótano y sustraer al niño su botín. Pero la puerta del sótano que había visto en el vestíbulo no podía ser abierta y regresó a la ventana del comedor para proseguir su vigilancia.

Jodot murmuraba ya:

—¿Ya está? ¿La tienes? ¡Bravo!, ahora estoy preparado. El amigo Brégeac no podrá molestarme más. Vamos, métete dentro.

El pequeño se metió dentro, lo que consistía, evidentemente, en pasar entre las rejas del respiradero y meterse como un hurón en el fondo del saco, sin que ningún movimiento de la tela indicara su paso.

Acto seguido, Jodot se levantó, se puso el saco sobre el hombro y se alejó.

Sin la menor vacilación, Raoul hizo saltar los precintos, fracturó las cerraduras y salió de la villa.

A trescientos metros Jodot caminaba llevando al cómplice que le había servido para explorar el sótano del hotel de Brégeac y después la villa de los hermanos Loubeaux.

Cien metros atrás, Brégeac serpenteaba entre los árboles.

Y Raoul descubrió que, en el Sena, un pescador de caña remaba en el mismo sentido: Marescal.

Así pues, Jodot era seguido por Brégeac, Brégeac y Jodot por Marescal, y los tres por Raoul.

Como apuesta en la partida, la posesión de una botella.

«Esto está en su punto», se decía Raoul. «Jodot tiene la botella, es cierto, pero ignora que los otros quieren apoderarse de ella. ¿Quién será el más listo de nosotros tres? Si no estuviera Lupin apostaría por Marescal. Pero está Lupin».

Jodot se detuvo. Brégeac hizo otro tanto, así como Marescal desde su barca.

Raoul se detuvo también. Jodot había tendido su saco de manera que el niño estuviera cómodo y, sentado en un banco, examinaba la botella, la agitaba y la hacía brillar al sol.

Era el momento oportuno para que Brégeac actuara. Así lo pensó y se acercó lentamente.

Había abierto un parasol y lo sostenía como un escudo con el que se ocultaba el rostro. En su barca, Marescal desaparecía bajo un amplio sombrero de paja.

Cuando Brégeac estuvo a tres pasos del banco, cerró el parasol, saltó, sin preocuparse por los viandantes, agarró la botella y echó a correr por una avenida que le condujo junto a las fortificaciones.

Aquella acción fue ejecutada limpiamente y con una admirable prontitud. Espantado, Jodot dudó, gritó, agarró el saco, lo volvió a dejar como si temiera no poder correr lo bastante rápido con él… En resumen, quedó fuera de juego.

Pero Marescal, previendo la agresión, había atracado la barca y se había lanzado en persecución de Brégeac; Raoul hizo otro tanto. Sólo quedaban tres competidores en liza.

Brégeac, a manera de buen campeón, sólo pensaba en correr y no se volvía. Marescal, que sólo pensaba en Brégeac, tampoco se volvía, de manera que Raoul no tomaba ninguna precaución. ¿Para qué?

En diez minutos, el primero de los tres corredores alcanzó la puerta de Termes. Brégeac tenía tanto calor que se quitó el abrigo. Junto al fielato se detuvo un tranvía. Numerosos viajeros esperaban en la parada para subir en él y regresar a París. Brégeac se mezcló con aquella muchedumbre. Marescal también.

El cobrador llamó los números, pero la avalancha fue tan fuerte que Marescal no tuvo ningún problema en sustraer la botella del bolsillo de Brégeac sin que éste se diera cuenta. Marescal, acto seguido, franqueó el fielato y se echó a correr.

«Y van dos», bromeó Raoul. «Mis hombrecitos se eliminan entre sí y todos trabajan para mí».

Cuando, a su vez, Raoul cruzó el fielato, vio a Brégeac haciendo esfuerzos desesperados para salir del tranvía, a pesar de la multitud, y para echarse a correr detrás del ladrón.

Éste elegía las calles paralelas de la avenida Termes, que eran más estrechas y tortuosas. Corría como un loco. Cuando se detuvo en la avenida Wagram estaba sin aliento. Tenía el rostro bañado en sudor, los ojos inyectados en sangre y las venas hinchadas. Se secó con un pañuelo. No podía más.

Compró un periódico y envolvió la botella después de haberle echado una ojeada. Luego se la puso bajo el brazo y partió con paso tambaleante como quien sólo se mantiene en pie por milagro. Lo cierto es que el bello Marescal era irreconocible. El cuello postizo lo llevaba torcido como un trapo. Su barba acabada en dos puntas por las que resbalaban varias gotas de sudor.

Antes de llegar a la plaza de l’Étoile, un caballero con grandes gafas ahumadas

que venía en sentido contrario se detuvo frente a él con un cigarrillo encendido en los labios. El caballero le cerró el paso, pero no le pidió fuego, sino que, sin una palabra, le lanzó el humo al rostro con una sonrisa que descubría unos dientes puntiagudos, como caninos.

El comisario abrió los ojos desmesuradamente y balbuceó:

—¿Quién es usted, qué quiere?

Pero ¿de qué servía preguntar? ¿No sabía que aquel era su mistificador, el que él llamaba el tercer cómplice, el enamorado de Aurélie y su eterno enemigo?

Y aquel hombre, que parecía el diablo en persona, señaló con un dedo la botella y dijo en tono de afectuosa broma:

—Vamos, suéltala… Sé amable conmigo… suéltala. ¿Qué es eso de que un comisario de tu grado se pasee con una botella? Vamos Rodolphe, suéltala.

Marescal se desinfló. ¿Gritar, pedir socorro? ¿Lanzar a los viandantes contra el asesino?… Se sentía incapaz de todas esas acciones. Estaba fascinado. Aquel ser infernal le privaba de toda energía, y, estúpidamente, sin tener ni por un segundo la idea de resistir, como un ladrón que encuentra natural devolver el objeto robado, se dejó coger la botella que su brazo ya no podía sostener.

En aquel momento Brégeac llegaba sin aliento, al límite de sus fuerzas, sin energía para precipitarse sobre el tercero en discordia o para interpelar a Marescal. Y ambos, plantados sobre la acera, absolutamente quietos, miraron cómo el caballero de las gafas ahumadas llamaba un coche, se instalaba en él y les saludaba desde la ventanilla quitándose el sombrero.

Una vez en su casa, Raoul deshizo el envoltorio de la botella. Era una botella de litro como las que se utilizan para las aguas minerales, sin tapón y de cristal opaco y negro. Sobre la etiqueta, sucia y polvorienta, y que con todo había sido protegida contra las intemperies, una inscripción en letras grandes, impresas, decía:

AGUA DE JOUVENCE

Debajo, varias líneas que tuvo dificultad en descifrar y que constituían con toda evidencia la fórmula de esa agua mineral:

Bicarbonato de soda 1,349 g.
Bicarbonato de potasa 0,435 g
Bicarbonato de cal 1,000 g
Milicuries, etc.

Pero la botella no estaba vacía. En su interior se movía algo ligero que hacía ruido como de papel. Raoul dio la vuelta a la botella y la sacudió. No cayó nada.

Entonces, deslizó por el gollete un cordel terminado en un grueso nudo y, de este modo, a base de paciencia, logró sacar una delgada hoja de papel enrollada como un tubo y atada con un cordón rojo. Una vez la hubo desdoblado, vio que constituía la

mitad de una hoja ordinaria, y que la parte inferior había sido cortada, o mejor dicho, arrancada de manera desigual. Había en el papel unos caracteres escritos con tinta. Faltaban muchas palabras pero le bastaron para formar algunas frases.

La acusación es cierta y mi confesión es formal.

Soy el único responsable del crimen cometido, no hay que responsabilizar de él ni a Jodot ni a Loubeaux.

Brégeac.

Desde el primer momento, Raoul había reconocido la escritura de Brégeac, pero trazada con una tinta que había palidecido con el tiempo y que permitía, al igual que el estado del papel, hacer remontar el documento a quince o veinte años atrás. ¿Cuál era el crimen? ¿Contra quién había sido cometido?

Reflexionó largo rato, después de lo cual concluyó para sí:

«La oscuridad de este asunto proviene de que es doble y de que en él se mezclan dos aventuras, dos dramas, de los cuales el primero manda sobre el segundo. El del rápido, con los dos Loubeaux, Guillaume, Jodot y Aurélie como personajes. Y un primer drama, que tuvo lugar antaño y del cual, en la actualidad, dos de los actores se enfrentan: Jodot y Brégeac».

»La situación, cada vez más compleja para quien no poseyera la palabra clave, se hace para mí cada vez más precisa. La hora de la batalla está cerca y la apuesta es Aurélie, o, mejor dicho, el secreto que palpita en el fondo de sus hermosos ojos verdes. Quien logre ser, durante algunos instantes, por fuerza, por astucia o por amor, dueño de su mirada o de su pensamiento, será dueño de ese secreto que ha producido ya tantas víctimas.

»Y en ese torbellino de venganzas y de odios, Marescal trae consigo, con sus pasiones, sus ambiciones y sus rencores, esa temible máquina de guerra que es la justicia.

»Y frente a todos ellos, yo…».

Se preparó minuciosamente y con tanta más energía por cuanto sus adversarios multiplicaban las precauciones. Brégeac, sin ninguna prueba formal contra la enfermera que informaba a Marescal y contra la criada a la que Raoul pagaba, las despidió a ambas. Las persianas de las ventanas que daban a la fachada principal fueron cerradas. Por otra parte, empezaron a verse agentes de Marescal en la calle. Sólo Jodot no se mostraba. Desarmado sin duda por la pérdida del documento en el que Brégeac había firmado su confesión, debía ocultarse en algún sitio seguro.

Ese período se prolongó durante quince días. Raoul se había hecho presentar, bajo nombre prestado, a la mujer del ministro que protegía abiertamente a Marescal. Había logrado penetrar en la intimidad de esa dama, algo madura, muy celosa y para quien su marido no tenía secretos. Las atenciones de Raoul la llenaban de alegría. Sin darse cuenta del papel que desempeñaba e ignorando, por otra parte, la pasión de Marescal

por Aurélie, hora a hora mantuvo a Raoul al corriente de las intenciones del comisario, de lo que combinaba con respecto a Aurélie y de la manera que intentaba, con la ayuda del ministro, derrocar a Brégeac y a los que le sostenían.

Raoul tuvo miedo. El ataque estaba tan bien organizado que se preguntaba si no debería tomar la delantera, raptar a Aurélie y demoler, de este modo, el plan del enemigo.

«¿Y después, qué?», se decía. «¿Cómo me beneficiaría la fuga? El conflicto continuaría igual y habría que volver a empezar».

Supo resistir la tentación.

Una tarde, al volver a su casa, encontró un mensaje. La mujer del ministro le anunciaba las últimas decisiones tomadas, entre otras el arresto de Aurélie, fijado para la mañana siguiente, 12 de julio, a las tres de la tarde.

«¡Pobre señorita de los ojos verdes!», pensó Raoul. «¿Tendrá confianza en mí, contra todos, como le pedí? ¿Todavía más lágrimas y angustias para ella?». Durmió tranquilamente como un gran capitán en vísperas de combate. A las ocho se levantó. El día decisivo empezaba.

Hacia el mediodía, cuando la criada que le servía, su vieja nodriza Victoire, entró por la puerta de servicio con una cesta de provisiones, seis hombres apostados en la escalera, penetraron por la fuerza en la cocina.

—¿Está aquí su señor? —dijo brutalmente uno de ellos—. Vamos, momia, no vale la pena mentir. Soy el comisario Marescal y tengo una orden contra él.

Lívida, temblorosa, la mujer murmuró:

—Está en su despacho.

—Guíenos.

Puso su mano sobre la boca de Victoire para que no pudiera avisar a Raoul y la hizo caminar a lo largo de un pasillo, al final del cual la mujer señaló una habitación.

El adversario no tuvo tiempo de ponerse en guardia. Fue empujado, derribado de un puñetazo, atado y expedido como un paquete. Marescal le lanzó simplemente:

—Usted es el jefe de los bandidos del rápido. Su nombre, Raoul de Limézy.

Y dirigiéndose a los hombres:

—Al depósito. He aquí la orden. ¡Ah, con discreción! Ni una palabra sobre la personalidad del «cliente». Tony, usted me responderá de él, ¿de acuerdo? Y usted también, Labonce. Llévenselo. Y vuelvan a las tres ante la casa de Brégeac. Habrá llegado el momento para la señorita y para la ejecución del padrastro.

Cuatro hombres se llevaron al cliente. Marescal retuvo al quinto, Sauvinoux.

Inmediatamente registró el despacho y miró detenidamente algunos papeles y objetos insignificantes. Pero ni él ni su acólito Sauvinoux encontraron lo que buscaban: la botella, cuya etiqueta quince días antes en la acera, Marescal había tenido tiempo de leer: «Agua de Jouvence».

Fueron a almorzar en un restaurante vecino. Luego volvieron y Marescal se encarnizó en la búsqueda.

Por fin, a las dos y cuarto, Sauvinoux descubrió la famosa botella bajo el mármol de una chimenea.

Ahora tenía tapón y estaba rigurosamente lacrada con cera roja.

Marescal la sacudió y la colocó ante la luz de una bombilla eléctrica: contenía un delgado rollo de papel.

Vaciló. ¿Leería el papel?

—No… no… ¡todavía no!… ¡Ante Brégeac!… ¡Bravo, Sauvinoux, ha maniobrado muy bien, muchacho!

Su alegría desbordaba y marchó murmurado:

—Esta vez estamos cerca de la meta. Tengo a Brégeac en mis manos y no tengo más que apretar el tornillo. En cuanto a la pequeña, ya no tiene a nadie que la defienda. Su enamorado está en la sombra. ¡Por fin solos, querida!

9

¿No ves acercarse a nadie, sor Ana?

Aquel mismo día, hacia las dos, «la pequeña» como decía Marescal, se vestía. Un viejo doméstico llamado Valentín, que por aquel entonces constituía todo el personal de la casa, le había servido la comida en su habitación y la había prevenido que Brégeac deseaba hablar con ella.

Apenas acababa de salir de la enfermedad. Pálida, muy débil, se esforzaba por mantenerse en pie, con la cabeza alta para presentarse ante el hombre que detestaba. Se pintó los labios y se puso colorete en las mejillas. Descendió.

Brégeac la esperaba en el primer piso, en su gabinete de trabajo, una gran pieza con los postigos cerrados, iluminada por una bombilla.

—Siéntate —dijo.

—No.

—Siéntate. Estas cansada.

—Dígame enseguida lo que tenga que decirme para que pueda volver de inmediato a mi habitación.

Brégeac se paseó unos instantes por la pieza. Tenía el rostro agitado y preocupado. Furtivamente, observaba a Aurélie con tanta hostilidad como pasión, como un hombre que choca contra una voluntad indomable. También sentía piedad por ella.

Se acercó a la muchacha y poniéndole una mano sobre el hombro, la hizo sentar a la fuerza.

—Tienes razón —le dijo—, no será muy largo. Lo que tengo que comunicarte puede resumirse en pocas palabras. A continuación tú decidirás.

Estaban uno junto a otro y, sin embargo, más alejados entre sí que dos adversarios según notó Brégeac. Todas las palabras que pronunciaría no harían más que aumentar el abismo que había entre ellos. Crispó los puños y articuló:

—¿No comprendes todavía que estamos rodeados de enemigos y que esta situación no puede durar?

Ella dijo entre dientes:

—¿Qué enemigos?

—¡Vamos! —dijo él—. No puedes ignorarlo. Marescal… Marescal, que te detesta y que quiere vengarse.

Y en voz baja, gravemente, explicó:

—Escucha Aurélie: se nos vigila desde hace semanas. En el ministerio se registran mis cajones. Superiores e inferiores, todo el mundo se ha unido contra mí. ¿Por qué? Porque todos están, más o menos, a sueldo de Marescal y porque todos le

consideran más vinculado al ministro. Ahora bien, tú y yo estamos unidos, aunque sólo sea por su odio. Y estamos unidos por nuestro pasado, que es el mismo lo quieras o no. Yo te he educado. Soy tu tutor. Mi ruina es tu ruina. Y me pregunto si no es a ti a quien quieren conseguir, por motivos que ignoro. Sí, tengo la impresión, dados algunos síntomas, que me dejarían tranquilo a mí pero que tú estás amenazada directamente.

Aurélie pareció desfallecer.

—¿Qué síntomas?

Brégeac respondió:

—Peor que eso. He recibido una carta anónima con papel del ministerio…, una carta absurda, incoherente, en la que se me advierte que se van a empezar persecuciones contra ti.

Ella tuvo energías para decir:

—¿Persecuciones? ¡Está usted loco! ¿Y todo porque una carta anónima…?

—Sí, ya lo sé —dijo Brégeac—. Algún subalterno debe haber oído estos rumores estúpidos… Pero, con todo, Marescal es capaz de todas las maquinaciones.

—Si tiene usted miedo, váyase.

—Tengo miedo por ti, Aurélie.

—Yo no tengo nada que temer.

—Sí. Este hombre ha jurado perderte.

—Entonces, déjeme marchar.

—¿Tendrás fuerzas para hacerlo?

—Tendría todas las fuerzas que fueran necesarias para dejar esta prisión en la que usted me tiene, para no verle nunca más.

Él hizo un gesto apesadumbrado.

—Cállate… No podría vivir… He sufrido demasiado durante tu ausencia. Prefiero cualquier cosa, lo que sea, antes de verme separado de ti. Mi vida entera depende de tu mirada, de tu vida…

Aurélie se levantó y, con indignación, temblorosa, dijo:

—Le prohíbo que me hable así. Me había jurado que no volvería a dirigirme una palabra de esta clase, que no volvería a oír ninguna de estas palabras abominables…

Mientras ella volvía a sentarse, abatida de repente, él se alejaba y se dejaba caer en una butaca con la cabeza entre las manos, los hombros sacudidos por el llanto, como un hombre vencido para quien la existencia es un peso intolerable.

Al cabo de un largo silencio, volvió a hablar con entonación sorda:

—Somos más enemigos que antes de tu viaje. Has vuelto cambiada. ¿Qué ha hecho, Aurélie, no en Sainte-Marie sino durante las tres primeras semanas en que te buscaba como un loco, sin pensar en el convento? Este miserable Guillaume. Tú no le amabas, lo sé bien… Sin embargo, le seguiste. ¿Por qué? ¿Qué ocurrió entre los dos? ¿Qué ha sido de él? Intuyo acontecimientos muy graves que se produjeron… Se te ve inquieta. En tu delirio hablabas como alguien que huye sin cesar, veías sangre,

cadáveres…

Ella se estremeció.

—No, no, no es cierto…, no lo entendió bien.

—Lo entendí perfectamente —dijo él sacudiendo la cabeza—. En este mismo momento tus ojos están desorbitados… Se diría que tu pesadilla continúa…

Se acercó y dijo lentamente:

—Necesitas mucho reposo, mi pobre pequeña. Esto es lo que quiero proponerte. Esta mañana he pedido unos días libres y nos iremos. Te juro que no diré una sola palabra que pueda ofenderte. Es más, no te hablaré de este secreto que hubieras debido confiarme, puesto que me pertenece como a ti. No intentaré leer en el fondo de tus ojos en donde se esconde y en donde he intentado, tan a menudo y por la fuerza, me acuso de ello, descifrar el enigma impenetrable. Dejaré tus ojos tranquilos, Aurélie. No te miraré. Mi promesa es formal. Pero ven, mi pobre pequeña. Me das lástima. Sufres, esperas no sé qué y sólo la desgracia puede responder a tu llamada. Ven.

Aurélie guardaba silencio con una obstinación sombría. Entre ellos existía un desacuerdo irremediable, la imposibilidad de pronunciar una palabra que no fuera una herida o un ultraje. La odiosa pasión de Brégeac les separaba más que cualquier cosa pasada, más que las razones profundas que habían hecho que siempre chocaran mutuamente.

—Contesta —dijo él.

Aurélie declaró firmemente:

—No quiero. No puedo soportar su presencia. No puedo vivir en la misma casa que usted. A la primera ocasión me marcharé.

—Y, sin duda, no será sola —dijo él entre dientes—. Será como la otra vez… Guillaume, ¿verdad?

—He dejado a Guillaume.

—Entonces otro. Otro a quien esperas, estoy seguro. Tus ojos no dejan de buscar…, tus oídos de escuchar… En este mismo momento…

La puerta del vestíbulo se había abierto y cerrado.

—¿No lo decía yo? —gritó Brégeac con una risa malvada—. Se diría verdaderamente que esperas…, y que alguien va a venir. No, Aurélie, no vendrá nadie, ni Guillaume ni otro. Es Valentín, a quien he mandado al ministerio para recoger mi correspondencia, puesto que yo no voy a ir.

Los pasos del doméstico subieron los peldaños del primer piso y cruzaron la antecámara. Entró.

—¿Has hecho el encargo, Valentín?

—Sí, señor.

—¿Había cartas o documentos para firmar?

—No, señor.

—Vaya, es extraño. ¿Y la correspondencia?

—Acababan de entregarla al señor Marescal.

—Pero ¿con qué derecho ha osado Marescal…? ¿Estaba allí, Marescal?

—No, señor. Había ido y se había marchado inmediatamente.

—¿Se había marchado?… ¡A las dos y media! ¿Un asunto de servicio, seguramente?

—Sí, señor.

—¿Has podido enterarte de algo…?

—Lo he intentando, pero no sabían nada en las oficinas.

—¿Iba solo?

—No, con Labonce, Tony y Sauvinoux.

—¡Con Labonce y Tony! —exclamó Brégeac—. ¡En este caso, se trata de un arresto! ¿Cómo es posible que no me hayan prevenido? ¿Qué ocurre, pues?

Valentín se retiró. Brégeac había empezado a pasearse de nuevo pensativamente:

—Tony, el alma maldita de Marescal… Labonce, uno de su favoritos…, y todo esto a mis espaldas…

Pasaron cinco minutos. Aurélie le miraba ansiosamente. De repente, Brégeac se dirigió a una de las ventanas y entreabrió uno de los postigos. Se le escapó un grito y retrocedió balbuceando:

—Están aquí, al cabo de la calle…, vigilan.

—¿Quiénes?

—Los dos… Los acólitos de Marescal. Tony y Labonce.

—¿Y bien? —murmuró ella.

—Y bien, estos dos individuos son los que siempre utiliza en los asuntos graves. Esta misma mañana ha operado con los dos en el barrio.

—¿Están ahí? —preguntó Aurélie.

—Están ahí. Los he visto.

—¿Y Marescal va a venir?

—Sin duda alguna. Ya has oído lo que ha dicho Valentín.

—Va a venir…, va venir —balbuceó la muchacha.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Brégeac sorprendido por la emoción de Aurélie.

—Nada —dijo ella dominándose—. A mi pesar me asusto, pero no hay motivos para ello.

Brégeac reflexionó. También él intentaba dominar sus nervios y repitió:

—No hay motivos, en efecto. Nos dejamos llevar por motivos pueriles. Voy a ir a preguntarles y estoy seguro de que todo se explicará. Claro, sin duda alguna, pues los acontecimientos permiten creer que no somos nosotros sino la casa de enfrente la que está bajo vigilancia.

Aurélie levantó la cabeza.

—¿Qué casa?

—El asunto del que te hablaba…, un individuo que han detenido esta mañana, este mediodía. ¡Ah, si hubieras visto a Marescal cuando ha salido de su despacho, a

las once! Me lo he encontrado. Tenía una expresión de alegría y de odio feroces… Ha sido esto lo que me ha desconcertado. No se puede tener tanto odio más que contra una persona sola en la vida. Y es a mí a quien me odia, o más bien a nosotros. Entonces he pensado que la amenaza nos concernía.

Aurélie se había levantado, más pálida todavía.

—¿Qué dice usted? ¿Una detención en la casa de enfrente?

—Sí, un tal Limézy, que se las da de explorador…, un barón de Limézy. A la una he tenido noticias del ministerio. Acababan de registrarle en el calabozo de la prefectura.

Aurélie ignoraba el nombre de Raoul, pero no dudaba de que se trataba de él. Preguntó con voz temblorosa:

—¿Qué ha hecho? ¿Quién es ese Limézy?

—Según Marescal, se trata del asesino del rápido, el tercer cómplice que se busca.

Aurélie estuvo a punto de caer. Tenía un aspecto de demencia y de vértigo, y tanteaba en el vacío para encontrar un punto de apoyo.

—¿Qué te ocurre, Aurélie? ¿Qué relación con este asunto…?

—Estamos perdidos —gimió la muchacha.

—¿Qué quieres decir?

—No puede comprenderlo usted…

—Explícate. ¿Conoces a este hombre?

—Sí…, sí…, me salvó de Marescal, y también de Guillaume, y de ese Jodot que usted recibe aquí… También hoy nos habría salvado…

Brégeac la observaba con estupor.

—¿Era a él a quien esperabas?

—Sí —dijo ella distraídamente—. Me había prometido que estaría cerca de mí… Yo estaba tranquila… Le he visto hacer cosas tan inverosímiles… reírse de Marescal…

—¿Entonces…? —preguntó Brégeac.

—Entonces —respondió ella con el mismo tono ausente— será mejor que nos pongamos a salvo… Tanto usted como yo… Hay cosas que podrían interpretarse en su contra…, historias de otras épocas…

—¡Estás loca! —dijo Brégeac trastornado—. No hubo nada… Por mi parte, no tengo nada que temer.

A pesar de sus negaciones, salía de la pieza y arrastraba a la muchacha hacia el descansillo de la escalera. Fue ella quien, en el último momento, se resistió.

—No, ¿para qué? Nos salvará igualmente… Vendrá, se escapará… ¿Por qué no esperarle?

—No hay quien se escape del calabozo de la prefectura.

—¿Usted cree? ¡Oh, Dios mío, que cosas tan horribles!

No sabía qué decidir. Ideas espantosas corrían como torbellinos en su cerebro de

convaleciente…, el miedo a Marescal…, luego la detención inminente…, la policía que se precipitaría sobre ella y le torcería las muñecas…

El espanto de su padrastro la decidió. Como impulsada por una tempestad, corrió hasta su habitación y reapareció inmediatamente con su maleta en la mano. Brégeac también se había preparado. Tenían el aspecto de dos criminales que no pueden esperar más que una huida sin fin. Descendieron la escalera y cruzaron el vestíbulo.

En aquel preciso instante, llamaron a la puerta.

—Demasiado tarde —suspiró Brégeac.

—No —dijo ella llena de esperanza—. Quizá es él que llega y que va a…

Pensaba en su amigo de la terraza, en el convento. Había jurado que no la abandonaría nunca y que en el último minuto sabría salvarla. Obstáculos, ¿acaso había obstáculos para él? ¿No era dueño y señor de los acontecimientos y de las personas?

Llamaron de nuevo.

El viejo doméstico salía del comedor.

—Abre —le dijo Brégeac en voz baja.

Se oían cuchicheos y ruidos de botas al otro lado de la puerta.

Alguien golpeó la puerta.

—Abre —repitió Brégeac.

El doméstico obedeció.

Marescal se presentó, acompañado de tres hombres, aquellos hombres de aspecto especial que la muchacha conocía tan bien. Se apoyó en la baranda de la escalera, gimiendo tan bajo que sólo Brégeac la oyó.

—¡Ah, Dios mío, no es él!

Frente a su subalterno, Brégeac se irguió.

—¿Qué quiere usted, señor? Le había prohibido que volviera a poner los pies en esta casa.

Marescal respondió sonriendo:

—Asunto de servicio, señor director. Orden del ministro.

—¿A quién concierne esta orden?

—A usted, señor, y también a la señorita.

—¿Y quién le obliga a pedir la asistencia de tres hombres?

Marescal se puso a reír.

—¡Yo no!…, el azar… Se paseaban por aquí…, y nos hemos puesto a charlar… Pero, por poco que eso le contraríe…

Entró y vio las dos maletas.

—¡Ah, vaya! Un viajecito… Un minuto más y…, mi misión hubiera fracasado.

—Señor Marescal —pronunció firmemente Brégeac—, si tiene usted una misión que cumplir, una comunicación que hacerme, terminemos de una vez, aquí mismo.

El comisario sonrió duramente:

—Nada de escándalos, Brégeac. Nada de tonterías. Nadie sabe nada todavía, ni

siquiera mis hombres. Vayamos a su gabinete.

—Nadie sabe nada…, ¿de qué, señor?

—De lo que ocurre, y que reviste una cierta gravedad. Si su hijastra no le ha hablado de ello, quizá podremos convencerla de que es mejor una confesión sin testigos. ¿No le parece, señorita?

Blanca como una muerta, sin separarse de la barandilla, Aurélie parecía a punto de desfallecer.

Brégeac la sostuvo y declaró:

—Subamos.

La muchacha se dejó llevar y Marescal hizo entrar a sus hombres:

—No os mováis del vestíbulo, los tres, y que nadie entre ni salga, ¿de acuerdo? Usted —dijo al doméstico—, enciérrese en su cocina. Si las cosas se ponen feas daré un silbido y que Sauvinoux venga en mi ayuda. ¿Habéis entendido?

—Sí —respondió Labonce.

—¿No habrá ningún error?

—Claro que no, patrón. Sabe usted bien qué no somos colegiales y que le seguiremos como un solo hombre.

—¿Incluso contra Brégeac?

—¡Pardiez!

—¡Ah, la botella…! ¡Démela, Tony!

Cogió la botella, o más bien el cartón que la contenía y vivamente, bien dispuesto, escaló los peldaños y franqueó, dominador, el gabinete de trabajo de donde le habían echado ignominiosamente no hacía todavía seis meses. ¡Qué victoria para él! Y con qué insolencia la hizo notar al pasearse con paso macizo y tacón sonoro, contemplando de vez en cuando los retratos colgados de las paredes, que representaban a Aurélie, Aurélie niña, muchacha…

Brégeac intentó protestar, pero de inmediato Marescal le cortó la intención.

—Es inútil, Brégeac. Su debilidad consiste en no conocer las armas que tengo contra la señorita y, por consiguiente, contra usted. Cuando las conozca quizá pensará que su deber es inclinarse ante la evidencia.

Los dos enemigos, uno frente a otro, de pie, se amenazaban con la mirada. Su odio era igual, hecho de ambiciones opuestas, de instintos contrarios y, sobre todo, de una rivalidad de pasión que los acontecimientos exasperaban. Cerca de ellos, Aurélie esperaba, sentada, rígida, en una silla.

Cosa curiosa y que sorprendió a Marescal, parecía haber vuelto a dominarse. Seguía cansada, con los rasgos contraídos, no obstante no tenía, como al principio del ataque, aquel aire de impotencia y desamparo. Guardaba la actitud rígida que él le había visto en el banco de Sainte-Marie. Sus ojos, grandes, abiertos, anegados en lágrimas que resbalaban por las mejillas pálidas, miraban fijamente. ¿En qué pensaba?

A veces, la gente consigue salir del fondo del abismo. ¿Creía que él, Marescal,

sería accesible a la piedad? ¿Tenía un plan de defensa que le permitiría escapar a la justicia y al castigo?

Marescal golpeó la mesa de un puñetazo.

—¡Ya veremos!

Y dejando de lado a la muchacha, se encaró a Brégeac con tanta furia que éste tuvo que retroceder un paso. Le dijo:

—Seré breve. Los hechos, hechos solamente, de los cuales ya conoce algunos, Brégeac, como los conoce todo el mundo pero la mayoría de los cuales no han tenido más testigo que yo mismo o bien no han sido contestados más que por mí. No intente negarlos; se los diré tal como sucedieron, rodeados de su propia simplicidad. Helos aquí, en proceso verbal. Bien, el 26 de abril último…

Brégeac se estremeció.

—El 26 de abril fue el día de nuestro encuentro en el bulevar Haussmann.

—Sí, el día que su hijastra se escapó de su casa.

Y Marescal añadió claramente:

—Y también el día en que tres personas fueron asesinadas en el rápido de Marsella.

—¿Qué? ¿Qué relación tiene una cosa con otra? —preguntó Brégeac tajante.

El comisario le hizo señal de que no se impacientara. Todas las cosas serían enunciadas en su momento, en su orden cronológico. Continuó:

—Pues el 26 de abril, el coche número cinco de este rápido sólo estaba ocupado por cuatro personas. En el primer compartimiento, una inglesa, miss Bakefield, ladrona, y el barón de Limézy, pretendido explorador. En el compartimiento de cabeza, dos hombres, los hermanos Loubeaux, residentes en Neuilly-sur-Seine.

»El coche siguiente, el cuarto, además de varias personas que no tuvieron ningún papel en el asunto y que ni se dieron cuenta de nada, llevaba un comisario de investigaciones internacionales, un hombre joven y una muchacha, solos en un compartimiento del cual habían apagado la luz y bajado las cortinas, como viajeros dormidos y que, de esta manera, nadie vio, ni siquiera el comisario. Este comisario era yo, que seguía a miss Bakefield. El hombre era Guillaume Ancivel, zurupeto y ladrón de guante blanco, asiduo de esta casa, que marchaba furtivamente con su compañera.

—¡Miente usted! ¡Miente usted! —gritó Brégeac con indignación—. Aurélie está por encima de toda sospecha.

—No he dicho que esta compañera fuera la señorita —respondió Marescal.

Y prosiguió fríamente:

—Hasta Laroche, nada. Media hora más…, todavía nada. Luego el violento drama, brusco. El joven y la muchacha salen de la sombra y pasan del coche cuarto al coche quinto. Se han camuflado. Largas blusas grises, gorras y máscaras. A continuación, en la parte trasera del coche quinto, el barón de Limézy les espera. Los tres asesinan y roban a miss Bakefield. Luego el barón se hace atar por sus cómplices,

que corren hacia la parte delantera, matan y roban a los dos hermanos. De regreso, encuentro con el revisor. Batalla. Huyen mientras que el revisor encuentra al barón de Limézy atado como una víctima y declarándose robado también. He aquí el primer acto. El segundo es la huida por el bosque. Pero ya se ha dado la alarma. Yo me informo. Tomo las disposiciones necesarias enseguida. Resultado: los dos fugitivos son alcanzados, pero uno de ellos se escapa. El otro es atrapado y encerrado. Me avisan. Voy a verle en la sombra en donde se disimula. Es una mujer.

Brégeac había retrocedido todavía más y vacilaba como un hombre ebrio. Chocó contra el respaldo de un sillón y balbuceó:

—¡Está usted loco!… ¡Dice usted cosas incoherentes…! ¡Está usted loco…!

Marescal continuó, inflexible:

—Termino. Gracias al pseudobarón, de quien debía haber desconfiado, la prisionera se salva y se reúne con Guillaume Ancivel. Encuentro su pista de nuevo en Montecarlo. Luego pierdo tiempo. Busco en vano…, hasta el día que tengo la idea de volver a París y ver si sus investigaciones, las de usted Brégeac, habían sido más fructíferas y había descubierto el retiro de su hijastra. Así fue como pude precederle algunas horas al convento de Sainte-Marie y llegar a cierta terraza en donde la señorita se dejaba decir cosas dulces. Sólo que el enamorado había cambiado: en lugar de Guillaume Ancivel se trata del barón de Limézy, es decir, el tercer cómplice.

Brégeac escuchaba espantado aquellas monstruosas acusaciones. Todo aquello debía parecerle tan implacablemente cierto, explicaba con tanta lógica sus propias intuiciones y correspondía tan rigurosamente a las confidencias a medias que Aurélie acababa de hacerle a propósito de su salvador desconocido, que no intentaba protestar. De vez en cuando observaba a la muchacha, que permanecía inmóvil y callada, sin cambiar su rígida posición. Las palabras no parecían referirse a ella. Más que aquellas palabras, se hubiera dicho que escuchaba los ruidos de la calle. ¿Acaso esperaba todavía una imposible intervención?

—¿Y entonces? —dijo Brégeac.

—Entonces —replicó el comisario—, gracias a él consiguió escapar una vez más. Y le confieso que todavía hoy me río, puesto que…

Bajó el tono de voz y prosiguió:

—Puesto que tengo mi revancha… ¡Y qué revancha, Brégeac! ¿Qué, se acuerda usted…? Hace seis meses…, me sacó de aquí como a un chiquillo…, de una patada, podríamos decir… Y ahora…, ahora…, ahora la tengo, tengo a la pequeña en mis manos. Y se ha acabado.

Giró el puño como para cerrar una llave. El gesto era tan preciso, indicaba tan claramente su espantosa voluntad respecto a Aurélie, que Brégeac gritó:

—¡No, no, no es cierto, Marescal…! ¿Verdad que no…? Usted no va a entregar a esta criatura…

—En Sainte-Marie —dijo Marescal duramente— le ofrecí la paz, y ella la rechazó… ¡Peor para ella! Hoy ya es demasiado tarde.

Y al ver que Brégeac se acercaba a él con las manos tendidas, suplicante, cortó en seco los ruegos:

—¡Es inútil! ¡Peor para ella! ¡Peor para usted…! No quiso saber nada de mí…, ahora no tendrá a nadie. Y es de justicia. Pagar la deuda por los crímenes cometidos es pagármela a mí por el mal que me ha hecho. Es preciso que sea castigada y yo me vengo castigándola. ¡Peor para ella!

Daba patadas en el suelo o golpeaba la mesa con el puño mientras escanciaba imprecaciones. Obedeciendo a su naturaleza grosera, machacaba injurias dirigidas a Aurélie.

—¡Mírela, Brégeac! Ni siquiera se le ocurre pedirme perdón. Usted inclina la frente, pero ¿y ella? ¿Se humilla? ¿Y sabe usted el por qué de ese mutismo, de esta energía contenida e intratable? ¡Porque todavía espera, Brégeac! Sí, espera, estoy convencido de ello. Aquel que la ha salvado tres veces de mis garras la salvará otra vez.

Aurélie no se movía.

Marescal cogió bruscamente el auricular de un aparato telefónico y pidió la prefectura de policía.

—¿Oiga, la prefectura? Póngame en comunicación con el señor Philippe. De parte del señor Marescal.

Entonces, volviéndose hacia la muchacha, le aplicó al oído el receptor libre.

Aurélie no se movió.

Al otro extremo de la línea, una voz replicó. El diálogo, fue breve.

—¿Eres tú, Philippe?

—¿Marescal?

—Sí. Escucha. Junto a mí hay una persona a quien querría dar una certidumbre. Responde claramente a mis preguntas.

—Habla.

—¿Dónde estabas esta mañana, al mediodía?

—En el calabozo de la prefectura, como me habías pedido. He recibido al individuo que Labonce y Tony traían de tu parte.

—¿Dónde le habíamos arrestado?

—En el apartamento de la calle de Courcelles, donde vive, frente mismo de la casa de Brégeac.

—¿Lo han registrado?

—Ante mí.

—¿Bajo qué nombre?

—Barón de Limézy.

—¿Inculpado de qué?

—De ser el jefe de los bandidos del asunto del rápido.

—¿Le has visto desde esta mañana?

—Sí, ahora mismo en el servicio antropométrico. Está todavía allí.

—Gracias Philippe. Es todo lo que quería saber. Adiós. —Colgó el receptor y exclamó—: ¡Ves, mi bella Aurélie, dónde está el salvador! ¡Encerrado! ¡Esposado!

Ella pronunció:

—Ya lo sabía.

Marescal lanzó una carcajada:

—¡Lo sabía! ¡Y, sin embargo, le esperaba! ¡Ah, es curioso! ¡Tiene toda la policía y toda la justicia a sus espaldas! ¡Es un pingajo, un harapo, una brizna de paja, una pompa de jabón, y todavía le espera! ¡Los muros de la prisión se derrumbarán! ¡Los guardias le traerán hasta aquí en automóvil! ¡Helo aquí! ¡Entrará por la chimenea, por el techo!

Estaba fuera de sí y sacudía brutalmente a la muchacha por la espalda, pero ella permanecía impasible y distraída.

—¡No puedes hacer nada, Aurélie! ¡Ya no te queda esperanza! El salvador está perdido. El barón está emparedado. Y dentro de una hora, te habrá llegado el momento, mi preciosa. ¡Te cortarán el pelo! ¡Saint-Lazare, el tribunal! ¡Ah, pillina! Ya he llorado bastante por tus hermosos ojos verdes, ahora les toca el turno a ellos…

No terminó la frase. Detrás de él Brégeac se había levantado y le había agarrado el cuello con una de sus manos febriles. El acto había sido espontáneo. Desde el primer segundo en que Marescal había tocado el hombro de la muchacha, Brégeac se había deslizado hacia él, trastornado por tal ultraje. Marescal se inclinó bajo aquel impulso y los dos hombres rodaron por el suelo.

El combate fue encarnizado. Uno y otro ponían una rabia que su rivalidad odiosa exacerbaba; Marescal era más vigoroso y más poderoso, pero Brégeac actuaba con tal furor que el desenlace fue incierto durante mucho tiempo.

Aurélie les miraba con horror, pero no se movía. Ambos eran enemigos suyos, igualmente execrables.

Por fin Marescal, que se había sacudido la garra de aquellas manos asesinas, intentaba visiblemente alcanzar su bolsillo para sacar el *browning.* Pero el otro le torcía el brazo y todo lo que pudo hacer fue sacar su silbato que colgaba de la cadena del reloj. Resonó un silbido estridente. Brégeac redobló sus esfuerzos para agarrar de nuevo a su enemigo por el cuello. La puerta se abrió. Una silueta saltó y se precipitó sobre los adversarios. Casi en el momento en que Marescal se vio libre, Brégeac vio a diez centímetros de sus ojos el cañón de un revólver.

—¡Bravo Sauvinoux! —gritó Marescal—. El incidente le será tenido en cuenta, amigo mío.

Su cólera era tan aguda que cometió la cobardía de escupir sobre el rostro de Brégeac.

—¡Miserable! ¡Bandido! ¿Y te imaginas que te verás libre por tan poco precio? Tu dimisión para empezar, y a continuación… El ministro lo exige… La tengo en el bolsillo. No tienes más que firmar.

Exhibió un papel.

—Tu dimisión y las confesiones de Aurélie. Lo he redactado todo de antemano… Tu firma, Aurélie… Toma, lee…: «Confieso que he participado en el crimen del rápido, el 26 de abril último, que he disparado sobre los hermanos Loubeaux… Confieso que…». En fin, toda la historia resumida… No vale la pena leerla… ¡Firma! ¡No perdamos tiempo!

Había mojado su pluma de tinta y se obstinaba en hacérsela coger por la fuerza.

Lentamente, Aurélie separó la mano del comisario, cogió la pluma y firmó, según la voluntad de Marescal, sin tomarse la molestia de leer. Rubricó. La mano no temblaba en absoluto.

—¡Ah! —exclamó él con un suspiro de alegría—. ¡Ya está! No creía que iría tan rápido. Una buena actitud, Aurélie. Has comprendido la situación. ¿Y tú, Brégeac?

Sacudió la cabeza. Se negaba a firmar.

—¡Vaya! ¿Con que ésas tenemos? ¿El señor no quiere? ¿El señor se figura que va a permanecer en su puesto? ¿Por el honor de ser el padrastro de una criminal, quizá? ¡Ah, ésta sí que es buena! ¿Y continuarás dándome órdenes, Brégeac, a mí, a Marescal? ¡No me digas! ¡Se te ocurre cada cosa, camarada! ¿Crees acaso que el escándalo no será suficiente para desarmarte y que mañana, cuando se lea en los periódicos el arresto de la pequeña tú no te verás obligado a…?

Los dedos de Brégeac se cerraron alrededor de la pluma que Marescal le tendía. Leyó el texto de dimisión. Vaciló.

Aurélie le dijo:

—Firme, señor.

Firmó.

—Ya está —dijo Marescal poniéndose los dos papeles en el bolsillo—. Las confesiones y la dimisión. Mi superior abajo, lo que supone una plaza libre, ¡que me ha sido prometida! Y la pequeña en prisión, lo que me curará poco a poco del amor que me roía.

Dijo aquello cínicamente, mostrando el fondo de su alma, y añadió con una risa cruel:

—Y eso no es todo, Brégeac, pues todavía no dejo la partida. Iré hasta el final.

Brégeac sonrió amargamente.

—¿Quiere usted ir más lejos todavía? ¿Y de qué servirá?

—Más lejos, Brégeac. Los crímenes de la pequeña es algo perfecto, pero ¿por qué pararse aquí?

Clavó sus ojos en los de Brégeac, que murmuró:

—¿Qué quiere usted decir?

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Si no lo supieras, si no fuera cierto no habrías firmado y no admitirías que te hablara en ese tono. Tu resignación es una confesión… y si puedo tutearte, Brégeac, es porque tienes miedo.

Brégeac protestó:

—No tengo miedo de nada. Soportaré el peso de lo que ha hecho esta desgraciada

en un momento de locura.

—Y el peso de lo que hiciste tú Brégeac.

—Fuera de esto de ahora no hay nada.

—Fuera de esto —continuó Marescal con tono sordo— hay el pasado. No hablemos más del crimen de hoy, pero ¿y el del pasado, Brégeac?

—¿El del pasado? ¿Qué crimen? ¿Qué significa…?

Marescal dio un puñetazo sobre la mesa, argumento supremo para él y que subrayaba una explosión de cólera.

—¿Quieres explicaciones? Soy yo quien las pido, ¿no? ¿Qué significa cierta expedición al borde del Sena, recientemente, un domingo por la mañana…? ¿Y tu actuación ante la villa abandonada…? ¿Y tu persecución del hombre del saco? ¡Vamos! ¿Tendré que refrescarte la memoria y recordarte que esta villa era la de los hermanos que tu hijastra ha suprimido y que el individuo del saco es un tal Jodot, a quien hago buscar en la actualidad? Jodot, el socio de los dos hermanos… Jodot, que habían encontrado en la casa… ¡Vamos, mira cómo todo concuerda…! ¡Cómo se descubre la relación entre tantas maquinaciones…!

Brégeac levantó los hombros y barbotó:

—Absurdos… Hipótesis imbéciles…

—Hipótesis, sí, impresiones a las que antes no hacía caso cuando venía aquí y cuando olía, como un buen sabueso, todo cuanto había de embarazo, de reticencia, de aprensión confusa en tus actos y en tus palabras… Pero hipótesis que se confirman poco a poco, desde hace algún tiempo… y que voy a cambiar en certidumbres, Brégeac… Sí, tú y yo… y sin que sea posible esquivar nada… una prueba irrecusable, una confesión, Brégeac, que vas a hacer voluntariamente… aquí… ahora…

Cogió el cartón que había traído y depositado sobre la chimenea. Lo desató. Contenía uno de esos estuches de paja que sirven para proteger botellas. Había una, que Marescal sacó y que colocó ante Brégeac.

—Mira, camarada. ¿La reconoces? Es la que robaste al señor Jodot, la que yo te quité y que otro me robó ante ti. ¿Este otro? Sencillamente el barón de Limézy, en cuya casa la he encontrado. ¿Comprendes ahora mi alegría? Es un verdadero tesoro esta botella. Hela aquí, Brégeac, con su etiqueta y la fórmula de un agua cualquiera… Agua de Jouvence. ¡Hela aquí, Brégeac! Limézy le puso un tapón y la lacró con cera roja. Mírala bien… se ve un rollo de papel en el interior. Era eso lo que tú querías quitar a Jodot… una confesión sin duda… una pieza comprometedora de tu escritura… ¡Ah, mi pobre Brégeac…!

Marescal triunfaba. Mientras hacía saltar la cera y descorchaba la botella, lanzaba al azar palabras e interjecciones:

—¡Marescal, célebre en el mundo entero…! ¡Detención de los asesinos del rápido…! ¡El pasado de Brégeac…! ¡Cuántos golpes de teatro en la investigación y en los tribunales…! Sauvinoux, ¿tienes las esposas para la pequeña? Llama a

Labonce y a Tony… ¡Ah, la victoria… la victoria completa…!

Puso la botella boca abajo y la sacudió. El papel del interior salió. Lo desdobló y, llevado por su discurso fogoso como un corredor al que el impulso precipita más allá de la meta, leyó sin pensar en el significado de lo que decía:

—«Marescal es una calabaza».

10

Palabras que valen como actos

Hubo un silencio de estupor que prolongó la frase inconcebible. Marescal estaba aturdido, como un boxeador a punto de derrumbarse de un golpe en el estómago. Brégeac, amenazado todavía por el revólver de Sauvinoux, también parecía desconcertado.

Y de pronto estalló una risa nerviosa, involuntaria, pero que, no obstante, sonaba alegremente en la atmósfera pesada de la habitación. Era Aurélie, a quien el rostro derrotado del comisario lanzaba a aquel acceso de hilaridad verdaderamente intempestivo. El hecho, sobre todo, de que la frase cómica hubiera sido pronunciada en voz alta por quien era objeto de ridículo le hacía saltar lágrimas de los ojos:

—¡Marescal es una calabaza!

Marescal la consideró sin disimular su inquietud. ¿Cómo era posible que la muchacha tuviera tal crisis de risa en la situación espantosa en que se encontraba, ante él, jadeante bajo la garra del adversario?

«La situación ya no es la misma», debía decirse Marescal. «¿Qué es lo que ha cambiado?».

Y sin duda relacionaba aquella risa inopinada con la actitud extrañamente tranquila de la muchacha desde el principio del combate. ¿Qué esperaba? ¿Era posible que, en medio de acontecimientos que deberían haberla hecho caer de rodillas, conservara un punto de apoyo cuya solidez le parecía inquebrantable?

Todo aquello se presentaba bajo un aspecto ciertamente desagradable y dejaba entrever una trampa hábilmente tendida. Había peligro al acecho. Pero ¿de qué lado vendría la amenaza? ¿Cómo admitir, incluso, que pudiera producirse un ataque cuando no había descuidado ninguna medida de precaución?

—Si Brégeac se mueve, peor para él… Una bala entre los ojos —ordenó a Sauvinoux.

Fue hasta la puerta y la abrió.

—¿Nada nuevo ahí abajo?

—¿Patrón?

Se inclinó por encima de la barandilla de la escalera.

—¿Tony…? ¿Labonce…? ¿No ha entrado nadie?

—Nadie, patrón. ¿Ha habido pelotera arriba?

—No… no…

Cada vez más desamparado, volvió al gabinete de trabajo. Brégeac, Sauvinoux y la muchacha no se habían movido. Solamente… Solamente se producía una cosa inaudita, increíble, inimaginable, fantástica, que le cortó las piernas y le inmovilizó

en el encuadre de la puerta. Sauvinoux tenía entre los labios un cigarrillo apagado y le contemplaba como si fuera a pedirle fuego.

Visión de pesadilla, tan violentamente opuesta a la realidad que Marescal se negó, al principio, a darle el sentido que comportaba. Sauvinoux, por una aberración que sería castigada, quería fumar y reclamaba fuego, eso era todo. ¿Por qué buscar más lejos? Pero poco a poco la cara de Sauvinoux se iluminó con una sonrisa socarrona en la que había tanta malicia impertinente que Marescal intentó vanamente eludirla. Sauvinoux, el subalterno Sauvinoux se convertía insensiblemente, en su espíritu, en un ser nuevo que ya no era un agente y que, por el contrario, pasaba al campo adverso. Sauvinoux era…

En las circunstancias ordinarias de su profesión, Marescal se habría debatido con más fuerza contra el asalto de un hecho tan monstruoso. Pero los acontecimientos más fantasmagóricos le parecían naturales cuando se trataba de aquel a quien llamaba el hombre del rápido. Aunque Marescal no quería pronunciar, ni siquiera en el fondo de sí mismo, la palabra de confesión irremediable y someterse a una realidad verdaderamente odiosa, ¿cómo eludir la evidencia? ¿Cómo no saber que Sauvinoux, notable agente que el ministro le había recomendado ocho días antes, no era otro que el personaje infernal que había detenido por la mañana y *que se encontraba en aquel momento en el calabozo de la prefectura; en las salas del servicio antropométrico*?

—¡Tony! —chilló el comisario saliendo por segunda vez—. ¡Tony, Labonce! ¡Subid inmediatamente, maldita sea!

Llamaba, vociferaba, se agitaba, golpeaba, chocaba contra las paredes de la caja de la escalera como un mosquito contra los cristales de una ventana.

Sus hombres se le reunieron rápidamente. Tartamudeó:

—Sauvinoux… ¿Saben quién es Sauvinoux? Es el tipo de esta mañana… el tipo de enfrente, evadido, disfrazado…

Tony y Labonce parecían consternados.

El patrón deliraba. Los empujó dentro de la pieza y luego, armándose con un revólver, gritó:

—¡Arriba las manos, bandido! ¡Arriba las manos! Labonce, apúntale tú también.

Sin hacer caso, después de haber colocarlo un pequeño espejo de bolsillo sobre la mesa, el señor Sauvinoux empezaba a desmaquillarse cuidadosamente. Incluso había dejado cerca de él el *browning* con el que amenazaba a Brégeac no hacía más que unos minutos.

Marescal dio un salto hacia adelante, cogió el arma y retrocedió inmediatamente con los dos brazos extendidos.

—¡Arriba las manos o disparo! ¿Me oyes, miserable?

El «miserable» no pareció emocionarse. Frente a los *brownings* apuntando a tres metros de él, se arrancaba algunos pelos falsos que dibujaban arrugas en sus mejillas o que daban a sus cejas un espesor insólito.

—¡Disparo! ¡Disparo! ¿Me oyes, canalla? ¡Cuento hasta tres y disparo! Uno…

dos… tres…

—Vas a hacer una tontería, Rodolphe —murmuró Sauvinoux.

Rodolphe hizo la tontería. Había perdido la cabeza. Con las dos manos tiró al azar, hacia la chimenea, sobre los cuadros, estúpidamente, como un asesino que siente el olor de la sangre y que planta puñetazos en el cadáver jadeante. Brégeac se doblaba bajo la ráfaga. Aurélie no hizo ni un gesto. Puesto que su salvador no intentaba protegerla, puesto que dejaba hacer a Marescal, era que no había nada que temer. Su confianza era tan absoluta que casi sonreía. Con el pañuelo untado con un poco de grasa, Sauvinoux se quitaba el colorete de su cara. Raoul aparecía poco a poco.

Habían estallado seis detonaciones. Salía humo. Cristales rotos, estallidos de mármol, cuadros rajados… la habitación parecía haber sido tomada por asalto. Marescal, avergonzado de su crisis de demencia, se contuvo y dijo a sus agentes:

—Espérenme en el descansillo. A la menor llamada, entrad.

—Veamos, patrón —insinuó Labonce—. Puesto que Sauvinoux ya no es Sauvinoux, sería mejor embalar al personaje. No me ha gustado nunca desde el momento en que usted lo puso a su servicio, la pasada semana. ¿De acuerdo? ¿Lo cogemos entre los tres?

—Haz lo que te digo —ordenó Marescal, para quien la proporción de tres a uno no era, sin duda, suficiente.

Los sacó fuera y cerró la puerta a sus espaldas. Sauvinoux acababa su transformación, se giraba la chaqueta, arreglaba el nudo de su corbata y se levantaba. Otro hombre apareció. El pequeño policía enclenque y de aspecto lastimoso se convertía en un hombre seguro de sí mismo, bien vestido, elegante y joven, en quien Marescal reencontraba a su perseguidor habitual.

—La saludo, señorita —dijo Raoul—. ¿Puedo presentarme? Barón de Limézy, explorador… y policía desde hace una semana. Me ha reconocido usted en seguida, ¿verdad? Sí, lo he adivinado, abajo, en el vestíbulo… Sobre todo, guarde silencio, pero vuelva a reír, señorita. ¡Ah, su risa, qué fácil era de comprender! ¡Y qué recompensa ha sido para mí! Saludó a Brégeac.

—A su disposición, señor.

Luego, volviéndose hacia Marescal, le dijo alegremente:

—Buenos días, viejo amigo. ¡Ah, tú, por ejemplo, no me habías reconocido! Todavía te preguntas cómo he podido quitar el sitio a Sauvinoux. ¡Y es que crees en Sauvinoux! ¡Señor Todopoderoso! ¡Decir que existe un hombre que ha creído en Sauvinoux y que este hombre tiene un grado de pez gordo en el mundo policiaco! No, mi buen Rodolphe, Sauvinoux no ha existido nunca. Sauvinoux es un mito, un personaje irreal cuyas cualidades han sido cantadas a tu ministro y el ministro te ha impuesto su colaboración por intermedio de su mujer. Así es que, desde hace diez días, estoy a tu servicio, es decir, que yo te dirijo hacia el buen camino, que te he indicado la vivienda del barón de Limézy, que me he hecho detener a mí mismo esta

mañana y que he descubierto, allí donde la había escondido, la magnífica botella que proclama esta fundamental verdad: «Marescal es una calabaza».

Se hubiera creído que el comisario iba a lanzarse sobre Raoul y agarrarle por el cuello. Pero se dominó.

Raoul prosiguió con aquel tono que tranquilizaba a Aurélie y que en cambio azotaba a Marescal como un látigo.

—¿No las tienes todas contigo, Rodolphe? ¿Qué murmuras? ¿Te molesta que esté aquí y no en una celda? ¿Y te preguntas cómo he podido ir a prisión como Limézy y acompañarte como Sauvinoux? ¡Vamos, muchacho, detective de pacotilla! Pero, mi viejo Rodolphe, ¡es sencillísimo! La invasión de mi domicilio ha sido preparada por mí y he sustituido el barón de Limézy por un individuo bien pagado que tenía una vaga semejanza con el barón y al que he dado como consigna aceptar todas las desaventuras que podrían ocurrirle hoy. Conducido por mi vieja criada, tú has caído como un toro sobre el individuo al que yo, Sauvinoux, he envuelto inmediatamente la cabeza con un pañuelo. ¡Y hacia el calabozo!

»Resultado: desembarazado del temible Limézy y absolutamente seguro, has venido a detener a la señorita, cosa que no te habrías atrevido a hacer si yo hubiera estado libre. *Ahora bien, era necesario que se hiciera.* ¿Comprendes, Rodolphe? Era preciso. Era precisa esta pequeña sesión entre nosotros cuatro. Era preciso que se pusieran todos los puntos sobre las íes para no tener que volver sobre ellas. ¡Y cómo se han aclarado las cosas! ¡Qué bien estamos ahora!, ¿verdad? ¡Cómo nos sentimos libres de un montón de pesadillas! Qué agradable es, incluso para ti, pensar que dentro de diez minutos la señorita y yo vamos a largarnos de aquí.

A pesar de la rechifla horripilante, Marescal había recobrado su sangre fría. Quería parecer tan tranquilo como su adversario y, con gesto descuidado, cogió el teléfono.

—¡Oiga…! La prefectura de policía, por favor… ¡Oiga…! ¿La prefectura? Póngame con el señor Philippe… ¿Oiga… eres tú, Philippe…? ¿Y bien…? ¡Ah, ya…! ¿Ya os habéis dado cuenta del error…? Sí, estoy al corriente y, como tú, no puedo creerlo… Escucha… Toma a dos ciclistas contigo… ¡dos tipos…! y rápidamente aquí, en casa de Brégeac… Llama… ¿Comprendido, eh? No pierdas ni un segundo.

Colgó y observó a Raoul.

—Te has descubierto demasiado pronto, amigo mío —dijo burlón y visiblemente satisfecho de su nueva actitud—. El ataque ha fallado… y ya conoces la respuesta. En el rellano, Labonce y Tony. Aquí, Marescal con Brégeac, quien, en el fondo, no tiene nada que ganar contigo. Esto de principio si es que tenías la idea fantástica de liberar a Aurélie. Y además, dentro de veinte minutos, tres especialistas de la prefectura. ¿No es suficiente?

Raoul se ocupaba gravemente en plantar cerillas en una ranura de la mesa. Plantó siete en fila india y una sola, separada.

—Caramba —dijo—. Siete contra uno. Es poca cosa. ¿En qué os vais a convertir?

Avanzó tímidamente la mano hacia el teléfono.

—¿Me permites?

Marescal le dejó hacer sin dejar de vigilarle. Raoul, a su vez, cogió un auricular:

—¿Oiga…? El número Elysée 22.23, señorita. ¿Oiga…? ¿El presidente de la República? Señor presidente, envíe urgentemente al señor Marescal un batallón de cazadores a pie…

Furioso, Marescal le arrebató el teléfono.

—¡Ya basta de tonterías! ¡Supongo que si has venido aquí no ha sido para hacer bromas! ¿Qué pretendes? ¿Qué quieres?

Raoul hizo un gesto de desolación.

—No tienes sentido del humor. Y, sin embargo, es la mejor ocasión para bromear un poco.

—Habla —exigió el comisario.

Aurélie suplicó:

—Se lo ruego…

Raoul dijo riendo:

—Señorita, usted tiene miedo de los «tipos» de la prefectura y quiere que nos dejemos de bromas y no perdamos el tiempo. Tiene usted razón. Hablemos.

Su voz se había vuelto más seria. Repitió:

—Hablemos… puesto que tú también lo quieres, Marescal. Sin embargo, hablar es actuar, y nada vale tanto como la realidad sólida de ciertas palabras. Si soy el amo de la situación, lo soy por dos razones todavía secretas, pero que necesito exponer si quiero dar a mi victoria unas bases inquebrantables… y convencerte.

—¿De qué?

—De la inocencia absoluta de la señorita —dijo claramente Raoul.

—¡Oh! —rió entre dientes el comisario—. ¿No ha matado?

—No.

—¿Y tú tampoco, tal vez?

—Yo tampoco.

—¿Quién ha sido, pues?

—Otros.

—¡Mentira!

—Verdad. Te has equivocado de un extremo a otro de la historia, Marescal. Te repito lo que te dije en Montecarlo: apenas conozco a la señorita. Cuando la salvé, en la estación de Beaucourt, sólo la había visto una vez, aquella tarde en el salón de té del bulevar Haussmann. Fue en Sainte-Marie en donde tuvimos, ella y yo, algunas entrevistas. Ahora bien, en el curso de estas entrevistas siempre evitó hacer alusiones a los crímenes del rápido y yo nunca la interrogué al respecto. La verdad se ha establecido al margen de ella, gracias a mis esfuerzos encarnizados y gracias, sobre todo, a mi convicción instintiva y, sin embargo, sólida como un razonamiento, de que

con este rostro suyo no se puede ser una criminal.

Marescal se encogió de hombros, pero no protestó. A pesar de todo sentía curiosidad por saber cómo podía interpretar los acontecimientos aquel extraño personaje.

Consultó el reloj y sonrió. Philippe y los «tipos» de la prefectura se acercaban.

Brégeac escuchaba sin comprender y miraba a Raoul. Aurélie, ansiosa de repente, no le quitaba los ojos de encima.

Empezó utilizando los mismos términos que había utilizado Marescal.

—El 26 de abril último, el coche número cinco del rápido de Marsella no iba ocupado más que por cuatro personas. Una inglesa, miss Bakefield…

Pero se interrumpió bruscamente, reflexionó durante unos segundos y prosiguió con tono resuelto:

—No, no es así que hay que proceder. Hay que empezar de más adelante, por la fuente de los hechos y desarrollar toda la historia, lo que se podría llamar las dos épocas de la historia. Ignoro algunos detalles, pero lo que sé y lo que se puede suponer con toda certeza es suficiente para que todo se aclare y para que todo se encadene.

Y pronunció lentamente:

—Hace alrededor de dieciocho años —repito la cifra, Marescal… dieciocho años… es decir, la primera época de la historia—, hace, pues, dieciocho años, en Cherbourg, cuatro personas jóvenes se reunían en un café de manera bastante regular. Una de estas personas se llamaba Brégeac, secretario en el comisariado marítimo. Otro era un tal Jacques Ancivel, otro Loubeaux y un tal señor Jodot. Relaciones superficiales que no duraron puesto que los tres últimos rompieron su amistad con la justicia y el puesto administrativo del primero, es decir, Brégeac, no le permitía continuar frecuentándolos. Por otra parte, Brégeac se casó y vino a vivir a París.

»Se había casado con una viuda, madre de una niñita llamada Aurélie d’Asteux. El padre de su mujer, Étienne d’Asteux, era un viejo extravagante de provincias, inventor, buscador incansable siempre al acecho y que, varias veces, había estado a punto de conseguir una gran fortuna o de descubrir el gran secreto que hace posible esta gran fortuna. Ahora bien, con anterioridad a la boda de su hija con Brégeac, le pareció haber descubierto definitivamente el gran secreto. Por lo menos así lo pretendía en las cartas escritas a su hija, al margen de Brégeac, y para probárselo la hizo viajar un día con la pequeña Aurélie. Viaje clandestino, del cual desgraciadamente Brégeac tuvo conocimiento, no más tarde como cree la señorita, sino de inmediato. Entonces Brégeac interroga a su mujer. La señora, callándose lo esencial, tal como había jurado a su padre, y negándose a revelar el lugar visitado, hace algunas confesiones que hacen creer a Brégeac que Étienne d’Asteux ha ocultado un tesoro en algún lugar. ¿Dónde? ¿Y por qué no gozar de él desde aquel momento? La existencia del matrimonio se hace penosa. Brégeac se irrita cada día más, importuna a Étienne d’Asteux, interroga a la chiquilla, que no responde,

persigue a su mujer, la amenaza… en pocas palabras, vive en una agitación creciente.

»Entonces dos acontecimientos colman su exasperación. Su mujer muere de una pleuresía. Se entera de que su suegro d’Asteux, atacado por una grave enfermedad, está condenado a morir. Para Brégeac es el fin. ¿Qué será del secreto si Étienne d’Asteux no habla? ¿Qué será del tesoro si Étienne d’Asteux lo lega a su nieta Aurélie “como regalo de mayoría de edad” (la expresión se encuentra en una de sus cartas)? Entonces, ¿qué? ¿Nada habrá para Brégeac? ¿Pasarán por su lado sin afectarle todas esas riquezas que él presume fabulosas? Es preciso saber, a cualquier precio y sin importar los medios.

»Un azar funesto le proporciona este medio. Encargado de un asunto en el que persigue a los autores de un robo, echa mano del trío de sus antiguos camaradas de Cherbourg, Jodot, Loubeaux y Ancivel. La tentación es grande para Brégeac. Sucumbe y habla. Inmediatamente se cierra el trato. Para los tres bribones se trata de la libertad inmediata. Se largarán hacia el pueblo provenzal en donde agoniza el viejo y le arrancaran, de grado o a la fuerza, las indicaciones necesarias. Complot fracasado. El viejo, asaltado en plena noche por los tres malhechores, obligado a responder, brutalizado, muere sin decir una palabra. Los tres asesinos se escapan. Brégeac tiene en su conciencia un crimen del cual no ha sacado ningún beneficio».

Raoul de Limézy hizo una pausa y observó a Brégeac. Éste se mantenía callado. ¿No quería protestar contra aquellas acusaciones inverosímiles? ¿Confesaba? Se hubiera dicho que todo aquello le era indiferente y que la evocación del pasado, por muy terrible que fuera, no podía aumentar su angustia presente.

Aurélie había escuchado con el rostro entre las manos y sin manifestar sus impresiones. Pero Marescal recobraba poco a poco su aplomo, ciertamente sorprendido de que Limézy revelara ante él unos hechos tan graves y le entregara, atado de pies y manos, a su viejo enemigo Brégeac. Y de nuevo consultó el reloj.

Raoul prosiguió:

—Así, pues, crimen inútil, pero cuyas consecuencias se hicieron sentir duramente aunque la justicia no haya sabido nunca nada. Primeramente, uno de sus cómplices, Jacques Ancivel, espantado, se embarca hacia América. Antes de partir lo confía todo a su mujer. Ésta se presenta en casa de Brégeac y le obliga, bajo amenaza de una denuncia inmediata, a firmar un papel por el cual carga con toda la responsabilidad del crimen cometido contra Étienne d’Asteux y declara la inocencia de los tres culpables. Brégeac tiene miedo y, estúpidamente, firma. Entregado a Jodot, el documento es escondido por éste y por Loubeaux en una botella que han encontrado bajo la almohada de Étienne d’Asteux y que conservan por casualidad. Desde ahora tienen a Brégeac en su poder y pueden hacerle cantar cuando quieran.

»Le tienen, pero son individuos inteligentes y prefieren, más que agotarse en pequeños chantajes, dejar que Brégeac gane grandes sumas en la administración. En el fondo no tienen más que una idea: el descubrimiento de este tesoro del que Brégeac tuvo la imprudencia de hablarles. Ahora bien, Brégeac no sabe nada todavía.

Nadie sabe nada… nadie excepto esta muchacha *que ha visto el paisaje* y que, en el misterio de su alma, guarda obstinadamente la consigna del silencio. Así pues, es preciso esperar y vigilar. Cuando salga del convento en el que Brégeac la ha encerrado, actuará…

»Aurélie vuelve del convento y a la mañana siguiente de su llegada, hace dos años, Brégeac recibe una nota en la que Jodot y Loubeaux le anuncian que están totalmente a su disposición para la búsqueda del tesoro. Que haga hablar a la pequeña y que les tenga al corriente. De lo contrario…

»Para Brégeac, aquello es un rayo fatal. Después de doce años, creía que el asunto había sido enterrado definitivamente. En el fondo, a él ya no le interesaba, le recuerda un crimen que le produce horror y una época de la que se acuerda con angustia. ¡Y he aquí que todas aquellas infamias salen de las tinieblas! ¡He aquí que surgen sus camaradas de antaño! ¡Jodot le persigue hasta aquí, está en sus manos! ¿Qué hacer?

»La cuestión planteada es de las que ni siquiera se discuten. Lo quiera o no, es preciso obedecer, es decir, atormentar a su hijastra y obligarla a hablar. Se decide a hacerlo impulsado también, por lo demás, por una necesidad de saber y de enriquecerse que de nuevo le invade. Desde entonces no pasa ni un día sin que se produzcan interrogatorios, disputas, amenazas. La desgraciada es acosada en sus pensamientos y sus recuerdos. Se llama con insistencia a esta puerta cerrada detrás de la cual, siendo niña, encerró un pequeño grupo de débiles imágenes e impresiones. Desearía vivir: no le dejan. Querría divertirse, incluso lo hace algunas veces, frecuenta amigas, hace teatro, canta… Pero, de regreso, otra vez el martirio de cada minuto.

»Un martirio al que se une otra cosa verdaderamente odiosa y que apenas oso evocar: el amor de Brégeac. No hablemos de ello. De eso sabes tú tanto como yo, Marescal, puesto que desde el momento en que pusiste los ojos en Aurélie d’Asteux, entre Brégeac y tú surgió el odio feroz de dos rivales.

»Así es que, poco a poco, la huida se presenta a la víctima como la única salida posible. La anima a ello un personaje que Brégeac soporta a su pesar: Guillaume, el hijo del último camarada de Cherbourg. La viuda Ancivel lo tenía en reserva. Ahora juega su partida, hasta el momento en la sombra, muy hábilmente, sin despertar desconfianza. Guiado por su madre y sabiendo que Aurélie d’Asteux será libre, el día en que ame, de confiar su secreto al elegido de su corazón, sueña con hacerse amar. Propone su ayuda. Llevará a la muchacha al Mediodía, en donde, precisamente, según dice, le llaman sus ocupaciones.

»Y llega el 26 de abril.

»Fíjate bien, Marescal, en la situación de los actores del drama en esta fecha y de qué manera se presentan las cosas. En principio, la señorita se escapa de su prisión. Feliz por la próxima libertad, ha consentido, por última vez, a tomar el té con su padrastro en una pastelería del bulevar Haussmann. Te encuentra allí por casualidad. Escándalo. Brégeac la lleva a su casa. Ella se escapa y se reúne, en la estación, con

Guillaume Ancivel.

»En esta ocasión, Guillaume tiene dos asuntos. Seducirá a Aurélie pero, al mismo tiempo, efectuará un robo en Niza, bajo la dirección de la famosa miss Bakefield, en cuya banda está afiliado. Y es así como la infortunada inglesa se encuentra envuelta en un drama en el que no tenía ningún papel.

»En fin, tenemos ahora a Jodot y a los dos hermanos Loubeaux. Los tres han actuado con tanto cuidado que Guillaume y su madre ignoran que han reaparecido y que los tienen como competidores. Pero los tres bandidos han seguido todas las maniobras de Guillaume, saben todo lo que se hace y se proyecta en la casa y están presentes el 26 de abril. Tienen su plan a punto: raptarán a Aurélie y la obligarán *a hablar por el medio que sea.* Está claro, ¿verdad?

»Y ahora, he aquí la distribución de los sitios ocupados. Coche número cinco: en cola, miss Bakefield y el barón de Limézy; en cabeza, Aurélie y Guillaume Ancivel… ¿Comprendes, verdad Marescal? *A la cabeza del coche,* Aurélie y Guillaume, y no los dos hermanos Loubeaux como se ha creído hasta ahora. Los dos hermanos, así como Jodot, están en otra parte. Están en el coche número cuatro, en el tuyo, Marescal, bien disimulados detrás de la cortina. ¿Comprendes?

—Sí —dijo Marescal en voz baja.

—¡No está mal! Y el tren parte. Pasan dos horas. Estación de Laroche. Se parte de nuevo. Es el momento. Los tres hombres del coche cuatro, es decir, Jodot y los hermanos Loubeaux salen de su compartimiento oscuro. Van enmascarados, vestidos con blusas grises y tocados con gorras. Penetran en el coche cinco. De repente, a la izquierda, dos siluetas dormidas, un señor y una dama cuyos cabellos rubios entresalen de la manta. Jodot y el mayor de los hermanos se precipitan mientras que el otro vigila. El barón es aturdido y atado. La inglesa se defiende. Jodot la coge por el cuello y sólo entonces se da cuenta del error cometido: no se trata de Aurélie sino de otra mujer de pelo rubio dorado. En este momento el hermano pequeño lleva a los dos cómplices al otro extremo del vagón en donde se encuentran realmente Guillaume y Aurélie. Pero una vez allí todo cambia. Guillaume ha oído ruido. Está en guardia. Tiene un revólver y el resultado del combate es inmediato: dos disparos y los dos hermanos caen. Jodot se escapa.

«¿Estamos de acuerdo, verdad Marescal? Tu error, mi error del principio, el error de la magistratura, el error de todo el mundo, es que se han juzgado los hechos según las apariencias y según esta regla, muy lógica por lo demás: cuando hay un crimen, los muertos son las víctimas y los fugitivos los criminales. No se ha pensado que puede suceder a la inversa, que los agresores pueden resultar muertos y que los asaltados, sanos y salvos, pueden huir. ¿Y cómo no pensaría Guillaume en la huida? Si hubiera esperado habría sido su perdición.

»Guillaume, el ladrón, no admite que la justicia meta las narices. A la menor investigación, los recovecos de su existencia equívoca surgirán con total claridad. ¿Va a resignarse? Sería estúpido, sobre todo cuando el remedio está al alcance de la mano.

No duda ni un momento, empuja a su compañera, le demuestra el escándalo de la aventura, escándalo para ella, para Brégeac. Inerte, el cerebro en desorden, espantada por lo que ha visto y por la presencia de los dos cadáveres, se deja llevar. Guillaume le pone a la fuerza la blusa y la máscara del más joven de los hermanos. Él también se disfraza, la arrastra, se lleva las maletas para no dejar nada tras de sí. Y corren los dos a lo largo del corredor, chocan con el revisor y saltan del tren.

»Una hora más tarde, después de una espantosa persecución a través del bosque, Aurélie es atrapada, hecha prisionera y lanzada ante su más implacable enemigo: Marescal. Se siente perdida.

»Pero ahora viene el golpe de teatro. Entro yo en escena…».

Nada, ni la gravedad de las circunstancias, ni la actitud dolorosa de la muchacha, que lloraba al recordar la noche maldita, nada hubiera impedido a Raoul hacer el gesto del señor que entra en escena. Se levantó, se dirigió hasta la puerta y retrocedió dignamente con toda la seguridad de un actor cuya intervención va a producir un efecto fulminante.

—Así pues, entro en escena —repitió con una sonrisa satisfecha—. Había llegado el momento. Estoy seguro de que, también tú, Marescal, te alegras de encontrar en medio de esta turba de estúpidos e imbéciles a un hombre honesto que se dedica, inmediatamente e incluso sin saber nada, y simplemente porque la señorita tiene unos hermosos ojos verdes, a defender la inocencia perseguida. En fin, he aquí una voluntad firme, una mirada clarividente, unas manos tranquilizadoras, un corazón generoso. Es el barón de Limézy. Desde el momento en que llega él, todo se arregla. Los acontecimientos se comportan como muchachitos sensatos y el drama termina con risas.

Segundo paseo. Luego se inclina hacia la muchacha y le dice:

—¿Por qué llora, Aurélie, ahora que todas estas atrocidades han terminado y cuando el propio Marescal se inclina ante una inocencia que reconoce? No llore, Aurélie. Entro siempre en escena en el minuto decisivo. Es una costumbre y no falto nunca a mi cita. Usted lo vio perfectamente aquella noche: Marescal la hace prisionera y yo la salvo. En Montecarlo, en Sainte-Marie, de nuevo Marescal la atrapa y yo la salvo. ¿No estuve junto a usted en el momento preciso? Entonces, ¿qué teme usted? Todo ha terminado y no tenemos más que marcharnos tranquilamente antes de que los tipos lleguen y que los cazadores de a pie rodeen la casa. ¿No es verdad, Rodolphe? ¿Verdad que no pones ningún obstáculo y que la señorita es libre…? ¿Verdad que estás encantado con este desenlace, que satisface tu espíritu de justicia y cortesía? ¿Viene usted, Aurélie…?

Ella se acercó tímidamente, sintiendo que la batalla no había sido todavía ganada. De hecho, Marescal se irguió en el umbral de la puerta, despiadado. Brégeac se le unió. Los dos hombres hacían causa común contra el rival que triunfaba…

11

Sangre…

Raoul se acercó a ellos y, despreciando a Brégeac, dijo al comisario con tono apacible:

—La vida nos parece muy complicada porque la vemos siempre a migajas, a resplandores inesperados. Así ha sucedido con el asunto del rápido. Es embrollado como una novela de folletín. Los hechos se conocen por casualidad, estúpidamente, como petardos que no explotarían en el orden en que han sido dispuestos. Pero un espíritu lúcido los coloca en su lugar y todo se vuelve lógico, sencillo, armonioso, natural como una página de la historia. Es esta página de la historia lo que acabo de leerte, Marescal. Ahora conoces la aventura y sabes que Aurélie d'Asteux es inocente. Déjame marchar.

Marescal se encogió de hombros.

—No —dijo.

—No seas terco, Marescal. Ya sabes que no bromeo, que no me burlo ya. Te pido simplemente que reconozcas tu error.

—¿Mi error?

—Cierto, puesto que ella no ha matado, puesto que no fue cómplice sino víctima.

El comisario sonrió entre dientes:

—¿Si no asesinó, por qué huyó? Admito la huida de Guillaume, pero ¿la de ella? ¿Qué ganaba con huir? ¿Y por qué no dijo nada del asunto después? Aparte de algunas quejas del principio, cuando suplicaba a los gendarmes: «Quiero hablar con el juez, quiero explicarle…». Aparte de esto, el silencio.

—De acuerdo, Marescal —confesó Raoul—. La objeción es seria. También a mí me ha desconcertado a menudo este silencio que nunca ha roto, ni siquiera conmigo, que le daba seguridad, y que una confesión tanto hubiera ayudado a mis investigaciones. Pero sus labios permanecían cerrados. Y ha sido aquí; en esta casa, en donde he resuelto el problema. Que me perdone si he registrado sus cajones durante su enfermedad. Era preciso. Marescal, lee esta frase, entre las instrucciones que su madre moribunda, que no se hacía ilusiones acerca de Brégeac, le dejó:

Aurélie, pase lo que pase y sea cual sea la conducta de tu padrastro, no le acuses jamás. Defiéndele, incluso, aunque tengas que sufrir por él, aunque sea culpable: yo he llevado su nombre.

Marescal protestó:

—¡Pero ella ignoraba el crimen de Brégeac! Y habría sabido que este crimen no tiene relaciones con el ataque del rápido. ¡Brégeac no podía estar mezclado en ello!

—Sí.

—¿Por quién?

—Por Jodot…

—¿Quién lo prueba?

—Las confidencias que me ha hecho la madre de Guillaume, la viuda Ancivel, a quien he encontrado en París, en donde vive, y a quien he pagado una fuerte suma por una declaración escrita de todo lo que sabe del pasado y del presente. Ahora bien, su hijo le había dicho que en el compartimiento del rápido, frente a la señorita y junto a los dos hermanos muertos, Jodot había jurado con el puño tendido:

> *»Si sueltas una palabra de este asunto, Aurélie, si hablas de mí, si me detienen, contaré el crimen del pasado. Brégeac mató a tu abuelo d'Asteux.*

»Amenaza que repitió más tarde, en Niza, y que trastornó a Aurélie d'Asteux y la redujo al silencio. ¿He dicho la exacta verdad, señorita?

La muchacha murmuró:

—La exacta verdad.

—Ya ves, Marescal, la objeción cae por su propio peso. El silencio de la víctima, este silencio que te dejaba sospechas es, por el contrario, una prueba a su favor. Por segunda vez te pido que la dejes marchar.

—No —dijo Marescal golpeando el suelo con el pie.

—¿Por qué?

Súbitamente, la cólera de Marescal se desencadenó:

—¡Porque quiero vengarme! ¡Quiero el escándalo! ¡Quiero que se sepa todo, la huida con Guillaume, la detención, el crimen de Brégeac! Quiero el deshonor y la vergüenza para ella. Me rechazó. ¡Que lo pague! ¡Y que Brégeac pague también! Has sido suficientemente estúpido para darme las precisiones que me faltaban. Tengo a Brégeac y a la pequeña más atados de lo que pensaba… ¡Y a Jodot! ¡Y a los Ancivel! ¡Toda la banda! ¡No se escapará ni uno, y Aurélie está en el lote!

Deliraba de cólera y encuadraba en la puerta su alta estatura. En el rellano se oyeron a Labonce y a Tony.

Raoul había recogido de encima de la mesa el trozo de papel sacado de la botella y en el que se leía la inscripción: «Marescal es una calabaza». Desplegó despreocupadamente el papel y lo tendió al comisario:

—Toma amigo. Hazlo enmarcar y ponlo en la cabecera de tu cama.

—Sí, sí, ya puedes bromear —profirió el comisario—. Bromea todo lo que quieras. Eso no quita que te tenga, a ti también. ¡Ah, me has jugado muchas malas pasadas desde el principio! ¡El truco del cigarrillo! Fuego, por favor. ¡Sí, ya verás el fuego que te daré! ¡De ésta fumarás toda tu vida en el calabozo! Sí, del calabozo de

donde vienes y a donde volverás enseguida. Al calabozo, lo repito, al calabozo. ¡A ver sí crees que a fuerza de luchar contra ti no me he *dado* cuenta de tu disfraz! ¡A ver si crees que no sé quién eres y que no tengo todas las pruebas necesarias para desenmascararte! Mira bien a tu enamorado, Aurélie, y si quieres saber quién es piensa un poco en el rey de los estafadores, el más caballeroso de los ladrones de guante blanco, al maestro de los maestros y comprende que, a fin de cuentas, el barón de Limézy, falso noble y falso explorador, no es otro que…

Se interrumpió. Llamaban a la puerta. Eran Philippe y sus tipos. No podían ser otros.

Marescal se frotó las manos y respiró profundamente.

—Me parece que estás perdido del todo, Lupin… ¿No crees?

Raoul observó a Aurélie. El nombre de Lupin no pareció sorprenderla; escuchaba angustiada los ruidos del exterior.

—Pobre señorita de los ojos verdes —dijo Raoul—. Su fe no es todavía perfecta. ¿En nombre de qué puede atormentarla el llamado Philippe?

Entreabrió la ventana y dirigiéndose a uno de los que estaban en la acera, debajo de él, gritó:

—¿Es Philippe, verdad, de la prefectura? Escuche, camarada…, dos palabras para sus tres tipos (¡caramba, son tres!). ¿No me reconocen? Barón de Limézy. ¡Rápido! Marescal os espera.

Volvió a cerrar la ventana.

—Marescal, la cuenta está hecha. Cuatro por un lado…, y tres por el otro, puesto que no cuento a Brégeac, que parece desinteresarse por la aventura. Esto hace siete tipos que me convertirán en un guiñapo. ¡Tiemblo de miedo! Y la señorita de los ojos verdes también.

Aurélie se obligó a sonreír, pero no pudo articular sílabas inteligibles.

Marescal esperaba en el rellano. La puerta del vestíbulo fue abierta. Subieron pasos precipitados. De inmediato, Marescal tuvo a sus órdenes, dispuestos a comerse su parte, como una jauría que bastaba desatar, a seis hombres. Les dio órdenes en voz baja, luego volvió con el rostro distendido.

—Que no haya batalla inútil, ¿de acuerdo barón?

—No habrá batalla, marqués. La idea de mataros a los siete, como las mujeres de Barbazul, me resulta intolerable.

—¿Me sigues, entonces?

—Hasta el fin del mundo.

—Sin condiciones, ¿de acuerdo?

—Sí, con una condición. Invítame a merendar.

—De acuerdo. Pan seco, pastel de perros y agua —bromeó Marescal.

—No —dijo Raoul.

—Entonces, ¿quieres menú?

—El tuyo, Rodolphe: merengues Chantilly, borrachos al ron y vino de Alicante.

—¿Qué dices? —preguntó Marescal con un tono de sorpresa inquieta.

—Nada más sencillo. Me invitas a tomar el té. Acepto sin ceremonia. ¿No tienes una cita a las cinco?

—¿Una cita?… —dijo Marescal cada vez más molesto.

—Claro…, ¿no te acuerdas? En tu casa…, o más bien en tu estudio de soltero…, calle Duplan…, un pequeño apartamento que da a la calle… ¿No es allí en donde te reúnes cada tarde, y atiborras de merengues regados con alicante, a la mujer de tu…

—¡Silencio! —susurró Marescal que se había puesto lívido.

Perdía todo su aplomo. Ya no tenía ganas de bromear.

—¿Por qué quieres que guarde silencio? —preguntó Raoul ingenuamente—. ¿Es que no quieres invitarme? ¿No quieres presentarme a…?

—¡Silencio, maldita sea! —repitió Marescal.

Se acercó a sus hombres y llevó a Philippe aparte.

—Un instante, Philippe. Quedan algunos detalles que concretar. Aleja a tus tipos de manera que no puedan oír.

Volvió a cerrar la puerta, se acercó a Raoul y le dijo, mirándole fijamente a los ojos, con voz sorda y olvidándose de Brégeac y de Aurélie:

—¿Qué significa esto? ¿Dónde quieres ir a parar?

—A ninguna parte.

—¿Por qué esta alusión? ¿Cómo has sabido…?

—¿La dirección de tu pisito y el nombre de tu buena amiga? Me ha bastado hacer contigo lo mismo que he hecho con Brégeac, con Jodot y consortes: una investigación discreta sobre tu vida íntima, que me ha conducido hasta un misterioso entresuelo delicadamente amueblado, en donde recibes a hermosas damas. Sombras, perfumes, flores, vinos dulces, divanes profundos como tumbas… ¡La Folie-Marescal, vaya!

—¿Y qué? —ladró el comisario—. ¿No estoy en mi derecho? ¿Qué relación hay entre esto y tu detención?

—No habría ninguna si por desgracia no hubieras caído en la trampa de elegir este pequeño templo de Cupido para esconder las cartas de esas damas.

—¡Mientes! ¡Mientes!

—Si mintiera no estarías del color de un nabo.

—¡Precisa!

—En una moldura hay un cofre secreto. En este cofre, una cajita. En esta cajita, hermosas cartas femeninas, anudadas con cintas de colores. Material para comprometer a docenas de mujeres mundanas y a actrices cuya pasión por el bello Marescal se expresa sin la menor restricción. ¿Es preciso que cite nombres? La mujer del procurador B… La señorita X de la Comédie-Française…, y sobre todo…, sobre todo la digna esposa, un poco madura pero todavía presentable, de…

—¡Cállate, miserable!

—El miserable —dijo Raoul apaciblemente— es quien se sirve de su físico

ventajoso para obtener protección y ascensos.

La mirada torva, la cabeza inclinada, Marescal dio dos o tres vueltas por la habitación. Luego se encaró a Raoul y dijo:

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Qué precio pides por las cartas?

—Treinta denarios, como Judas.

—No digas tonterías. ¡Cuánto!

—Treinta millones.

Marescal temblaba de impaciencia y de cólera. Raoul le dijo riendo:

—No te provoques bilis, Rodolphe. Yo soy un buen muchacho y tú me eres simpático. No te pido un céntimo por tu literatura cómico-amorosa. Me importa demasiado. Tengo diversión para unos cuantos meses. Pero exijo…

—¿Qué?

—Que bajes las armas, Marescal. La tranquilidad absoluta de Aurélie y de Brégeac, incluso para Jodot y los Ancivel, de los que yo ya me encargo. Como que todo este asunto, desde el punto de vista policial, reposa sobre ti; puesto que no hay ninguna prueba real, ningún indicio serio, abandónalo: lo clasificarán y ya habrá terminado.

—¿Y tú me devolverás las cartas?

—No… Es un empeño. Las conservaré. Si no te portas bien publicaré algunas, claramente, crudamente. Peor para ti y peor para tus bellas amigas.

Gotas de sudor resbalaban por la frente del comisario. Pronunció:

—He sido traicionado.

—Puede ser.

—Sí, sí, traicionado por *ella*. Desde hace algún tiempo notaba que me espiaba. Ha sido gracias a ella que tú has tenido el asunto en tus manos y has podido llevarlo donde has querido; ella te ha recomendado a su marido para que te pusiera a mi lado.

—¿Qué quieres? —dijo Raoul alegremente—. Es la ley de la guerra. Si para combatir tú empleas unos medios tan sucios, ¿podría yo hacer de otra manera cuando se trataba de defender a Aurélie contra tu odio abominable? Además, has sido demasiado ingenuo, Rodolphe. ¿Acaso creías que un tipo como yo iba a dormirse durante un mes y esperaría el desenlace de los acontecimientos según tu gusto? Y, sin embargo, me viste actuar en Beaucourt, en Montecarlo, en Sainte-Marie, y viste cómo escamoteaba la botella y el documento. Entonces, ¿por qué no has tomado precauciones?

Le sacudió el hombro y continuó:

—Vamos, Marescal, no te dobles bajo la tempestad. Pierdes la partida, sea. Pero tienes la dimisión de Brégeac en tu bolsillo y, puesto que estás bien en la administración y te han prometido el sitio, es un buen paso hacia adelante. Los días hermosos volverán, puedes estar seguro, Marescal. Sin embargo, con una condición:

desconfía de las mujeres. No te sirvas de ellas para triunfar en tu profesión y no te sirvas de tu profesión para tener éxito con ellas. Sé enamorado, si eso te gusta, sé policía, si eso te place pero no seas ni un enamorado policía ni un policía enamorado. Como conclusión, un buen consejo: si encuentras de nuevo a Arsenio Lupin en tu camino, sal por la tangente. Para un policía es el principio de la sensatez. He dicho. Da tus órdenes. Adiós.

Marescal mordía su freno. Hacía girar y torcía con la mano una de las puntas de su barba. ¿Cedería? ¿Se lanzaría sobre su adversario y llamaría a sus tipos?

«Una tempestad sobre el cráneo», pensó Raoul. «Pobre Rodolphe, ¿de qué sirve debatirte?».

Rodolphe no se debatió mucho tiempo. Era demasiado perspicaz para no comprender que toda resistencia no haría más que agravar la situación. Así pues, obedeció, demostrando que le obligaban a hacerlo. Llamó a Philippe y habló con él. Luego Philippe se marchó y se llevó a todos sus camaradas, incluidos Labonce y Tony. La puerta del vestíbulo fue abierta y vuelta a cerrar. Marescal había perdido la batalla.

Raoul se acercó a Aurélie.

—Todo está arreglado, señorita. No nos queda más que partir. Su maleta está abajo, ¿verdad?

La muchacha murmuró, como si se despertara de una pesadilla:

—¡Es posible…! ¿Ya no iré a prisión? ¿Cómo lo ha conseguido usted?

—¡Oh! —dijo Raoul con alegría—. Se obtiene todo lo que se quiere de Marescal con dulzura y razonamiento. Es un excelente muchacho. Déle la mano, señorita.

Aurélie no le tendió la mano sino que pasó por delante de él muy erguida. Marescal, por otra parte, volvía la espalda y colocaba los codos sobre la chimenea, con la cabeza entre las manos.

Aurélie vaciló ligeramente al acercarse a Brégeac. Pero éste parecía indiferente y tenía una apariencia extraña de la que Raoul se acordaría más adelante.

—Todavía unas palabras —dijo Raoul deteniéndose en el umbral—. Me comprometo ante Marescal y ante su padrastro a llevarla a un retiro pacífico en donde, durante un mes, no me verá ni una vez. Dentro de un mes iré a preguntarle cómo ha decidido dirigir su vida. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí —dijo ella.

—Entonces, partamos.

Se fueron. En la escalera Raoul tuvo que sostenerla.

—Mi automóvil está cerca de aquí. ¿Tendrá usted fuerzas para viajar toda la noche?

—Sí —afirmó Aurélie—. ¡Es tanta felicidad para mí el verme libre…! ¡Y tal angustia! —añadió en voz baja.

En el momento de salir Raoul se estremeció. Una detonación había resonado en el piso superior. Dijo a Aurélie, que no lo había oído:

—El auto está a la derecha… Se ve desde aquí… Hay una dama dentro, aquella de la que le hablé. Es mi vieja nodriza. Vaya hacia ella, ¿quiere? Yo tengo que volver arriba. Sólo unas palabras y me reúno con usted.

Subió precipitadamente mientras ella se alejaba.

En el gabinete, Brégeac, tendido sobre un diván con el revólver en la mano, agonizaba, cuidado por su doméstico y el comisario. Un chorro de sangre salía de su boca. Una última convulsión. No se movió más.

—Debía haberlo imaginado —murmuró Raoul—. Su hundimiento, la marcha de Aurélie… ¡Pobre diablo! Paga ahora su deuda.

Dijo a Marescal:

—Arréglatelas con el doméstico y llama para que te manden a un médico. Hemorragia, ¿verdad? Sobre todo, que no se trate de un suicidio. Bajo ningún precio. Aurélie no sabrá nada por el momento. Dirás que está en provincias, enferma, en casa de una amiga.

Marescal le cogió por la muñeca.

—Responde, ¿quién eres? ¿Lupin, verdad?

—A buena hora —dijo Raoul— la curiosidad profesional vuelve a surgir.

Se colocó frente al comisario, ofreció luego su perfil y bromeó:

—Tú lo has dicho, engreído.

Volvió a bajar a toda prisa y se reunió con Aurélie, a quien la vieja dama instalaba en una limosina confortable. Pero, después de dar una ojeada de precaución por la calle, dijo a la vieja:

—¿No has visto a nadie rondar alrededor del coche?

—Nadie —declaró ella.

—¿Estás segura? ¿Un hombre un poco grueso acompañado de otro con el brazo en cabestrillo?

—¡Ah, sí, es cierto! Iban y venían por la acera, pero mucho más abajo.

Volvió a marchar rápidamente y atrapó, en un pequeño pasaje que rodea la iglesia de Saint-Philippe du Roule, a dos individuos uno de los cuales llevaba el brazo en cabestrillo.

Les tocó a ambos la espalda y les dijo alegremente:

—¡Vaya, vaya, vaya! Así pues, ¿también os conocéis? ¿Qué tal Jodot? ¿Y tú, Guillaume Ancivel?

Ambos se volvieron. Jodot, vestido de burgués, con el busto enorme y con el rostro velloso como el de un perro sarnoso, no demostró sorpresa alguna.

—¡Ah, usted es el tipo de Niza! En estos momentos estaba diciendo que era usted quien acompañaba a la pequeña.

—Y es también el tipo de Toulouse —dijo Raoul a Guillaume.

E inmediatamente continuó:

—¿Qué estáis haciendo por aquí, camaradas? ¿Vigilando la casa de Brégeac, verdad?

—Desde hace dos horas —dijo Jodot con arrogancia—. La llegada de Marescal, los trucos de los policías, la partida de Aurélie… Lo hemos visto todo.

—¿Y bien?

—Pues que supongo que está usted al corriente de toda la historia, que ha pescado en agua turbia y que Aurélie se marcha con usted, mientras que Brégeac se bate contra Marescal. Dimisión, sin duda…, arresto.

—Brégeac acaba de suicidarse —dijo Raoul.

Jodot se sobresaltó.

—¡Vaya! Brégeac… ¡Brégeac muerto!

Raoul los arrastró contra la iglesia.

—Escuchadme bien los dos. Os había prohibido que os mezclarais en este asunto. Tú, Jodot, fuiste tú quien mató al abuelo d’Asteux, quien ha matado a miss Bakefield y has provocado la muerte de los hermanos Loubeaux, tus amigos, socios y cómplices. ¿Tengo que entregarte a Marescal…? Tú, Guillaume, debes saber que tu madre me ha vendido todos tus secretos por una fuerte suma y a condición de que no fueras molestado. Lo he prometido por lo que respecta al pasado. Pero si vuelves a empezar mi promesa ya no sirve de nada. ¿Quieres acaso que te rompa el otro brazo y te entregue a Marescal?

Guillaume, aturdido, hubiera querido escapar. Pero Jodot se resistió.

—En pocas palabras, que el tesoro es para usted. Eso es lo que queda más claro.

Raoul se encogió de hombros.

—¿Sigues creyendo en el tesoro, camarada?

—Igual que usted. Hace cerca de veinte años que trabajo para conseguirlo y ya estoy harto de todas sus artimañas. No consentiré que me lo sople.

—¡Soplártelo! Primero sería preciso que supieras dónde está el tesoro y en qué consiste.

—Yo no sé nada…, y usted tampoco, no más que Brégeac. Pero la pequeña sí que lo sabe. Por eso…

—¿Quieres que repartamos? —dijo Raoul riendo.

—No vale la pena. Sabré coger solito mi parte, y será una buena parte. Y peor para los que se opongan: tengo más resortes en mis manos de lo que usted cree. Adiós, ya está usted advertido.

Raoul les vio marchar. El incidente le molestaba. ¿Qué diablos venía a hacer aquel pájaro de mal agüero?

«¡Bah!», se dijo. «Si quiere correr detrás del coche durante cuatrocientos kilómetros, voy a proporciónale uno de esos trenes chiquitos…».

Al día siguiente, al mediodía, Aurélie se despertó en una habitación clara desde donde veía, por encima de jardines y vergeles, la sombría y majestuosa catedral de Clermont-Ferrand. Un antiguo pensionado, transformado en casa de reposo y situado en una colina, le ofrecía el asilo más discreto y más capaz de restablecer definitivamente su salud.

Pasó unas semanas placenteras, sin hablar con nadie más que con la vieja nodriza de Raoul, paseándose por el parque, soñando horas enteras con los ojos fijos en la ciudad o en las montañas del Puy-de-Dóme cuyos primeros contrafuertes marcaban las colinas de Royat.

Raoul no fue a verla ni una sola vez. La muchacha encontraba flores en su habitación, frutas, libros y revistas que la nodriza le llevaba. Raoul se escondía a lo largo de los caminos que serpenteaban entre las viñas de las ondulaciones próximas. La miraba y le dirigía discursos en los que se exaltaba su pasión cada día en aumento.

Adivinaba por los gestos de la muchacha y por su caminar ligero que la vida volvía a ella, como una fuente casi extinguida a la que el agua fresca afluye de nuevo. La sombra cubría las horas espantosas, los rostros siniestros, los cadáveres y los crímenes y, por debajo del olvido, surgía una felicidad tranquila, grave, inconsciente, al abrigo del pasado e incluso del futuro.

«Eres feliz, señorita de los ojos verdes» —se decía Raoul. «La felicidad es un estado del alma que permite vivir en el presente. Mientras que la pena se nutre de recuerdos malos y de esperanzas que no llegan a engañarte, la felicidad se mezcla en todos los pequeños actos de la vida cotidiana y los transforma en elementos de alegría y de serenidad. Sí, eres feliz, Aurélie. Cuando coges flores o cuando te tiendes en el sofá, lo haces con expresión de satisfacción».

El día veinte una carta de Raoul le propuso una excursión en automóvil para una mañana de la semana próxima. Tenía cosas importantes que decirle.

Sin vacilar, hizo contestar que aceptaba.

La mañana designada se fue por pequeños caminos rocosos que la condujeron hasta la carretera en donde la esperaba Raoul. Al verle, la muchacha se detuvo, de repente confusa e inquieta, como una mujer que se pregunta, en un momento solemne, hacia dónde se dirige y hacia dónde le arrastran las circunstancias. Pero Raoul se acercó y le hizo señal de callarse. A él le tocaba decir las palabras precisas.

—No he dudado de que vendría. Usted sabía que teníamos que vernos porque la aventura trágica todavía no ha terminado y algunas soluciones permanecen en suspenso. ¿Cuáles? Poco le importa, ¿verdad? Usted me ha dado la misión de arreglarlo todo, de ordenarlo todo, de resolverlo todo y de hacerlo todo. Usted me obedecerá sencillamente. Se dejará guiar y, pase lo que pase, no tendrá ya más miedo. El miedo ha terminado, este miedo que trastorna y que muestra visiones infernales. ¿Verdad? Usted sonríe de antemano a los acontecimientos y está dispuesta a recibirlos como amigos.

Le tendió la mano. Ella le dejó estrechar la suya. Hubiera querido hablar y decirle que se lo agradecía, que tenía confianza… Pero debió comprender lo inútil de tales palabras, pues guardó silencio. Cruzaron la estación termal y la vieja villa de Royat.

El reloj de la iglesia señalaba las ocho y media. Era un sábado, quince de agosto. Las montañas se erguían bajo un cielo espléndido.

No intercambiaron ni una sola palabra. Pero Raoul, en su interior, no dejaba de

hablarle tiernamente.

«¿No es cierto, señorita de los ojos verdes, que ya no me detesta? ¿No es cierto que ha olvidado la ofensa de aquellos primeros momentos? Y yo, tengo tanto respeto por usted que no quiero ni quisiera recordarlo. Vamos, sonría usted un poco, puesto que ahora tiene la costumbre de pensar en mí como su buen genio protector, y se sonríe a los genios protectores».

Aurélie no sonreía. Pero Raoul la sentía amistosa y cercana.

El coche no viajó más de una hora. Rodearon el Puy-de-Dóme y tomaron un camino bastante estrecho que se dirigía hacia el sur, con pendientes y curvas, descensos en medio de verdes valles o de bosques umbríos.

La carretera se estrechó todavía más. Corría en medio de una región desierta y seca y se volvió abrupta. Estaba pavimentada con enormes losas de lava desiguales y discontinuas.

—Un antiguo camino romano —dijo Raoul—. No hay un rincón de Francia en el que no se encuentre un vestigio análogo, alguna vía de César.

Aurélie no contestó. De repente, parecía soñadora y distraída.

La vieja carretera romana no era mucho más que un sendero de cabras. La subida fue penosa. Siguió una pequeña meseta, con un pueblo casi abandonado, cuyo nombre vio Aurélie en un letrero: Juvains. Luego un bosque, luego una llanura, repentinamente verdeante, de aspecto amable. A continuación, de nuevo la calzada romana que subía, derecha, entre taludes de hierba espesa. Se detuvieron al borde de una escalera. Aurélie estaba cada vez más absorta. Raoul no cesaba de observarla ávidamente.

Cuando hubieron franqueado las losas dispuestas en peldaños, llegaron a una larga franja de terreno circular que encantaba por el frescor de sus plantas y de su césped, que aprisionaba un alto muro de adoquines que la intemperie no había alterado y que seguía hasta muy lejos, por la derecha y por la izquierda. El muro estaba agujereado por una gran puerta. Raoul tenía la llave. Abrió. El terreno seguía subiendo. Cuando hubieron alcanzado la cima de aquel túmulo, vieron ante ellos un lago sereno como un espejo, en el centro de una corona de rocas que lo dominaba con regularidad.

Por primera vez, Aurélie hizo una pregunta que demostraba todo el trabajo de reflexión que estaba realizando en su cerebro.

—¿Puedo preguntarle si al conducirme aquí y no a otro sitio tiene usted un motivo determinado o es por casualidad?

—El espectáculo es más bien melancólico, en efecto —dijo Raoul sin responder directamente—. Pero sin embargo, es una melancolía salvaje que tiene carácter. Los turistas no vienen nunca de excursión, me dijeron. No obstante la gente se pasea en barca por el lago, como puede usted ver.

La condujo hacia una vieja barca atada con una cadena a una estaca. Aurélie se instaló sin decir palabra. Raoul tomó los remos y se alejaron suavemente.

El agua color de pizarra no reflejaba el azul del cielo, sino más bien el tono sombrío de unas invisibles nubes. En el extremo de los remos, relucían gotas de agua que parecían pesadas como mercurio y era asombroso que la barca pudiera penetrar en aquella masa metálica. Aurélie mojó su mano pero tuvo que retirarla de inmediato de tan fría que estaba y de tan desagradable que era.

—¡Oh! —dijo con un suspiro.

—¿Qué le sucede? —preguntó Raoul.

—Nada…, o por lo menos, no lo sé…

—Está usted inquieta… Emocionada…

—Emocionada, sí… Siento en mí unas impresiones que me sorprenden…, que me desconciertan… Me parece…

—¿Le parece?

—No sabría decirlo… Me parece que soy otro ser…, y que no es usted quien está aquí. ¿Me comprende?

—La comprendo —dijo Raoul, sonriente.

Aurélie murmuró:

—No me lo explique. Lo que siento me hace daño y, sin embargo, por nada del mundo quisiera no sentirlo.

El círculo de farallones, en la cima de los cuales el muro aparecía de vez en cuando, y que se desarrollaba en un radio de 500 a 600 metros, ofrecía, al fondo, un sesgo desde donde empezaba un canal que las altas murallas ocultaban a los rayos del sol. Se dirigieron hacia allí. Las rocas eran más negras y más tristes. Aurélie las contemplaba con estupor y levantaba los ojos hacia las extrañas siluetas que formaban: leones agachados, chimeneas macizas, estatuas desmesuradas, gárgolas gigantescas.

Y repentinamente, cuando llegaron al centro de aquel fantástico corredor, recibieron como una vaharada de rumores lejanos imprecisos que, siguiendo el mismo camino que ellos, venían de las regiones que habían abandonado un poco más de una hora antes.

Se trataba de campanadas, de tintineos de campanas ligeras, canciones de bronce, notas alegres y felices, todo un estremecimiento de músicas divinas en el que dominaba el broncíneo sonido de la campana mayor de una catedral.

La muchacha se sintió desfallecer. Ahora comprendía el por qué de su turbación: la voz del pasado, de aquel pasado misterioso que había intentado no olvidar por todos los medios, resonaba a su alrededor. Aquellos sonidos se estrellaban contra los farallones en los que el granito se mezclaba con la lava de los antiguos volcanes. Aquellos sonidos saltaban de una roca a otra, de una estatua a una gárgola, resbalaban sobre la superficie bruñida del agua, subían hasta el azul del cielo, caían como polvo de espuma en el interior de las simas, y se iban en ecos saltarines hacia la otra salida del desfiladero en donde brillaba la luz del sol.

Estupefacta, palpitante de recuerdos, Aurélie intentó luchar y se encogió para no

sucumbir ante tantas emociones. Pero no le quedaban fuerzas. El pasado la curvaba como una rama de árbol. Se inclinó y murmuró entre sollozos:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Quién es usted?

Se sentía estupefacta ante aquel prodigio inconcebible. No habiendo revelado nunca el secreto que le habían confiado en su infancia, celosa del tesoro de recuerdos que su memoria guardaba piadosamente y que sólo debía entregar, según orden de su madre, a aquél a quien amaría, Aurélie se sentía débil ante aquel hombre desconcertante que leía en el fondo de su alma.

—¿Así pues, no me he equivocado? Es aquí ¿verdad? —preguntó Raoul a quien el abandono encantador de la muchacha emocionaba profundamente.

—Sí, es aquí —murmuró Aurélie—. Ya a lo largo del trayecto muchas cosas me han evocado recuerdos de lo que viera antaño…, los árboles…, ese camino enlosado que subía entre los dos taludes…, y después ese lago, las rocas, el color y la temperatura del agua…, pero sobre todo, las campanas… ¡Oh! Son las mismas que antaño…, nos salieron al paso en el mismo lugar, cuando iba con mi madre y mi abuelo. Entonces, como hoy, salimos de la sombra para entrar en esa otra parte del lago, bajo un mismo sol…

Aurélie había levantado la cabeza y miraba. Otro lago, en efecto, más pequeño pero más grandioso, se abría ante ellos, con farallones más escarpados y un aire de soledad más salvaje y todavía más agresivo.

Uno a uno, los recuerdos despertaron. Aurélie los decía suavemente, dirigiéndose a Raoul, como si fueran las confidencias que se hacen a un amigo. La muchacha evocaba ante sí a una pequeña de seis años, despreocupada, emocionada por el espectáculo de formas y colores que hoy contemplaba también con los ojos húmedos de lágrimas.

—Es como si usted me llevara de viaje a través de su vida —dijo Raoul, a quien la emoción hacía temblar la voz—. Y siento tanto o más placer en ver cómo fue aquel día, que el que experimenta usted en reencontrarlo.

La muchacha prosiguió:

—Mi madre estaba sentada en el lugar en donde se sienta usted y mi abuelo se situaba frente a nosotras. Yo besaba la mano de mamá. Mire, ese árbol solitario, en esa roca, estaba ahí…, y también esas gruesas manchas de sol que iluminan esa roca… Todo está igual que entonces. No se puede pasar más allá, ésa es la extremidad del lago. Se trata de un lago alargado, curvado como un *croissant*… Ahora veremos una playita que está situada en el extremo más alejado… Mírela, ahí está… Con una cascada a la derecha, que brota del farallón… Y una segunda cascada a la derecha… Verá usted la arena…, brilla como la mica… Y después veremos una gruta… Sí, estoy segura de ello… Y en la entrada de esa gruta…

—¿En la entrada de la gruta?

—Había un hombre que nos esperaba…, un hombre curioso, con una larga barba gris, vestido con una blusa de lana marrón… Desde ahí se le veía, de pie, muy alto.

¿No le veremos hoy?

—Creía que sí —afirmó Raoul—. Y me sorprende que no esté. Es casi mediodía y nuestra cita estaba fijada para las doce en punto.

12

El agua que sube

Desembarcaron en una pequeña playa en la que los granos de arena brillaban al sol como si fueran mica. El farallón de la derecha y el de la izquierda, al juntarse, formaban un ángulo agudo que se abría, en la parte inferior, en una pequeña anfractuosidad que protegía el saliente de un techo de pizarra.

Bajo este techo, había una mesa cubierta por un mantel y platos, con fruta y queso.

En uno de los platos había una tarjeta de visita con unas palabras:

«El marqués de Talençay, amigo de su abuelo d'Asteux, le saluda, Aurélie. Llegará pronto y se excusa de no poder presentarle sus respetos hasta dentro de un rato».

—¿Esperaba, pues, mi llegada? —preguntó Aurélie.

—Sí —dijo Raoul—. Hablamos durante mucho rato, el marqués y yo, hace cuatro días. Quedamos que yo la traería a usted hoy al mediodía.

Aurélie miró a su alrededor. Un caballete de pintura se apoyaba en una pared, bajo un estante cubierto de pinturas y dibujos, de telas, esculturas y tubos de colores. Había también ropa vieja. En uno de los ángulos se veía una hamaca. En el fondo, dos gruesas piedras formaban un hogar en el que habían encendido fuego muchas veces, ya que las paredes estaban ahumadas y había una especie de conducto que se abría en la roca como si se tratara de una chimenea.

—¿Acaso vive aquí? —preguntó Aurélie.

—A menudo, sobre todo en esta época del año. El resto del año vive en el pueblo de Juvains, donde le descubrí. Pero incluso entonces viene aquí cada día. Al igual que su difunto abuelo es un original, muy cultivado, muy artista, a pesar de que su pintura es muy mala. Vive solo, un poco al estilo de un ermitaño; caza, corta y poda sus árboles, vigila a los pastores de sus rebaños, y alimenta a todos los pobres de este país que viven dos leguas a la redonda. Y hace quince años que la espera a usted, Aurélie.

—O, por lo menos, que espera mi mayoría de edad.

—Sí, a causa de un acuerdo con su viejo amigo d'Asteux. Le interrogué a propósito de ello. Pero sólo quiere responder ante usted. Tuve que explicarle toda su vida, todo lo de estos últimos meses y cuando le prometí que la traería a usted aquí, me prestó la llave de la posesión. Su alegría por verla era inmensa.

—Entonces ¿cómo es que no ha venido?

La ausencia del marqués de Talençay sorprendía a Raoul cada vez más, aunque no había razón alguna que la hiciera sospechosa. En todo caso, para no inquietar a la muchacha, recurrió a todo su verbo y a todas sus dotes histriónicas para entretenerla

durante aquella primera comida que realizaban juntos, en un marco tan particular.

Siempre atento a no demostrarle demasiada ternura, Raoul la sentía en plena seguridad a su lado. Aurélie debía darse cuenta de que ya no era el adversario de quien ella huía al principio, sino el amigo que sólo le quería bien. ¡La había salvado tantas veces! ¡Tantas veces ella sólo había esperado que él la salvara, como si su vida dependiera sólo de aquel desconocido!

Murmuró:

—Me gustaría agradecerle todo lo que hace por mí. Pero no sé cómo. Le debo demasiado y nunca podré pagárselo.

Raoul le dijo:

—Sonría, señorita de los ojos verdes, y míreme usted.

Aurélie sonrió y le miró.

—Estamos en paz.

A las dos y cuarenta y cinco minutos, la música volvió a empezar y el sonido de la catedral se estrelló contra el farallón.

—Es muy lógico —explicó Raoul—. Todo el mundo en la región conoce este fenómeno. Cuando el viento sopla del nordeste, es decir, de Clermont-Ferrand, la disposición acústica de estos lugares hace que una gran corriente de aire arrastre todos estos rumores por un camino obligatorio que serpentea entre los promontorios montañosos y desemboca en la superficie del lago. Es fatal, matemático. Las campanas de todas las iglesias de Clermont-Ferrand y la campana mayor de la catedral, vienen a cantar aquí, como lo están haciendo ahora mismo…

Aurélie se encogió de hombros.

—No —dijo—, no es eso. Su explicación no es satisfactoria.

—¿Tiene usted otra?

—La verdadera.

—¿En qué consiste?

—En creer firmemente que es usted, que me ha traído aquí, quien hace sonar las campanas para devolverme todos mis recuerdos de infancia.

—¿Acaso lo puedo todo?

—Sí. Usted lo puede todo —dijo Aurélie con fe.

—Y lo veo todo, también —dijo Raoul, bromeando—. Hace quince años, a esta misma hora, usted durmió aquí.

—¿Lo cuál significa…?

—Que sus ojos se cierran de sueño…, su vida de hace quince años vuelve a empezar…

Aurélie no se resistió en absoluto a los deseos de Raoul, y se tendió en la hamaca.

Raoul veló durante un instante en el umbral de la gruta. Pero, después de consultar su reloj, tuvo un gesto de impaciencia. Las tres y cuarto y el marqués de Talençay no había llegado todavía.

«Calma» se dijo Raoul «al fin y al cabo, no tiene importancia».

Volvió a entrar en la gruta y observó a la muchacha, que dormía bajo su protección. Quiso hablarle y agradecerle su confianza. Pero no pudo. Se sintió invadido por una inquietud creciente.

Cruzó la pequeña playa y comprobó que la barca, cuya proa había hecho reposar sobre la arena, flotaba ahora a dos o tres metros del muelle. Tuvo que recuperarla con una pértiga. Hizo, entonces una segunda comprobación: la barca, que durante la travesía se había llenado con dos o tres centímetros de agua, contenía ahora treinta o cuarenta.

Logró ponerla cabeza abajo sobre la playa.

«Es un milagro» pensó, «que no nos hallamos ido al fondo».

No se trataba de una vía de agua ordinaria, fácil de arreglar, sino de una plancha entera que estaba podrida. *Y era una plancha que había sido colocada recientemente y sujeta sólo por cuatro clavos.*

¿Quién había hecho aquello? Al principio Raoul pensó en el marqués de Talençay. Pero ¿por qué lo habría hecho el viejo marqués? ¿Qué motivo tenía para pensar que el viejo amigo de d'Asteux hubiera querido provocar una catástrofe en el momento en que la muchacha era conducida a su lado?

Raoul se planteó, de entrada, una cuestión: ¿cómo venía Talençay a la gruta, cuando no disponía de la barca? ¿Por dónde se llegaba a la gruta? ¿Existía un camino terrestre que desembocaba en aquella playa que parecía inexpugnable a causa de los dos farallones que la protegían?

Raoul buscó. No había salida alguna en el lado izquierdo, ya que la cascada de las dos fuentes se añadía al muro de granito. Pero en el lado derecho, justo antes de que el farallón se hundiera en el agua y encerrara la playita, existían unos veinte escalones tallados en la piedra, en el flanco del promontorio y que se prolongaban en una especie de sendero natural, un resalte de la dura piedra, tan estrecho que era necesario, de trecho en trecho, agarrarse a las asperezas de la roca para no caer.

Raoul se lanzó por él. De trecho en trecho se observaban señales de una barandilla que servía para que el caminante no cayera en el abismo. Como pudo, llegó a una plataforma superior y se aseguró de que el sendero bordeaba el lago y se dirigía hacia el desfiladero. A su alrededor se extendía un paisaje de verdor, salpicado de gruesas piedras. Dos pastores se alejaban, empujando sus rebaños hacia la alta muralla que dominaba la extensa posesión. La alta silueta del marqués de Talençay no aparecía por ninguna parte.

Raoul regresó después de una hora de exploración. Ahora bien, durante aquella hora, se dio cuenta con descontento cuando pisó el bajo del farallón, que el agua había subido y que recubría los primeros escalones. Tuvo que saltar para llegar a la playita.

—Es curioso —murmuró, preocupado.

Aurélie debió oírle. Corrió hacia él y se detuvo estupefacta.

—¿Qué sucede? —preguntó Raoul.

—El agua…, ha subido mucho… Hace un rato estaba más baja…, ¿no es cierto? … No hay duda.

—En efecto.

—¿Cómo se lo explica usted?

—Se trata de un fenómeno tan natural como el de las campanas.

Y se esforzó por bromear:

—El lago experimenta la ley de las mareas, que como usted sabe, provocan el flujo y el reflujo.

—¿Y cuándo cesará de subir?

—Dentro de una o dos horas.

—Es decir, que llenará la mitad de la gruta.

—Sí. En algunas ocasiones debe invadir la gruta, como lo prueba esta señal negra que no es otra cosa que una cota del nivel máximo.

La voz de Raoul se hizo sorda. Por encima de aquella cota había otra que debía corresponder al mismo techo del abrigo. ¿Qué significaba aquella otra señal? ¿Quería decir que en determinadas épocas el agua podía alcanzar el techo? Pero ¿a causa de qué fenómeno anormal, de qué cataclismo?

«No, no», se dijo, tranquilizándose, «una hipótesis de este tipo es absurda. ¿Un cataclismo? ¡Sólo se producen cada mil años! ¿Una oscilación del flujo y del reflujo? Fantasías en las que no creo. Sólo puede tratarse de una casualidad, de un hecho pasajero…».

De acuerdo…, pero ¿quién producía aquel hecho pasajero? Sin quererlo, Raoul siguió razonando. Pensaba en la inexplicable ausencia de Talençay. Pensaba en las relaciones que podían existir entre aquella ausencia y la sorda amenaza de un peligro que todavía no comprendía. Pensaba en aquella barca desfondada.

—¿Qué le sucede? —preguntó Aurélie—. Está usted distraído.

—Empiezo a pensar —dijo Raoul—, que estamos perdiendo el tiempo aquí. Puesto que el amigo de su abuelo no viene, vayámonos. La entrevista tendrá lugar en su casa de Juvains.

—¿Pero cómo salir de aquí? La barca parece estar fuera de uso…

—Hay un camino a la derecha, muy difícil para una mujer, pero, con todo, practicable. Tendrá que aceptar usted mi ayuda y dejarse llevar en brazos.

—¿Y por qué no puedo andar yo también?

—¿Por qué mojarse? Deje que sea yo quien lo haga.

Había hecho aquella propuesta sin segundas intenciones. Pero descubrió que la muchacha había enrojecido hasta la raíz de sus cabellos. La idea de ser llevada en brazos por Raoul, como en el camino de Beaucourt debía parecerle insoportable.

Ambos callaron, embarazados. Después la muchacha, que estaba en el borde del lago, hundió su mano en el agua y dijo:

—No…, no…, no podría soportar esta agua helada… No podría de ningún modo.

Aurélie volvió a entrar en la gruta. Pasó un cuarto de hora, que pareció muy largo

a Raoul.

—Se lo ruego —dijo Raoul—, vámonos. La situación se hace muy peligrosa.

La muchacha obedeció y ambos abandonaron la gruta. Pero, en el preciso instante en que ella se dejaba tomar en brazos, algo silbó junto a ellos y saltó una esquirla de piedras. A lo lejos resonó una detonación.

Raoul empujó bruscamente a Aurélie. Silbó una segunda bala e hizo blanco en la roca, en donde antes estaban sus cabezas. Con un gesto, obligó a que la muchacha se levantara y la empujó hacia el interior de la cueva. Luego echó a correr en dirección a los escalones.

—¡Raoul, Raoul! Se lo prohíbo… Le matarán…

Raoul la cogió de nuevo y la obligó por la fuerza a entrar en el refugio. Pero esta vez ella no le soltó. Agarrada a él, le detuvo diciendo:

—Se lo suplico, quédese…

—No —respondió Raoul—. Se equivoca usted. Hemos de hacer algo.

—No quiero…, no quiero…

Aurélie le retenía con manos temblorosas. Y la muchacha, que poco antes había temido ser llevada en brazos por él, ahora se estrechaba contra Raoul con una indomable energía.

—No tema usted nada —dijo él con suavidad.

—No temo nada —replicó Aurélie—. Pero debemos permanecer juntos… Nos amenazan los mismos peligros. No nos separemos.

—No nos separaremos —respondió Raoul—. Tiene usted razón.

Miró hacia fuera para observar el horizonte.

Una tercera bala se estrelló contra las pizarras del tejado.

Estaban sitiados, inmovilizados. Dos tiradores, provistos de fusiles, de largo alcance, les impedían cualquier tentativa de salir. Raoul, gracias a las nubecillas de humo de los disparos, había podido precisar las posiciones de ambos tiradores. No muy alejados uno de otro, se ocultaban en la orilla derecha, por encima del desfiladero, es decir, a unos doscientos cincuenta metros más o menos. Desde allí, apostados frente a la gruta, dominaban toda la amplitud del lago, la playita e incluso podían alcanzar parte del interior de la gruta. En efecto, la gruta estaba en su ángulo de tiro, a excepción de un recodo a la derecha y de las dos grandes piedras del fondo.

Raoul hizo un violento esfuerzo para echarse a reír.

—Es divertido —dijo.

Su hilaridad pareció tan espontánea que Aurélie se dominó. Raoul continuó hablando:

—Estamos bloqueados. Al menor movimiento, nos dispararán. La línea de fuego es tal que nos vemos obligados a ocultarnos en una madriguera de conejo. Reconozca usted que todo está muy bien combinado.

—¿Por quién?

—Al principio pensaba en el viejo marqués. Pero no, no es él, no puede ser él…

—¿Qué le ha sucedido, pues?

—Encerrado, sin duda. Habrá caído en alguna trampa que le habrán tendido, precisamente, los que nos bloquean la salida.

—¿Es decir?

—Dos enemigos temibles de los que no podemos esperar piedad alguna. Jodot y Guillaume Ancivel.

Raoul afectaba a ese respecto una franqueza brutal para disminuir, en el ánimo de Aurélie, la idea del verdadero peligro que les amenazaba. Los nombres de Jodot y de Guillaume, los disparos, nada contaban para Raoul: el auténtico peligro radicaba en aquella silenciosa invasión de agua que se había convertido en la aliada de sus enemigos.

—Pero ¿a qué viene esa emboscada?

—El tesoro —afirmó Raoul, que reflexionaba en voz alta—. He reducido a Marescal a la impotencia, pero no ignoraba que un día u otro tendría que enfrentarme con Jodot y con Guillaume. Han tomado la delantera. Estaban al corriente de mis proyectos, no sé por qué medios, y por ello han atacado al amigo de su abuelo, le han hecho prisionero, le han robado los papeles y los documentos que quería darle a usted y, desde esta mañana, estaban preparados para recibirnos.

»Si no han disparado contra nosotros, cuando cruzábamos el desfiladero, ha sido a causa de unos pastores que rondaban por allí. Por otra parte ¿para qué apresurarse? Era evidente que esperaríamos a Talençay, siguiendo las instrucciones que uno de los dos cómplices ha escrito en la tarjeta de visita del anciano marqués. Así es como nos han tendido esta emboscada. Apenas habíamos cruzado el desfiladero, han cerrado las pesadas esclusas y el nivel del lago ha comenzado a crecer, alimentado por las dos cascadas, sin que nosotros nos hayamos dado cuenta antes de cuatro o cinco horas. Pero entonces los pastores han regresado al pueblo y el lago ha quedado desierto y convertido en un magnífico campo de tiro. Con la barca desfondada y los tiradores impidiéndonos salir, imposible huir. De este modo Raoul de Limézy ha caído en una trampa como si fuera un vulgar Marescal.

Todo aquello lo dijo Raoul en un tono de burlona campechanería, como un hombre que se divierte de la broma que le han jugado sus amigos. Aurélie casi sentía deseos de reír.

Raoul encendió un cigarrillo y tendió, con la punta de los dedos, la cerilla encendida.

Sonaron dos disparos. Después un tercero y un cuarto. Pero las balas no podían alcanzarles.

La inundación, sin embargo, proseguía con rapidez. El agua había cubierto ya la playita y se deslizaba ahora en pequeñas olas sobre un terreno llano. Pronto alcanzó la entrada de la cueva.

—Estaremos más seguros sobre las dos piedras del hogar.

Subieron a ellas con rapidez. Raoul hizo que Aurélie se tendiera en la hamaca.

Después, corriendo hacia la mesa, recogió lo que había sobrado de la comida, lo puso en el mantel y regresó al hogar. Sonaron varios disparos sin que las balas le alcanzaran.

—Demasiado tarde —exclamó Raoul—. Aquí no tenemos nada que temer. Un poco de paciencia y saldremos de ésta. ¿Mi plan? Descansar y reponernos. Mientras tanto, cae la noche. Una vez haya oscurecido, la llevo en brazos hasta el sendero. Nuestros adversarios deben su fuerza a la luz del día, que les permite bloquearnos. Con la oscuridad les será imposible vernos.

—Sí, pero mientras tanto, el agua va subiendo —dijo Aurélie—. Y falta todavía una hora para que la oscuridad sea total.

—¿Y qué importa? —respondió Raoul—. En lugar de un baño de pies, tendremos que mojarnos medio cuerpo.

Era muy sencillo, en efecto. Pero Raoul sabía cuáles eran las lagunas de su plan. En primer lugar, el sol acababa de desaparecer detrás de las cumbres de las montañas, lo que significaba una hora y media o dos horas de luz todavía. En segundo lugar, el enemigo se iría aproximando poco a poco y se pondría al acecho sobre el sendero ¿cómo se las arreglaría Raoul para cruzarlo con la muchacha en brazos?

Aurélie dudaba, preguntándose qué debía creer. A su pesar, veía cómo el agua iba creciendo. Pero la calma de Raoul la impresionaba.

—Nos salvaremos, estoy segura de ello —murmuró la muchacha.

—Eso está bien. Confíe usted en mí.

—Sí, confío en usted. Usted me dijo en cierta ocasión…, ¿se acuerda?…, mientras leía las líneas de mi mano, que debía temer el peligro del agua. Su predicción se cumple ahora. Y sin embargo, no tengo miedo porque usted lo puede todo… Usted hace milagros…

—¿Milagros? —preguntó Raoul que intentaba por todos los medios distraer a la muchacha—. No, lo único que hago es razonar y actuar según las circunstancias. Usted me considera una especie de brujo porque, sin interrogarla nunca sobre sus recuerdos de infancia, la ha traído aquí, en medio de los paisajes que usted contempló de niña. Es un error. Mi éxito es fruto de la reflexión y del razonamiento. No disponía, de informes más completos que los demás. Jodot y sus cómplices conocían también la botella, habían leído, como yo, la fórmula inscrita bajo el nombre de Agua de Jouvence.

»¿Qué pistas obtuvieron de ello? Ninguna. Por mi parte, me dediqué a investigar y me di cuenta de que casi toda la fórmula, menos una línea, reproducía con exactitud la fórmula de las aguas Royat, una de las principales estaciones termales de Auvernia. Consulté un mapa de Auvernia y descubrí el pueblo y el lago de Juvains (Juvains es la contracción de la palabra latina *juventia* que significa, concretamente, «Jouvence»). Me informé. Y al cabo de una hora de paseos y charlas en Juvains, comprendí que el viejo marqués de Talençay era el centro mismo de la aventura. Me presenté a él como su enviado. Cuando me reveló que había usted venido aquí el

domingo y el lunes de la Asunción, es decir, el 14 y el 15 de agosto, preparé nuestra expedición para esas mismas fechas. Precisamente el viento soplaba del norte en la otra ocasión, de ahí la escolta de campanas que hemos tenido. Y en eso queda el famoso milagro, señorita de los ojos verdes.

Pero las palabras no eran suficientes ya para distraer a su compañera. Al cabo de unos instantes, Aurélie murmuró:

—El agua sigue subiendo. Ha cubierto las dos piedras y cubre sus zapatos.

Raoul levantó una de las piedras y la puso encima de la otra. De ese modo, más alto, se apoyó en la cuerda de la hamaca y, con aire desenvuelto siguió charlando, ya que tenía miedo del silencio de la muchacha. Pero, en el fondo, mientras pronunciaba palabras de seguridad, Raoul se entregaba a otros razonamientos y a otras reflexiones sobre una realidad cuya amenaza creciente comprobaba con temor.

¿Qué sucedía? ¿Cómo enfrentarse con aquella situación? Después de ciertas maniobras por parte de Jodot y de Guillaume, el agua sube. Sea. Pero los dos bandidos no hacen más que aprovecharse de un estado de cosas existente de antes, que se remonta sin duda a bastantes años atrás. Ahora bien ¿no es lógico suponer que los que hicieron posible el aumento del nivel del agua por motivos secretos (motivos que ciertamente no eran los de bloquear y ahogar a gente en la gruta) hicieran a su vez posible un sistema para disminuir el nivel del agua? El cierre de las exclusas debía permitir la puesta en marcha de un mecanismo invisible que permitiera vaciar el lago según las circunstancias. Pero ¿dónde buscar ese mecanismo? ¿Dónde podía encontrarse el mecanismo cuyo funcionamiento se conjugaba con el juego de las exclusas?

Raoul no era de ésos que esperan la muerte. Pensaba en lanzarse contra el enemigo a pesar de todos los obstáculos, o nadar hasta las esclusas. Pero si una bala le detenía o el agua demasiado helada del lago paralizaba sus esfuerzos ¿qué le sucedería a Aurélie?

Por más atento que estuviera en disimular sus inquietudes a Aurélie, la muchacha no podía pasar por alto ciertas inflexiones de su voz o ciertos silencios cargados de angustia que ella misma experimentaba. Repentinamente Aurélie dijo a Raoul, como si estuviera desbordada por aquella angustia que la torturaba:

—Le ruego que me responda. Me gustaría saber la verdad. No hay esperanza, ¿verdad?

—¡Cómo! Cada vez hay menos luz…

—Pero la oscuridad no acaba de llegar. Y cuando sea de noche ya no podremos partir…

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero intuyo que todo ha acabado y que usted lo sabe.

Raoul respondió con tono firme:

—No, no. El peligro es grande, pero todavía lejano… Lograremos escapar si no perdemos la calma. El secreto del éxito reside en reflexionar, comprender. Cuando lo

haya comprendido todo, estoy seguro de que habrá tiempo todavía para actuar. Sólo…

—Sólo…

—Sólo que tiene usted que ayudarme. Para comprender lo que sucede, necesito sus recuerdos. Todos sus recuerdos.

La voz de Raoul se hacía apremiante. Prosiguió con ardor contenido:

—Sí, lo sé. Prometió usted a su madre que sólo lo revelaría al hombre que amase. Pero la muerte es una razón para hablar tan fuerte como el amor. Y si bien usted no me ama, yo la amo a usted tanto como hubiera podido desear su madre. Perdone usted que se lo diga, a pesar del juramento que le hice… Pero hay horas en las que uno no puede callar. La amo… La amo y voy a salvarla… La amo… No admito su silencio porque sería un crimen contra usted misma. Respóndame. Algunas palabras bastarán para esclarecerlo todo…

Aurélie murmuró:

—Pregúnteme.

Raoul empezó:

—¿Qué sucedió antaño cuando usted llegó aquí con su madre? ¿Qué paisajes vio usted? ¿A dónde la condujeron su abuelo y su amigo?

—A ninguna parte —respondió Aurélie—. Estoy segura de haber dormido aquí, en una hamaca, igual que hoy… Charlaban junto a mí. Los dos hombres fumaban. Ésos son los recuerdos que había olvidado y que ahora vuelven a mi mente. Recuerdo el olor del tabaco y el ruido de una botella al ser destapada. Y después…, después…, ya no dormí más. Me hicieron comer…, fuera había sol…

—¿Sol?

—Sí, debía ser a la mañana siguiente.

—¿A la mañana siguiente? ¿Está usted segura? Todo está aquí, en ese detalle.

—Sí, estoy segura. Me desperté aquí mismo, a la mañana siguiente. Y fuera había sol. Sólo que…, todo había cambiado… Me veo todavía aquí y, sin embargo, era otro sitio. Había las rocas, pero no estaban en el mismo sitio.

—¿Cómo…? ¿No estaban en el mismo sitio?

—No. El agua ya no las bañaba.

—¿El agua ya no las bañaba, y sin embargo, usted salió de la gruta?

—Sí, salí de la gruta. Mi abuelo iba delante. Mi madre me daba la mano. Resbalábamos. A nuestro alrededor había una especie de casas…, como ruinas… Y después nuevamente las campanas…, las campanas que siempre oigo…

—Eso es…, eso es —dijo Raoul entre dientes—. Todo encaja con lo que había supuesto. No hay duda.

Un pesado silencio cayó sobre ellos. El agua chapoteaba con ruido siniestro. La mesa, el caballete, los libros y las sillas flotaban.

Raoul tuvo que sentarse en el extremo de la hamaca y curvarse bajo el techo de granito.

Fuera las sombras se mezclaban con la luz decreciente. Pero ¿para qué le servía la sombra por más espesa que fuera? ¿Qué hacer?

Raoul forzaba su pensamiento para encontrar una solución. Aurélie estaba semiincorporada, con ojos que él adivinaba afectuosos y dulces. La muchacha tomó una de sus manos, se inclinó y la besó.

—¡Dios mío! —exclamó Raoul—. ¿Qué hace usted?

Aurélie murmuró:

—Le amo.

Los ojos verdes brillaban en la semioscuridad. Raoul oía latir el corazón de la muchacha. Nunca había experimentado una alegría tal.

Aurélie prosiguió tiernamente, rodeándole el cuello con los brazos:

—Le amo. ¿Ve usted, Raoul? Éste es mi único y gran secreto. El otro no me interesa en absoluto. ¡Pero éste es toda mi vida y toda mi alma! Le amé enseguida, antes incluso de verle a usted… Le amé en las tinieblas y era por ello que le detestaba… Sí, estaba avergonzada… Cuando me besó usted en la carretera de Beaucourt sentí algo que me asustó. ¡Tanto placer, tanta felicidad en una noche tan atroz y a causa de un hombre a quien no conocía…! En el fondo de mi ser tuve la impresión deliciosa y excitante de que le pertenecía…, y que usted podía hacer conmigo lo que quisiera. Si huí de usted fue a causa de eso, Raoul, no porque le odiase, sino porque le amaba demasiado y le temía. Mi turbación me confundía… No quería volver a verle a ningún precio y, sin embargo, sólo pensaba en volver a verle a usted… Si pude soportar el horror de aquella noche y todas las abominables torturas que vinieron después, fue por usted, por usted de quien huía y a quien volvía irremediablemente en las horas de peligro. Estaba irritada contra usted y al mismo tiempo me sentí suya cada vez con más fuerza. Raoul, Raoul, estrécheme usted entre sus brazos. Raoul, le amo.

Raoul la estrechó con una pasión dolorosa. En el fondo no había dudado nunca de aquel ardor que un primer beso le había revelado y que, en ninguno de sus encuentros se manifestaba por unos motivos cuyas profundas razones había adivinado. Pero Raoul sentía miedo de la felicidad que experimentaba. Las tiernas palabras de la muchacha, la caricia de su aliento fresco le atontaban. La indomable voluntad de lucha, se le esfumaba.

Aurélie intuyó su secreta lasitud, y le atrajo contra sí con más fuerza.

—Resignémonos, Raoul. Aceptemos lo inevitable. No temo la muerte si estoy a tu lado. Pero quiero que me sorprenda en tus brazos…, con mi boca en tu boca, Raoul. Nunca la vida nos hubiera dado tanta felicidad.

Sus brazos le enlazaban como un collar que no podía retirar. Poco a poco la muchacha avanzó su rostro hacia el de él.

Raoul resistió, sin embargo. Besar aquella boca que se le ofrecía era aceptar la derrota y, como decía ella, resignarse a lo inevitable. Él no quería. Toda su naturaleza se revelaba contra tal lasitud. Pero Aurélie le suplicaba y balbuceaba las palabras que

le desarmaban y debilitaban.

—Te amo… Te amo… No rechaces lo que debe ser… Te amo… Te amo…

Sus labios se unieron. Raoul sintió la embriaguez de un beso en el que se mezclaban el ardor de la vida y la espantosa voluptuosidad de la muerte. La noche les envolvió, más rápida, parecía, desde que se entregaron al sopor delicioso de la caricia. El agua subía.

Fue un desfallecimiento pasajero del que Raoul se arrancó brutalmente. La idea de que aquel ser encantador, a quien tantas veces había salvado, iba a conocer el espantoso martirio del agua que penetra, ahoga y mata, le sacudió de horror.

—No…, no —murmuró—. No será así… ¿La muerte?… No… Impediré tal ignominia…

Aurélie quiso retenerle. Raoul la cogió por las muñecas, mientras ella murmuraba con voz lamentable:

—Te lo ruego…, te lo ruego… ¿Qué quieres hacer?

—Salvarte…, y salvarme.

—¡Es demasiado tarde! ¡La noche ha caído! Ya no veo ni tus hermosos ojos, ni tus queridos labios…

—Ha llegado el momento de actuar.

—Pero ¿cómo?

—No lo sé. Lo importante es actuar. Además, tengo unos elementos de certidumbre… Debe haber medios para dominar el agua. Deben existir mecanismos que permitan una rápida evacuación del lago. Hay que encontrarlos…

Aurélie no le escuchaba. Gemía:

—Te lo ruego… No me dejes sola aquí… Tengo miedo, Raoul.

—No, puesto que no temes morir, tampoco tienes que temer vivir…, vivir dos horas, no más… El agua no te alcanzará hasta dentro de dos horas como mínimo… Y yo ya estaré aquí… Te lo juro, Aurélie, estaré aquí suceda lo que suceda…, para decirte que estás salvada…, o para morir contigo.

Poco a poco, sin piedad, Raoul se había librado del abrazo de la muchacha. Se inclinó sobre ella y le dijo apasionadamente:

—Ten confianza, querida. Sabes que nunca he fracasado en la tarea de salvarte. Cuando lo haya conseguido, te avisaré por medio de una señal. Dos silbidos. Dos disparos… Cree en mí ciegamente.

Aurélie cayó sobre la hamaca sin fuerzas:

—Puesto que así lo quieres, ve.

—¿Tendrás miedo?

—No, puesto que no quieres que lo tenga.

Raoul se quitó la chaqueta, el chaleco y los zapatos, echó una mirada a la esfera luminosa de su reloj de bolsillo, se lo puso alrededor del cuello y saltó.

Fuera sólo había tinieblas. Raoul no tenía arma alguna, ninguna indicación.

Eran las ocho…

13

En las tinieblas

La primera impresión de Raoul fue espantosa. Una noche sin estrellas, pesada, implacable, hecha de bruma espesa, una noche inmóvil pesaba sobre el lago invisible y sobre los farallones indistinguibles. Sus ojos no le servían más que los ojos de un ciego. Sus oídos sólo oían el silencio. El ruido de las cascadas ya no resonaba: el lago las había absorbido. Y, en aquel abismo insondable, había que ver, oír, dirigirse y alcanzar la meta.

¿El desagüe? Ni por un momento había pensado en ello. Habría sido un juego mortal intentar buscarlo. No, su objetivo era alcanzar a los dos bandidos. Ahora bien, se ocultaban. Temiendo sin duda llevar a cabo un ataque directo contra un enemigo de su talla, se mantenían prudentemente en la sombra, armados con los fusiles y con todos sus sentidos en tensión. ¿Dónde encontrarles?

En el reborde superior de la playa, el agua le llegaba hasta el pecho y le causaba tales sufrimientos que no creía posible nadar hasta la esclusa. Por otra parte ¿cómo maniobrar aquella esclusa, cuyo mecanismo desconocía?

Avanzó a lo largo del farallón, a tientas, y alcanzó los escalones sumergidos. Trepando por ellos, llegó al sendero tallado en la pared del farallón.

La ascensión fue penosa. Raoul se detuvo repentinamente. A lo lejos, a través de la bruma, distinguió una débil claridad.

¿Dónde? Imposible de precisar. ¿Era sobre el lago? ¿En lo alto del farallón? En todo caso, venía de frente, es decir, de los alrededores del desfiladero, es decir, del mismo lugar desde donde los bandidos habían disparado y donde se podía suponer que acampaban. Aquella luz no podía distinguirse desde la gruta, lo que probaba sus precauciones y constituía una prueba de su presencia.

Raoul vaciló. ¿Debía seguir el sendero terrestre, seguir todos los recodos de los picos, trepar a las rocas, descender a los agujeros y perder de vista constantemente aquella preciosa luz? Pensó en Aurélie, prisionera de aquel terrorífico sepulcro de granito, y tomó una decisión. Rápidamente bajó por el sendero y se lanzó al agua.

Creyó que iba a ahogarse. La tortura del frío le pareció intolerable. A pesar de que el trayecto no era superior a los doscientos cincuenta metros, Raoul estuvo a punto de renunciar, hasta tal punto la empresa le parecía por encima de las fuerzas humanas. Pero no dejó de pensar en Aurélie. La veía bajo aquel techo despiadado. El agua proseguía su obra feroz, que nada podía ni detener ni aminorar. Aurélie percibía su murmullo diabólico y sentía su aliento glacial. ¡Qué ignominia!

Redobló sus esfuerzos. La luz le guiaba como una estrella bienhechora y sus ojos no se apartaban de ella, como si tuviera miedo de que se desvaneciera súbitamente en

la oscuridad. Pero, por otra parte ¿no anunciaba acaso que Guillaume y Jodot estaban al acecho y que, dirigida hacia el lago aquella luz, no permitiría ver el lugar por donde el ataque podía producirse?

Cuando se aproximaba a la luz, experimentó una sensación de bienestar, debida sin duda al ejercicio de sus músculos. Avanzaba a largas brazadas silenciosas. La estrella crecía, reflejada por el espejo del lago.

Raoul se desvió del campo de claridad. Por lo que podía distinguir, supuso que el puesto de vigilancia de los bandidos estaba situado en lo alto de un promontorio que campeaba a la entrada del desfiladero. Se ocultó entre dos arrecifes, descubrió una pequeña caleta de guijarros y la abordó.

Por encima de su cabeza, hacia la izquierda, oyó el murmullo de unas voces.

¿Qué distancia le separaba de Jodot y de Guillaume? ¿Cómo era el obstáculo que tenía que franquear? ¿Muralla cortada a pico o pendiente accesible? Ningún indicio. Era necesario intentar la escalada al azar.

Empezó por friccionarse vigorosamente las piernas y el torso con guijarros secos. Después escurrió sus vestidos mojados y se vistió de nuevo. Ahora estaba dispuesto para el ataque.

No era ni una muralla abrupta ni una pendiente accesible. Eran capas de rocas superpuestas, como los basamentos de una construcción ciclópea. Se podía escalar, pues, pero a costa de mucha audacia y de una peligrosa gimnasia. Se podía escalar, sí, pero los guijarros que los dedos agarraban, salían de sus alveolos, las plantas se arrancaban de cuajo y arriba las voces se hacían cada vez más claras.

En plena luz, Raoul nunca hubiera intentado aquella empresa de locos. Pero el tic-tac ininterrumpido de su reloj le empujaba como una fuerza irresistible; cada segundo que latía junto a su oreja significaba un poco de la vida de Aurélie que se disipaba irremediablemente. Era necesario llegar arriba. Y llegó. Repentinamente no hubo más obstáculos. Un último piso de césped coronaba el edificio. Una vaga claridad flotaba en la sombra, como una nube blanca.

Ante él se hundía una depresión, un terreno en forma de cubeta, en el centro del cual se levantaba una cabaña medio en ruinas. Colgada en el tronco de un árbol se veía una humeante linterna.

En el reborde opuesto, dos hombres le daban la espalda, tendidos boca abajo, inclinados sobre el lago, con los fusiles y los revólveres al alcance de sus manos. A su lado había una linterna eléctrica, cuya luz había guiado a Raoul.

Raoul miró su reloj y se estremeció. La expedición había durado cincuenta minutos, más tiempo de lo que creía.

«Tengo sólo media hora para detener la inundación», pensó. «Si dentro de media hora no he arrancado a Jodot el secreto del desagüe, no me quedará otra alternativa que regresar junto a Aurélie para morir con ella».

Se arrastró en dirección a la cabaña, oculto entre las altas hierbas. Una docena de metros más allá, Jodot y Guillaume hablaban en absoluta seguridad, lo bastante alto

para que Raoul reconociera sus voces, pero no lo suficiente para que comprendiera las palabras. ¿Qué hacer?

Raoul había ido hasta allí sin planes concretos y con la intención de actuar según las circunstancias. Al no tener ninguna arma consigo, creyó peligroso entablar una lucha que, después de todo, podía perjudicarle. Y, por otra parte, se preguntaba si en caso de victoria, lograría a base de amenazas hacer hablar a Jodot, es decir, obligarle a declararse vencido y hacerle confesar un secreto que tanto le había costado conseguir.

Siguió pues arrastrándose con precauciones infinitas y con la esperanza de que una palabra de los dos rivales pudiera informarle. Avanzó dos, tres metros. Ni él mismo oía el roce de su cuerpo contra el suelo. Ahora ya podía distinguir las palabras de la conversación.

Jodot decía:

—Vamos, no te preocupes más. Cuando hemos bajado a la esclusa, el nivel del agua alcanzaba la cota cinco, que corresponde al nivel del techo de a gruta. Puesto que no han podido salir, el asunto está arreglado. Tan cierto como dos y dos son cuatro.

—De todos modos, debería usted haberse instalado más cerca de la gruta y espiarles desde allí.

—¿Y por qué no tú, compadre?

—No puedo, tengo el brazo muy débil todavía. No sé ni cómo he podido disparar…

—Lo que pasa es que le tienes miedo.

—Usted también, Jodot.

—No digo que no. Prefiero disparar de lejos… Y el truco de la inundación, dado que tenemos los cuadernos de Talençay…

—No pronuncie usted ese nombre.

La voz de Guillaume era débil. Jodot bromeó:

—¡Eres un cobarde!

—Recuerde usted, Jodot, que a mi regreso del hospital, cuando vino usted a visitarnos, mi madre le dijo: «De acuerdo. Usted sabe dónde ese diablo de Limézy ha escondido a Aurélie y cree que si la vigilamos nos conducirá hasta el tesoro. De acuerdo. Que mi muchacho le eche una mano. Pero nada de crímenes. No quiero sangre…».

—No ha habido una sola gota de sangre —dijo Jodot en tono sarcástico.

—Usted ya me comprende, Jodot. Sabe perfectamente lo que le ha sucedido a ese pobre hombre. Cuando hay un muerto, hay crímenes… Es lo mismo que Limézy y Aurélie…, ¿o acaso pretende usted que no ha habido crimen?

—Bueno ¿y qué querías entonces? ¿Que dejáramos correr la historia? ¿Crees que un tipo como Limézy te hubiera cedido el lugar por tu cara bonita? Y sin embargo, le conoces al maldito tipo ese… Te rompió el brazo…, hubiera acabado por romperte el

cuello. No había elección posible. Él o nosotros.

—¿Y Aurélie?

—Los dos son una sola cosa. Imposible tocar uno sin tocar al otro.

—Pobre muchacha…

—¿Quieres el tesoro o no? El tesoro ese no se gana fumando una pipa…

—Sin embargo…

—¿Acaso no viste el testamento del marqués? Aurélie heredaba la posesión de Juvains… ¿Qué habrías hecho? ¿Casarte con ella, tal vez? Para casarse hay que ser dos, compadre. Y, no sé por qué, pienso que el pobre Guillaume…

—¿Y qué sucederá ahora?

—Voy a decírtelo. Mañana el lago de Juvains estará otra vez como siempre, ni más alto, ni más bajo. Pasado mañana, no antes, los pastores volverán por aquí. El marqués les prohibió que lo hicieran mañana. Y entonces encontrarán al marqués, muerto de una caída, en una sima del desfiladero, sin que nadie pueda suponer que una mano caritativa le dio el empujoncito necesario para hacerle perder el equilibrio. Se abrirá la sucesión. No habrá testamento, puesto que lo tengo en mi poder. No habrá heredero, puesto que no tiene familia. En consecuencia, el Estado quedará legalmente con la posesión. Dentro de seis meses, la venta. Y nosotros la compraremos.

—¿Con qué dinero?

—Con seis meses de tiempo no nos será difícil encontrar dinero —murmuró Jodot, en tono siniestro—. Por otra parte ¿qué valor puede tener la posesión para uno que no sabe lo que contiene?

—¿Y si la ley nos persigue?

—¿A quién?

—A nosotros.

—¿Y por qué tienen que perseguirnos?

—A causa de Limézy y de Aurélie.

—¿Limézy, Aurélie? Ahogados, desaparecidos, inencontrables.

—¡Inencontrables! Les encontrarán en la gruta…

—No. Puesto que mañana por la mañana nosotros pasaremos por allí y con un par de buenas piedras atadas a los pies, ambos irán a parar al fondo del lago. Ni visto, ni oído…

—¿El coche de Limézy?

—Por la tarde nos largaremos en él. De manera que nadie sabrá que vinieron por aquí. Creerán que la pequeña ha sido raptada por su enamorado y que se han ido no se sabe dónde. ¿Qué te parece?

—Excelente, canalla —dijo una voz a su lado…; sólo que hay un error.

Ambos se volvieron estupefactos. Había un hombre a su espalda, un hombre sentado a la manera árabe que prosiguió diciendo:

—Un grave error. Puesto que todo este plan se basa en hechos consumados.

Ahora bien ¿qué sucede si el caballero y la dama de la gruta han tomado las de Villadiego?

Sus manos buscaron a tientas los fusiles y los revólveres, pero no pudieron encontrar nada.

—¿Buscáis las armas? ¿Para qué? —dijo el hombre en tono burlón—. ¿Acaso llevo armas, yo? Un par de pantalones mojados y una camisa mojada, eso es todo. ¿Acaso son necesarias las armas entre gente civilizada como nosotros?

Jodot y Guillaume no podían moverse de la sorpresa. Para Jodot era el hombre de Niza, aquel que tenía enfrente. Para Guillaume el hombre de Toulouse. Y sobre todo, su temible enemigo que creían muerto y cuyo cadáver…

—Sí, cierto. Estoy vivo. La cota número cinco no coincide con el techo de la gruta. Y si creéis que con trucos como esos podéis acabar conmigo, vais arreglados. ¡Estoy vivo, mi viejo amigo Jodot! ¡Y Aurélie también! Está al abrigo, lejos de la gruta, sin que una sola gota de agua la haya tocado. Ahora podemos hablar. Por otra parte, intentaré ser breve. Cinco minutos, ni un segundo más. ¿Quieres escucharme?

Jodot callaba, estupidizado, asustado. Raoul miró su reloj y apaciblemente, con toda tranquilidad, como si su corazón no saltara en su pecho presa de una angustia indecible, prosiguió:

—Tu plan no se aguanta. Desde el momento en que Aurélie está viva, ella lo hereda todo y no hay venta. Si la matas y hay venta, yo estoy aquí y compro. Tendrías que matarme a mí también. Y eso no es posible. Ya sabes que soy invulnerable. Así pues, estás perdido. Sólo hay una solución.

Hizo una pausa. Jodot se inclinó. ¿Había, pues, una solución?

—Sí —prosiguió Raoul—. Hay una solución. Ponerte de acuerdo conmigo. ¿Quieres hacerlo?

Jodot no respondió. Se había agachado a dos pasos de Raoul y clavaba en él sus ojos brillantes de fiebre.

—No respondes. Pero tus pupilas se animan. Las veo brillar como las pupilas de una fiera salvaje. ¿Si te propongo algo es porque tengo necesidad de ti? En absoluto. No tengo necesidad de nadie. Sólo que desde hace quince o dieciocho años estás persiguiendo un fin que estás a punto de conseguir y eso te da derecho a algo, un derecho que estás dispuesto a defender por todos los medios posibles, incluido el asesinato.

»Te compro estos derechos, ya que quiero estar tranquilo y quiero también que Aurélie lo esté. Un día u otro encontrarías un medio para perjudicarnos. Y no quiero que eso pase. ¿Cuánto quieres?

Jodot pareció distenderse. Gruñó:

—Proponga usted.

—Vamos allá —dijo Raoul—. Ya sabes que no se trata de un tesoro que pueda dividirse en partes, sino de un asunto que hay que poner en marcha y cuyos beneficios…

—Serán considerables —dijo Jodot.

—Lo creo. Por ello mi oferta estará en relación. Cinco mil francos cada mes.

El bandido se sobresaltó, seducido por la cifra.

—¿Para los dos?

—Cinco mil para ti… Dos mil para Guillaume.

Éste no pudo evitar decir:

—Acepto.

—¿Y tú, Jodot?

—Tal vez —murmuró éste—. Pero necesitaría algo a cuenta. Un avance.

—¿Te conviene un trimestre por adelantado? Mañana, a las tres, presentaos en Clermont-Ferrand, en la plaza Jaude. Allí os daré un cheque.

—Bueno, bueno —dijo Jodot, que desconfiaba—. Pero nada me demuestra que el barón de Limézy no me hará detener.

—No podré hacerlo, porque me detendrían a mí, al mismo tiempo.

—¿A usted?

—¡Ya lo creo! La captura sería mejor de lo que tú supones.

—¿Quién es usted?

—Arsenio Lupin.

El nombre causó un efecto prodigioso en Jodot. Ahora se explicaba el fracaso de todos sus planes y el ascendiente que el hombre tenía sobre él.

Raoul repitió:

—Arsenio Lupin, buscado por todos los policías del mundo. Más de quinientos robos calificados, más de cien condenas. Ya ves, estamos hechos para entendernos. Ahora me tienes en tus manos. El acuerdo está firmado, estoy seguro de ello. Hubiera podido romperte la cabeza hace un rato. No. Prefiero una transacción. Y además, te emplearé para mis necesidades. Tienes defectos, pero también cualidades interesantes. Lo prueba, por ejemplo, la manera como me has seguido hasta Clermont-Ferrand. Todavía no he comprendido cómo lo conseguiste. Así, pues, tienes mi palabra. Y la palabra de Lupin… es oro. ¿De acuerdo?

Jodot consultó a Guillaume en voz baja y replicó:

—Sí, estamos de acuerdo. ¿Qué quiere usted?

—¿Yo? Nada en absoluto, muchacho. Soy un caballero que busca la paz y que paga para obtenerla. Nos hemos convertido en asociados, ésa es la palabra. Si deseas aportar una parte a la asociación, haz lo que quieras. ¿Tienes documentos?

—Sí. Las instrucciones del marqués con relación al lago.

—Lo supongo, puesto que has podido cerrar la esclusa. ¿Son detalladas esas instrucciones?

—Sí. Cinco cuadernos de escritura pequeña.

—¿Los tienes aquí?

—Sí. Y tengo también el testamento… en favor de Aurélie.

—Dámelo.

—Mañana, a cambio de los cheques —declaró Jodot bruscamente.

—De acuerdo. Mañana, a cambio del cheque. Estrechémonos la mano. Será la firma del pacto. Y separémonos.

Se dieron la mano.

—Adiós —dijo Raoul.

La entrevista había concluido y, sin embargo, la verdadera batalla iba a librarse en pocas palabras. Todas las palabras pronunciadas hasta aquel momento, todas las promesas, eran mecanismos dispuestos para derrotar a Jodot. Lo esencial era el emplazamiento del desagüe. ¿Hablaría Jodot? ¿Adivinaría la razón de la actuación de Raoul, la verdadera situación en que se encontraba?

Nunca Raoul se había sentido tan ansioso. Dijo descuidadamente:

—Me hubiera gustado ver «la cosa» antes de marcharme. ¿No podrías abrir las compuertas del desagüe ante mí?

Jodot objetó:

—Según los cuadernos del marqués son necesarias de siete a ocho horas para que los desagües operen hasta el final.

—Bueno, ábrelas enseguida. Mañana tú desde aquí y Aurélie y yo desde abajo veremos «la cosa», es decir, los tesoros. ¿Las compuertas están cerca? ¿Junto a la esclusa, tal vez?

—Sí.

—¿Hay un sendero directo?

—Sí.

—¿Conoces el funcionamiento?

—Es fácil. Los cuadernos lo indican.

—Descendamos —propuso Raoul—. Te echaré una mano.

Jodot se levantó y tomó la lámpara eléctrica. No había olido la trampa. Guillaume le siguió. Al pasar, descubrieron los fusiles que Raoul, al principio, había cogido y echado a un lado. Jodot se puso uno en bandolera. Guillaume hizo otro tanto.

Raoul, que había cogido la linterna, siguió a los dos bandidos.

«Esta vez», se decía con una alegría que traicionaba la expresión de su rostro, «esta vez, lo hemos conseguido. Puede haber todavía alguna convulsión, pero he ganado el combate».

Descendieron. En el borde del lago, Jodot se orientó por un sendero de arena y guijarros que bordeaba el farallón, dio la vuelta a una roca que ocultaba una anfractuosidad bastante profunda, en la que había oculta una barca, se arrodilló, desplazó algunas piedras gruesas y descubrió unas manivelas de hierro que estaban conectadas a unos grandes tubos.

—Esas manivelas son las que accionan el desagüe.

Tiró una de las manivelas y Raoul hizo otro tanto con las otras. Se movieron unas cadenas y en el centro del lago se produjo una especie de borboteo.

El reloj de Raoul señalaba las nueve y veinte. Aurélie estaba salvada.

—Déjame tu fusil —dijo Raoul—. O mejor, no. Haz tú mismo dos disparos.

—¿Para qué?

—¿Es una señal?

—¿Una señal?

—Sí. He dejado a Aurélie en el interior de la gruta, que en estos momentos debe de estar casi llena de agua. Puedes imaginarte su angustia. Cuando la he dejado, le he dicho que la avisaría con cualquier sistema para decirle que ya no tenía nada que temer.

Jodot quedó estupefacto. La audacia de Raoul, aquella confesión del peligro que corría todavía Aurélie, le confundían, y al mismo tiempo aumentaban a sus ojos el prestigio de su antiguo adversario. Ni por un momento pensó en aprovecharse de la situación. Los dos disparos de fusil resonaron entre las rocas y los farallones. Jodot añadió:

—Usted es un jefe nato, Lupin. Sólo hay que obedecerle y sin vacilación. Aquí está el testamento y los cuadernos del marqués.

—Un punto a tu favor —exclamó Raoul, embolsándose los documentos—. Haré algo de ti. No un hombre honrado, eso nunca, pero sí un ladrón aceptable. ¿Necesitas la barca?

—No.

—Me será más cómodo utilizarla para reunirme con Aurélie. ¡Ah! Un consejo: no os mostréis en la región. Si yo fuera de vosotros, me iría esta misma noche a Clermont-Ferrand. Hasta mañana, compañeros.

Saltó a la barca y todavía les hizo algunas recomendaciones. Después Jodot desató la amarra. Raoul partió.

«¡Qué tipos más simpáticos!», pensó Raoul mientras remaba vigorosamente. «Si uno se dirige a su buen corazón, a su generosidad natural, los muchachos se conmueven. Tendréis los cheques, compañeros. Lo que no puedo aseguraros es que todavía haya fondos en mi cuenta a nombre de Limézy. Pero a pesar de todo, tendréis los cheques. Y firmados legalmente, tal como os he prometido».

Doscientos cincuenta metros con una buena barca, y sobre todo después de una expedición tan fecunda en resultados, no significaron nada para Raoul. Alcanzó la gruta en pocos minutos y penetró en ella con la barca. Llevaba la linterna en la proa.

—¡Victoria! —exclamó—. ¿Has oído mi señal, Aurélie? ¡Victoria!

Una claridad alegre se esparcía por el exiguo reducto en el que, por poco, habían encontrado la muerte. En la hamaca, colgada de una pared a la otra, Aurélie dormía apaciblemente. Confiada en la promesa de su amigo, convencida de que nada le era imposible, escapando a las angustias del peligro y a los temores de aquella muerte tan deseada, había sucumbido a la fatiga. Tal vez había oído el ruido de las detonaciones. En todo caso, ningún ruido la despertó…

Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente, vio cosas sorprendentes en el interior de la gruta, en el que se mezclaban la luz del día y la claridad de una linterna. El agua se había retirado.

En el interior de una barca, apoyada en el suelo, Raoul, vestido con una chaqueta de campesino y con unos pantalones de tela que seguramente habían pertenecido al viejo marqués, dormía tan profundamente como había dormido ella.

Durante largos minutos, Aurélie le contempló con una mirada cariñosa en la que había una curiosidad refrenada. ¿Quién era aquel ser extraordinario cuya voluntad se oponía a los designios del destino y cuyos actos adquirían siempre la apariencia de milagros? Había oído sin turbarse —por otra parte ¿qué le importaba?— la acusación de Marescal y el nombre de Arsenio Lupin lanzado por el comisario. ¿Acaso tenía que creer que Raoul no era otro que Arsenio Lupin?

«¿Quién eres tú a quien yo quiero más que a mi propia vida?», pensaba Aurélie. «¿Quién eres tú que me salvas constantemente, como si ésa fuera tu única misión? ¿Quién eres?».

—El pájaro azul.

Raoul se había despertado y la muda interrogación de Aurélie era tan clara que respondió sin vacilación alguna.

—El pájaro azul encargado de hacer felices a las niñas prudentes y confiadas y de defenderlas contra los ogros y las hadas malas y de conducirlas a su reino.

—¿Así pues, tengo un reino, querido Raoul?

—Sí. Cuando tenías seis años te paseaste por él. Ahora te pertenece por voluntad de un viejo marqués.

—¡Vamos, deprisa, Raoul! Quiero verlo. O mejor dicho, volverlo a ver.

—Comamos algo antes —dijo Raoul—. Tengo un hambre de lobo. Por otra parte la visita no será demasiado larga, no es necesario que lo sea. Lo que ha estado oculto durante siglos, no puede salir a la luz del día hasta que seas la dueña de tu reino.

Según su costumbre, Aurélie evitó todas las preguntas con respecto al modo en que él había actuado. ¿Qué había sucedido con Guillaume y con Jodot? ¿Tenía noticias del viejo marqués? Prefirió no saber nada y dejarse guiar por Raoul.

Al cabo de un rato, ambos salieron juntos, y Aurélie, nuevamente turbada por la emoción, apoyó su cabeza en el hombro de Raoul y murmuró:

—¡Oh Raoul! Eso es… Eso es exactamente lo que vi antaño… El segundo día…, con mi madre…

14

La fuente de Jouvence

¡Extraño espectáculo! Por debajo de ellos, en una arena profunda de la que el agua se había retirado, en todo el espacio que delimitaba la corona de rocas, se extendían las ruinas de monumentos y templos todavía en pie, pero con las columnas truncadas, las escaleras rotas, los peristilos caídos, sin techos, ni frontispicios, ni cornisas, un bosque decapitado por el rayo pero en el que los árboles muertos conservaban su nobleza y toda la belleza de una vida ardiente. Desde lejos venía la Vía romana. Vía triunfal, bordeada de estatuas rotas, encuadrada por templos simétricos que pasaba entre los pilares de los arcos demolidos y que ascendía hasta la orilla, hasta la gruta en donde tenían lugar los sacrificios.

Todo ello húmedo, reluciente, recubierto en ciertas zonas por una capa de limo o bien apesantado por petrificaciones y estalactitas, con trozos de mármol o de oro que brillaban al sol. A derecha e izquierda dos cintas de plata serpenteaban. Eran las cascadas que habían vuelto a encontrar su primitiva canalización.

—El Foro —dijo Raoul, que estaba un poco pálido y cuya voz traslucía una intensa emoción—. El Foro… Poco más o menos las mismas dimensiones y la misma disposición. Los papeles del marqués contienen un plano y explicaciones que he estudiado esta noche. Bajo éste, las termas y los templos consagrados a los dioses de la Salud y de la Fuerza, todo distribuido alrededor del templo de la Juventud, cuya columnata circular vemos ahora.

Raoul sostuvo a Aurélie por la cintura. Descendieron por la Vía sagrada. Las grandes rosas resbalaban bajo sus pies. Musgo y plantas acuáticas alternaban con guijarros entre los que se distinguían, de vez en cuando, algunas monedas. Raoul recogió dos: llevaban la efigie de Constantino.

Llegaron ante el pequeño edificio dedicado a la Juventud. Lo que quedaba de él era delicioso y bastaba para que la imaginación pudiera reconstruir una armoniosa rotonda, levantada sobre algunos escalones, con un estanque en el que se levantaba un pilón de fuente sostenido por cuatro niños redondos y rosados y que debían rodear la estatua de la Juventud. Ahora sólo se veían dos, admirables de forma y de gracia, humedeciendo sus piececitos en el pilón de la fuente en la que antes los cuatro debían lanzar chorros de agua.

Gruesos tubos de plomo, antaño disimulados, y que parecían provenir de un lugar del farallón en el que se ocultaba la fuente, emergían del estanque. En el extremo de uno de ellos recientemente habían soldado un grifo. Raoul lo hizo funcionar. Salió un chorro de agua mezclada con un poco de barro.

—El agua de Jouvence —dijo Raoul—. Esta agua era la que contenía la botella

que robaron de la cabecera de vuestro abuelo y cuya etiqueta daba la fórmula.

Durante dos horas ambos deambularon en la fabulosa ciudad. Aurélie iba reencontrando sus sensaciones de antaño, ocultas en el fondo de su ser y reanimadas repentinamente. Había visto aquel grupo de urnas funerarias, y aquella diosa mutilada, y esa calle de pavimento desigual, y esa arcada cubierta de hierbas acuáticas, y tantas cosas, tantas cosas que la hacían estremecer con una alegría melancólica.

—Querido, querido —decía Aurélie— es a ti a quien debo toda esta felicidad. Sin ti, sólo habría experimentado tristeza. Pero a tu lado todo es hermoso y delicioso. Te amo.

A las diez, las campanas de Clermont-Ferrand cantaron la gran misa. Aurélie y Raoul habían ido a la entrada del desfiladero. Las dos cascadas penetraban en él y corrían a derecha e izquierda de la Vía triunfal, y se hundían en los cuatro desagües barboteantes.

La prodigiosa visita concluía. Como había dicho Raoul, lo que había permanecido oculto durante siglos no debía aparecer todavía a la luz del día. Nadie debería contemplarlo hasta que la muchacha fuera su dueña reconocida.

Cerró, pues, los desagües y giró lentamente la manivela de la esclusa para abrir las puertas de manera progresiva. Enseguida el agua se acumuló en aquel espacio restringido, el gran lago empezó a vaciar con fuerza y las dos cascadas salieron de su lecho de piedra. Entonces ambos regresaron al sendero que había recorrido la víspera Raoul en compañía de los bandidos. Se detuvieron a medio camino. El agua iba cubriendo rápidamente los templos y las estatuas y alcanzaba ya la fuente mágica.

—Sí, mágica —dijo Raoul—. Ésta es la palabra empleada por el viejo marqués. Además de los elementos del agua de Royat, contiene, en su opinión, principios de energía y de fuerza que la convierten en una fuente de juventud, principios que provienen de la radioactividad que emana de ella, y que se valora en una cifra de *milicuries,* según la expresión técnica. Los romanos ricos de los siglos tercero y cuarto venían a bañarse en esa fuente. Fue el procónsul de la provincia de la Galia quien, después de la muerte de Teodosio y de la caída del Imperio, quiso ocultar las termas a ojos de los invasores bárbaros y librarlas de sus desmanes. Entre otras, una inscripción secreta da fe de ello: «Por voluntad de Fabio Aralla, procónsul, y en previsión de los escitas y borusos, las aguas del lago han cubierto a los dioses que amaba y los templos en que los veneraba».

»Pasaron quince siglos. Quince siglos durante los cuales las obras maestras de piedra y mármol se fueron destruyendo lentamente… Quince siglos a los que hubieran podido seguir cien más, que hubieran terminado para siempre con ese pasado glorioso, si tu abuelo, en un paseo por el dominio abandonado de su amigo Talençay, no hubiera descubierto, por casualidad, el mecanismo de la esclusa. Enseguida los dos amigos buscaron, exploraron, investigaron, se las ingeniaron. Repararon la instalación. Volvieron a poner en funcionamiento las puertas de madera

maciza que mantenían el nivel del lago y sumergían las partes más altas de los edificios de las termas.

»Ésta es toda la historia, Aurélie, y eso es todo lo que visitaste cuando tenías seis años. Una vez muerto tu abuelo, el viejo marqués no se ha movido de Juvains y con la ayuda de dos pastores se ha consagrado a la resurrección de la ciudad invisible. Ha excavado, limpiado, reconstruido, consolidado el esfuerzo del pasado y ése es el regalo que te ofrece. Regalo maravilloso que no sólo te proporciona la fortuna incalculable de una fuente a explotar comercialmente, fuente más preciosa que las de Royat y Vichy, sino que, además, te ofrece un conjunto de monumentos y obras de arte como nunca se ha visto.

Raoul se entusiasmaba. Transcurrió una hora en la que Raoul se dedicó a hablar con entusiasmo de la exaltación que le producía la hermosa aventura de la ciudad sumergida. Cogidos de la mano, la pareja miraba cómo subía el agua y cómo las columnas y estatuas iban desapareciendo.

Aurélie, sin embargo, guardaba silencio. Por último, sorprendido Raoul de sentir que no había comunión de pensamientos entre los dos, preguntó la razón. Aurélie no respondió hasta después de un instante. Murmuró:

—¿Qué le ha pasado al marqués de Talençay?

—No lo sé —replicó Raoul, que no quería ensombrecer la felicidad de la muchacha—. Debe de haber regresado a su casa. Enfermo, tal vez… A menos de que haya olvidado la cita.

Débil excusa. Aurélie pareció no contentarse con ella. Raoul comprendió que después de las angustias y emociones vividas, Aurélie pensaba en todas las cosas que permanecían todavía en la sombra y que la inquietaban al no comprenderlas.

—Vámonos —dijo la muchacha.

Subieron hasta la cabaña en ruinas, que indicaba el campamento nocturno de los dos bandidos. Desde allí, Raoul quería alcanzar el alto de la muralla y la salida por la que habían salido los dos pastores.

Pero cuando rodeaban una roca vecina, Aurélie hizo observar a Raoul un paquete bastante voluminoso, un saco de tela apoyado en un reborde del farallón.

—Se diría que se mueve —murmuró Aurélie.

Raoul lanzó una ojeada, rogó a Aurélie que le esperara y corrió hacia el saco. Una idea repentina le había asaltado.

Cuando alcanzó el reborde, cogió el saco y hundió su mano en el interior. Algunos segundos más tarde extrajo de allí una cabeza y un cuerpo de niño. Enseguida reconoció al cómplice de Jodot, aquel que el bandido llevaba como un hurón y le enviaba a cazar en sótanos y subterráneos a través de barrotes y celosías.

El niño estaba medio dormido. Raoul, furioso, descifrando repentinamente el enigma que tanto le había intrigado, le sacudió:

—Despierta, pilludo. ¿Fuiste tú quien nos siguió desde la calle de Courcelles? ¿Fuiste tú? Jodot consiguió ocultarte en el portaequipajes de mi coche y de ese modo

viajaste hasta Clermont-Ferrand, desde donde le avisaste por correo… Vamos, confiésalo o te doy un bofetón.

El niño no acaba de comprender qué sucedía. Su pálido rostro de pilluelo vicioso, adquiría una expresión asustada. Murmuró:

—Sí. Fue mi tío quien me dijo…

—¿Tu tío?

—Sí, mi tío Jodot.

—¿Y dónde está ahora tu tío?

—Esta noche nos fuimos los tres y después hemos vuelto.

—¿Y entonces?

—Esta mañana ellos dos han descendido allá abajo, cuando se ha retirado el agua, lo han registrado todo y han recogido cosas.

—¿Antes que yo?

—Sí. Antes que usted y la señorita. Cuando han salido ustedes de la gruta, se han ocultado detrás de una pared allá abajo, en el fondo seco del lago. Yo lo he visto todo desde aquí, donde mi tío me ha dicho que esperara.

—¿Y ahora, dónde están?

—No lo sé. Hacía calor y me he dormido. Cuando me he despertado, estaban peleando.

—¿Se peleaban?

—Sí, por una cosa que habían encontrado…, una cosa que brillaba como el oro. He visto cómo caían…, mi tío le ha dado una cuchillada…, y después…, después no sé…, me ha parecido que la pared se derrumbaba y les aplastaba a los dos…

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué dices? —balbuceó Raoul, asustado—. Dime… ¿Dónde ha sucedido, todo eso? ¿Cuándo?

—Cuando han sonado las campanas… Allí, allí al fondo…

El niño se inclinó sobre el vacío y pareció estupefacto.

—¡Oh! El agua ha vuelto…

Reflexionó un momento y después se puso a gritar y a llorar. Gimoteaba:

—Si el agua ha vuelto…, no han podido salir…, y ahora están… ¡Tío, tío!

Raoul le cerró la boca.

—Cállate.

Aurélie estaba frente a ellos, con el rostro contraído. Lo había oído todo. Jodot y Guillaume heridos, desvanecidos, incapaces de moverse o de llamar habían sido sumergidos por la ola, ahogados, engullidos. Las piedras de la pared que les había caído encima, retenía sus cadáveres.

—Es espantoso —murmuró Aurélie—. ¡Qué suplicio para esos dos hombres!

Sin embargo, los sollozos del niño aumentaron. Raoul le dio dinero y una carta.

—Toma, aquí tienes cien francos. Ve a coger el tren de París. Cuando llegues te presentas en esta dirección y allí cuidarán de ti.

El regreso fue silencioso y, frente a la puerta de la casa de reposo a donde

regresaba la muchacha, la despedida fue grave. El destino perseguía a los dos amantes.

—Separémonos durante algunos días —dijo Aurélie—. Te escribiré.

Raoul protestó.

—¿Separarnos? Cuando dos personas se aman, no se separan nunca.

—Dos personas que se aman no tienen por qué temer una separación. La vida les reúne de nuevo siempre.

Raoul cedió, no sin tristeza. Ya que la sentía desamparada. De hecho, una semana más tarde, recibía esta breve carta:

Amigo mío:

Estoy turbada. El azar me hace enterarme de la muerte de mi padrastro Brégeac. Suicidio ¿no es cierto? Sé también que han encontrado al marqués de Talençay en el fondo de una sima, en la que cayó, dicen, por accidente. Crimen ¿no es verdad? ¿Asesinato…? Y después la terrible muerte de Jodot y Guillaume… ¡Demasiados muertos! Miss Bakefield…, los dos hermanos…, y antes, mi abuelo d'Asteux…

Me voy, Raoul. No me busques, no intentes averiguar dónde estoy. No sé a dónde iré. Tengo necesidad de reflexionar, de examinar mi vida, de tomar decisiones.

Te amo. Espérame y perdóname.

Raoul no esperó. El tono de aquella carta, el sufrimiento y la tristeza que adivinaba en Aurélie, su propio sufrimiento y su inquietud, le obligaron a moverse, le incitaron a hacer algunas averiguaciones.

Pero no consiguió nada. Pensó que se habría refugiado en Sainte-Marie: no la encontró. Preguntó en todas partes. Movilizó a todos sus amigos. Esfuerzo inútil. Desesperado, temiendo que algún nuevo adversario atormentara a la muchacha, pasó dos meses verdaderamente dolorosos. Después, cierto día, recibió un telegrama. Aurélie le rogaba que acudiera a Bruselas, a la mañana siguiente, y fijaba una cita en el bosque de la Cambre.

La alegría de Raoul no tuvo límite cuando la vio llegar sonriente, resuelta, con un aire de ternura infinita y un rostro libre de cualquier mal recuerdo.

Aurélie le tendió la mano.

—¿Me perdonas, Raoul?

Caminaron juntos durante un momento, tan cerca el uno del otro, como si nunca se hubieran separado. Después la muchacha le explicó:

—Tú mismo me lo dijiste, Raoul. En mí hay dos destinos adversos que chocan entre sí y que me hacen daño. Uno es un destino de felicidad y alegría, que corresponde a mi verdadera naturaleza. El otro es un destino de violencia, de muerte, de duelo, de catástrofes, todo un conjunto de fuerzas enemigas que me persiguen desde mi infancia y que quieren arrastrarme a un abismo en el que habría caído diez veces, si tú no me hubieras salvado en cada una de ellas.

»Ahora bien, después de los dos días de Juvains, y a pesar de nuestro amor, Raoul, estaba tan cansada que la vida me horrorizaba. Toda esa historia que para ti era mágica y maravillosa, tenía para mí aspectos tenebrosos e infernales. ¿No lo crees así, Raoul? ¡Piensa en todo lo que he sufrido! ¡Piensa en todo lo que he visto! "¡Éste es tu reino!", decías. No lo quiero, Raoul. No quiero que exista un solo vínculo entre mi pasado y yo. Si he vivido alejada durante algunas semanas, es porque sentía la necesidad de escapar de una aventura de la que soy la única superviviente. Después de años, después de siglos, acaba en mí. Y soy yo la única que tengo por misión sacar a la luz todo lo que ha estado en la sombra y aprovechar lo que contiene de magnífico y de extraordinario. Me niego a ello. Si bien soy la heredera de riquezas y de esplendores, también soy la heredera de crímenes y asesinatos cuyo peso no puedo soportar.

—¿De manera que el testamento del marqués…? —preguntó Raoul, sacando de su bolsillo un papel que le tendió.

Aurélie cogió la hoja de papel y la rompió en mil pedazos que arrojó al viento.

—Te lo repito, Raoul. Todo ha acabado. No quiero proseguir la aventura. Tendría demasiado miedo de que suscitara otros crímenes y otros asesinatos. No soy una heroína.

—¿Qué eres entonces?

—Una enamorada… Una enamorada que ha rehecho su vida…, y que la ha rehecho por amor y sólo por amor…

—Es peligroso, querida, aceptar un compromiso tal…

—Grave para mí, no para ti. Quiero que comprendas que si bien yo te ofrezco mi vida, no quiero de la tuya más que lo que me puedas dar. Puedes guardar con respecto a ti este misterio, si así lo quieres. Nunca tendrás que defenderte de mí. Te acepto como eres. Eres lo más noble, lo más seductor que he encontrado en mi vida. Sólo te pido una cosa: que me ames tanto tiempo como puedas.

—Siempre, Aurélie.

—No, Raoul. No eres hombre que puedas amar siempre, ni siquiera durante mucho tiempo. Pero por poco que dure, habré conocido una tal felicidad, que no podré quejarme. Y no me quejaré. Hasta esta noche. Ven al Théâtre Royal. Te he reservado un palco.

Se separaron.

Aquella noche, Raoul acudió al Théâtre Royal. Representaban la *Vie de bohéme* con una joven que debutaba, Lucie Gautier.

Lucie Gautier era Aurélie.

Raoul comprendió. La vida independiente de una artista la liberaba de determinadas convicciones. Aurélie era libre.

Una vez terminada la representación —¡y en medio de qué ovaciones!—, Raoul se hizo conducir al camerino de la triunfadora. La hermosa cabeza rubia se inclinó hacia él. Y sus labios se unieron.

Así transcurrió la extraña y espantosa aventura de Juvains que, durante quince años, fue la causa de tantos crímenes y desesperaciones. Raoul intentó arrancar del mal camino al pequeño cómplice de Jodot. Le colocó en casa de la viuda de Ancivel. Pero la madre de Guillaume, a quien él había revelado la muerte de su hijo, se dedicó a la bebida. El niño, demasiado corrompido, no pudo corregirse. Tuvieron que encerrarle en una casa de reposo. Escapó, volvió a reunirse con la viuda y ambos se marcharon a América.

En cuanto a Marescal, más prudente, pero todavía obseso por las conquistas femeninas, subió de grado. Cierto día, pidió audiencia al señor Lenormand, el famoso jefe de la Sureté. Una vez concluida la conversación, el señor Lenormand se aproximó a su inferior y con un cigarrillo en los labios dijo:

—¿Me da usted fuego, por favor?

Lo que hizo estremecer a Marescal. Había reconocido a Arsenio Lupin.

Le reconoció todavía bajo otras máscaras, siempre con aquel tono zumbón y guiñándole un ojo. Y cada vez, Arsenio Lupin le lanzaba aquella frase terrible, áspera, fustigadora, inesperada, que causaba tan terrible efecto en él.

—¿Me da usted fuego, por favor?

Raoul compró el dominio de Juvains. Pero por deferencia hacia la señorita de los ojos verdes, no quiso divulgar su prodigioso secreto. El lago de Juvains y la fuente de Jouvence están entre el cúmulo de maravillas que un día Francia heredará de Arsenio Lupin…